

# Una visión de la Universidad



# Una visión de la Universidad

*Enrique Pérez Olivares*

*Rafael María de Balbín*

*Fernando Cervigón Marcos*

© Una Visión de la Universidad  
© Universidad Monteávila

Universidad Monteávila, Caracas.  
RIF J-30647247-9  
[www.uma.edu.ve](http://www.uma.edu.ve)

Depósito legal lf88420123781728  
ISBN 978-980-6769-11-3

Impresión: Switt Print C.A.  
Impreso en Venezuela - *Printed in Venezuela*

# Índice

Presentación.....	9
-------------------	---

## **Una visión de la Universidad**

*Enrique Pérez Olivares*

Palabras de apertura del primer año lectivo de la Universidad Monteávila, 1999-2000 .....	13
----------------------------------------------------------------------------------------------	----

## **Verdad y libertad en la vida universitaria**

*Rafael María de Balbín*

I Verdad .....	41
Saber de fundamentos .....	44
Buscar la verdad .....	47
Orientación humanista .....	50
Al servicio de todos .....	56
Cultura y vida universitaria .....	59
Religión y cultura .....	63
Una cultura en función de la persona humana .....	66

	Prioridad del conocimiento especulativo.....	69
II	Libertad.....	75
	Libertad religiosa y cultural.....	76
	Educación y libertad.....	79
	Humanismo cristiano.....	83
	Libertad y misión de la Universidad.....	88
	Superar el materialismo.....	91
	Los saberes liberales.....	93
III	Implicaciones y requerimientos.....	94
	Armonía no dialéctica.....	95
	Libertad con contenido.....	98
	Dignidad de la persona y libertad.....	102
	El trasfondo cultural.....	105
	Conocer la verdad y amar el bien.....	109
	Hacia una síntesis de los saberes.....	116
	Evangelizar la cultura.....	119

## **Humanismo y formación universitaria**

*Fernando Cervigón Marcos*

I	Introducción.....	127
	Humanismo y humanidades.....	130
II	El Marco de referencia.....	137

	Multiculturalismo .....	150
	Pluralismo .....	155
	La crisis de la educación católica:	
	Cristianismo y Cultura .....	158
	Las Humanidades .....	185
III	Tradición y universalidad .....	203
	Educación y cultura: el caso Venezuela ...	211
IV	La formación.....	229
	La inducción práctica .....	229
	Los planos del conocimiento .....	232
	Los objetivos prácticos.....	240
	El personal docente.....	244





## Presentación

Con este libro, la Universidad Monteávila pretende facilitar a los que la integran como comunidad de personas y de saberes, el análisis de documentos que reflejan una parte de la temática en torno a la cual se ha realizado el diálogo que en su seno ha tenido lugar durante el proceso de su concepción y que pretende llevar a la realidad durante su vida como Institución.

Al mismo tiempo, con su publicación ofrece a toda persona interesada en dichos temas, algunas ideas expresadas con sencillez para ser compartidas sin más propósito que el de comunicarlas.

Estos textos tienen autores específicos pero que no desean ser tenidos por personas que han *inventado* las nociones que exponen. Reconocen simplemente que han abrevado de un patrimonio cultural vivo, presente no sólo en el pensamiento frío, sino en el corazón y en la voluntad de muchas personas que se interesan en la Universidad, han hecho de ella su propio

hogar y desean ardientemente llevar a plenitud esa institución que acoge como madre espiritual, Alma Máter, los esfuerzos de profesores y estudiantes por *aprender los saberes* y responder con profundidad a las interrogantes que el misterio de la vida humana plantea a lo largo de la historia a cada persona y a cada pueblo.

El conjunto de ideas que se presenta no busca constituirse en un canon que aherroje la vida que los tiempos por venir ofrecen a la Universidad Monteávila. Si bien en él se encuentran verdades milenariamente aceptadas como tales en diversas culturas, la historia comprueba que ellas son reencontradas por el ser humano, envueltas en formas distintas, que en muchas oportunidades permiten conocerlas más plenamente. El diálogo entre la realidad y el ser humano que la escudriña no tiene fin, no dará nunca origen a un *sistema* que lo esclavice. Más aun, mientras ese diálogo es más profundo y más sereno, más toca a la integridad del ser humano real y por lo tanto le compromete: no le permite desentenderse de lo que nace en él. Le conduce progresivamente a un silencio que

es plenitud de significado y de sentido, y que se abre de nuevo a la comunicación y a compartir hallazgos y preguntas.

Hoy en día las universidades buscan afanosamente su propia reforma. Entre las propuestas que circulan, aun en el ámbito internacional, se echa de menos el rescate de la idea de vivir a plenitud la comunidad de personas y saberes que busca con afán la verdad.

En los documentos que se insertan en este libro esa idea se hace presente una y otra vez. Pensamos que ella encierra la fuerza necesaria para adquirir en cada momento de la historia, las demás cualidades que las sociedades reclaman de nuestra instituciones.

Nuestra esperanza radica en aportar esta sencilla sugerencia a la búsqueda que nos ocupa.

Caracas, marzo de 2001



# Una visión de la Universidad

Enrique Pérez Olivares

***Palabras de apertura  
del primer año lectivo  
de la Universidad Monteávila,  
1999-2000***

Incorporados los estudiantes, la comunidad de personas y de saberes que constituimos la Universidad Monteávila hemos podido iniciar nuestra marcha.

Por algo más que un acaso estamos a pie-demonte de esa gigantesca ola de piedra que no invadió el valle, milenios más tarde hogar de los Caracas, y sede de la primera Universidad venezolana, ya casi trisecular.

Hemos tomado el nombre de la montaña vecina como denominación de nuestra casa de estudios para acompañar la visión soña-

dora de Humboldt sobre el panorama de parte de Venezuela que la bruma no le dejaba ver. (Alejandro de Humboldt, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, Monte Ávila Editores, t. 2, 2a edc., 1991, pp. 355-358). El viajero estaba al inicio de su expedición por el sur de este continente que camina hasta la Antártida, “impresionado con la belleza agreste de un suelo erizado de montañas y cubierto de vetustas selvas” (ídem, t. 1, p. 3).

Durante varios años hemos trabajado en concebir esta nueva Alma Máter, en formar progresivamente la comunidad de autoridades, profesores y personal de apoyo. Hemos precisado las bases conceptuales de la institución, establecido las orientaciones generales de las actividades docentes, de investigación y de extensión, así como el diseño de los planes de enseñanza. El 4 de octubre de 1999 nos hemos encontrado con los jóvenes cuya formación es la razón de ser específica de la docencia en la Universidad Monteávila, y ellos son ya parte de la comunidad académica. Una comunidad que se propone

despertar y estimular en todos sus miembros el amor a la “sabiduría”.

Originar y desarrollar esta comunidad es tarea permanente que nos lleva a establecer unas relaciones interpersonales signadas por el trabajo esforzado y conjunto, ordenado hacia la meta común: el saber, y vivificadas por el amor de amistad, es decir, de benevolencia, que comporta querer bien al amigo, además de querer el bien del amigo.

Querer el bien del amigo es, en última instancia, desear activamente su bienaventuranza para siempre. Es contribuir con el esfuerzo que él hace para llevar a plenitud las potencialidades que su condición de criatura humana comporta. Es acompañarlo en esa tarea, poniendo en común el resultado que se logra durante esta vida en el conocimiento de la verdad; en la búsqueda y práctica del bien; en el hallazgo de la belleza; en la permanente tensión por lograr la unidad de vida en torno a estos trascendentales del ser; en el conocimiento, sistemático y profundo de las principales manifestaciones de

la cultura, mediante la reflexión, el estudio, la connaturalidad, la intuición; es estar junto a él en la experimentación y en la contemplación. En un interrogar y responder incesante, atentos a la realidad.

Querer bien al amigo es reconocerle siempre, conceptual y prácticamente en su eminente dignidad de persona humana. Aceptar integral y respetuosamente el misterio que somos cada uno de los hombres, particularmente en el despliegue de nuestra llamada a la trascendencia, en la cual finalmente, unidad, verdad, bien y belleza son encontrados y amados como *Alguien* de cuya vida participamos y con cuyo *Amor* nos amamos los unos a los otros. Es disfrutar de la convivencia en la que nace y crece el afecto que deriva del conocerse y servirse mutuamente, del compartir ideales, bienes y valores espirituales, del animarse en el empeño por encarnar en la vida diaria la buena nueva revelada. Simpatía que refuerza la voluntad de perfeccionar la comunidad académica. Querer bien al amigo es, en una frase, quererlo de “modo bueno” (Wojtyła,



Karol, *Mi visión del hombre*. Biblioteca Palabra, Madrid, 1997, p. 314).

Esta comunidad de personas es comunidad de saberes, es decir, de conocimientos especulativos y prácticos: de teología, filosofía, ética, ciencias exactas, experimentales y humanas, historia, técnicas y artes que se descubren, se difunden, se inventan. Saberes que se buscan y perfeccionan por lo que ellos mismos son, y para que orienten y vivifiquen los comportamientos, para que se plasmen en virtudes intelectuales y morales, en destrezas técnicas o artísticas y para que fundamenten, impulsen y refuercen actitudes, valiosas y valientes, ante la inigualable aventura de la vida personal, familiar, social y cívica.

Comunidad de saberes que permanece alerta a todas las dimensiones de la realidad, que no se cierra, ni mucho menos expulsa de su seno ninguna de ellas. Antes por el contrario, afirma que esos saberes constituyen manifestación del esfuerzo de los hombres por alcanzar mayor plenitud de humanidad; es decir, son

cultura que, como todo fruto de las personas humanas en su tránsito espacio-temporal, está lleno de ambivalencias, las cuales no llegan, sin embargo, a oscurecer la marcha hermosamente dramática hacia la plenitud.

La razón de ser de esta comunidad de personas y saberes que constituye la Universidad es estimular, promover y contribuir a esa marcha. Ella manifiesta una inclinación insaciable, presente en la naturaleza humana, de conocer la verdad y de actualizar todas las potencialidades inscritas en esta naturaleza.

El proceso de encuentro con la verdad requiere ante todo el asombro, seguido por un esfuerzo riguroso, sistemático, de profundizar ante las interrogantes que la realidad nos presenta: ¿qué es?; ¿para qué es?; ¿por qué es?; ¿cómo es?; ¿cuánto es?; ¿quién es?

Hace más de ciento cincuenta años, nuestro primer humanista, Don Andrés Bello escribió palabras que vale la pena recordar por ser aplicables a nuestra situación: “...no se debe olvi-

dar que nuestra Ley Orgánica, inspirada, en mi humilde opinión, por las más sanas y liberadas ideas, ha encargado a la Universidad, no sólo la enseñanza, sino el cultivo de la Literatura y las Ciencias; ha querido que fuese a un tiempo Universidad y Academia; que contribuyese por su parte al aumento y desarrollo de los conocimientos científicos; que no fuese un instrumento pasivo, destinado exclusivamente a la transmisión de los conocimientos adquiridos en naciones más adelantadas, sino que trabajase, como los institutos literarios de otros pueblos civilizados, en aumentar el caudal común...” (Memoria correspondiente al curso de la instrucción pública en el quinquenio 1844-1848. *La Independencia Cultural de Hispanoamérica*. Anexos a las Obras completas de Andrés Bello, nº 10, Compilador: Pedro Grases. La Casa de Bello. Caracas, 992, pp. 63-64).

Siendo una la realidad y una la persona, al tiempo que son múltiples las vías, objetos y métodos del conocimiento que tratan de desentrañarla, la comunidad de saberes se despliega en una multiplicidad de disciplinas, cuyo diálogo

y cooperación se hacen necesarios para conocerla mejor. De allí la dimensión multi e interdisciplinar de la tarea académica, que no puede desprenderse ni minusvalorar aquellos conocimientos que exploran en toda su profundidad los fundamentos, las causas últimas, el fin que da sentido a la pluralidad de grados de participación en el Ser, y que trata de interrogar y desentrañar al Ser mismo.

Comunidad de saberes que reconoce que el Creador se ha manifestado, se ha revelado al hombre, y que por tanto sabe necesaria la presencia de la fe y la razón, las cuales constituyen, en hermosa parábola de Juan Pablo II, “como las alas con las cuales el espíritu humano se alza hacia la contemplación de la verdad” (*Fides et Ratio*, Encíclica publicada el 14 de setiembre de 1998, Ed. Trípode, Caracas, 1998, p. 1).

Ya el maestro Andrés Bello nos decía “todas las verdades se tocan, y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber

una antipatía secreta entre aquella y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, que no puede menos que existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza... ” y afirmaba con fuerza: ... “aún no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras se enfermen”. (Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, el día 17 de setiembre de 1843, ob. cit., p. 30).

Desde la doble perspectiva de complementariedad de los saberes presentes en las diversas disciplinas, y de profundización en los fundamentos y causas últimas de la realidad, la Universidad está al servicio de la humanidad y del país.

Inseparablemente unida de esta búsqueda que da razón de ser a la investigación, la

Universidad expone, transmite y difunde el fruto de su esfuerzo, al que suma necesariamente el saber disponible que constituye el patrimonio cultural de la humanidad en sus manifestaciones principales. Esta exposición se despliega, como transmisión del saber, en dos esfuerzos básicos: la enseñanza y la extensión.

Estamos convocados para existir como institución durante un tiempo, que según evidencia la experiencia histórica se cuenta por siglos, en la triple tarea de investigar, enseñar y difundir los saberes en los que se plasma la verdad, para hacer vida esa verdad, para consolidar en cada una de nuestras almas el ansia de conocerla constantemente y vivirla plenamente, así como para conocer los medios y formas de lograr ese aprendizaje y vivencia permanentes.

La Universidad, para ser tal, debe pues constituirse y perfeccionarse permanentemente como una institución. Ser una institución comporta claridad y estabilidad en su razón de ser. Exige relaciones de confianza en quienes dirigen, de leal colaboración y búsqueda perma-

nente de la excelencia. Requiere adecuación y flexibilidad en los medios materiales y técnicos, en los métodos de trabajo, en las estructuras organizativas, en las formas de expresión y comunicación. Comporta relaciones de intercambio permanente con el entorno para servirle mejor, para lograr pertinencia y calidad en lo que ofrece, atención y respuesta a las aspiraciones, expectativas y demandas, así como para nutrirse con el soporte siempre renovado que ese entorno le brinda.

Entonces la Universidad llega a tener una vida plurisecular. Es así como la Universidad se hace siempre la comunidad de personas y saberes que la constituye. Para ello las personas ordenan libremente sus voluntades al servicio de la misión y las funciones que caracterizan el Alma Máter.

La Universidad reconoce que, en su seno, todos enseñan y todos aprenden, sin que este reconocimiento comporte un desdibujarse de las tareas y responsabilidades que a cada persona corresponde, ni de la diversidad de funcio-

nes y atribuciones que compete a la pluralidad de sus órganos. Por ello estimula el ejercicio responsable de la libertad de cada uno de sus miembros y la práctica de la solidaridad entre ellos y con la sociedad en la que se radica. Incita a lograr los mejores niveles académicos posibles de todos sus miembros.

Una relación específica y sustantiva tiene lugar en toda Universidad y en ella ha estado presente, con prescindencia de las variadas modalidades que en la historia de estas instituciones se constatan: es la relación profesor-alumno que análoga a la paterno filial se ha manifestado en el curso de los tiempos bajo la forma de maestro-aprendiz; tutor-pupilo; docente-discente; sabio-discípulo.

Esta relación ha sido el medio formal de transmisión de los saberes en la cultura occidental y durante ocho siglos ha distinguido a las Universidades. Ha estado en el centro mismo de la dinámica académica. En los distintos modelos de Universidad se le ha asignado un papel de predominio sobre la investigación en



unas, mientras que en otras se subordina a ésta. Nosotros consideramos que ambas tareas son inseparables y que se nutren mutuamente.

En la Universidad Monteávila queremos acogerla con especial cuidado. Construir un verdadero hogar para cobijarla y hacerla crecer con vigor, estimularla para que despliegue todas sus facetas y potencialidades.

Surgirá a partir del clima de amistad que hemos esbozado antes, como la más respetuosa y profunda relación de afecto y de servicio del profesor y de la institución en su conjunto hacia el joven que se integra a ella en procura de más pleno desarrollo.

Transcurrirá en primer término mediante la presentación humilde de la vida misma del docente: de su esfuerzo siempre renovado por adquirir la verdad y por convertirla en vida propia. Continuará por la transmisión comprensible, sistemática y profunda del saber disponible en las distintas disciplinas. Se plasmará en el acompañamiento y facilitación del proceso de

interiorización de los saberes en el alma del alumno. Le exigirá trabajo esforzado y riguroso, reflexión seria y profunda, atención despierta hacia la realidad, disposición a compartir con generosidad el fruto de su esfuerzo. Estimulará en él el despertar del amor a la sabiduría y su arraigamiento como eje en torno al cual podrá construir su propia vida. Le descubrirá que la sabiduría es el más perfecto fruto del amor al Creador y a la creación, y que no existe si no fecunda todas sus acciones internas y externas, si no se vuelca en servicio de los demás. Procurará que experimente personalmente ese encuentro con la Verdad. Le acompañará con respetuoso silencio en la oración y quizás también en la contemplación: momento sublime en que los signos y los textos callan ante la presencia del Ser Increado y de sus manifestaciones.

Para lograr fidelidad a los propios fines hemos asumido en la Universidad Monteávila como nuestra primera obligación, emprender y facilitar un proceso de formación continua de todo nuestro personal: directivos, docentes investigadores y personal de apoyo nos com-

prometemos a participar activamente en él. La Universidad diseña y pone a disposición cursos, talleres, seminarios, indicaciones bibliográficas, intercambio con otras instituciones nacionales y del exterior.

La experiencia evidencia que no es posible la excelencia académica sin una alta calidad del docente investigador. También se deriva de ella que esta calidad abarca a la totalidad de la persona, y que la excelencia involucra completamente a la institución.

El profesor es, en consecuencia, el actor fundamental en el proceso de conocer la realidad en toda su profundidad, en aportar a la ciencia nuevos conocimientos, en formular respuestas adecuadas y profundas a las interrogantes que cada momento histórico propone como desafío al logro de la plenitud humana. Ello le exige una tensión constante en su mejoramiento integral que le lleva a un comenzar y recomenzar, buscando y poniendo los medios necesarios, verificando con sinceridad lo que debe mejorar aún y, si ha recibido la gracia de

la fe, a encarar esa tarea en todos los aspectos de su vida frente al Creador, ya que, para expresarlo en palabras de Mons. Álvaro del Portillo que recogen enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá: “no se puede separar en el hombre lo sobrenatural y lo humano, la vida del espíritu y las actividades materiales, la luz de la fe y el que-hacer profesional” (*Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, EUNSA, 1993, Prólogo p. 26. También en *La Universidad en el pensamiento y acción apostólicas de Mons. Josemaría Escrivá*. Nuestro Tiempo, Mayo 1992, p. 118).

La Universidad pretende acoger, estimular, facilitar, cooperar con esos esfuerzos. En la medida de sus posibilidades, el Alma máter creará condiciones institucionales y allegará recursos para hacer factible esa tarea. Reconocerá los méritos de quienes asumen esa lucha. Quiere recibir en su seno, bajo variadas formas de cooperación, a muchos hombres y mujeres que calladamente contribuyen con su esfuerzo y aporte personal al incremento de la excelencia y la calidad en el mundo académico y cultural.

Hemos adoptado el humanismo cristiano como nuestro pensamiento inspirador y guía. Su luz nos permite reconocer la totalidad de la realidad del hombre y por tanto nos impulsa a superar los múltiples reduccionismos con los que en el tránsito de nuestra marcha en la historia, intentamos espuriamente aquietar nuestra insaciable ansia de verdad.

A partir de este pensamiento reconocemos que las personas tenemos una existencia recibida irrevocablemente, fruto de la composición de un acto de generación y un acto de creación, que es un acto de amor del Creador a cada ser humano. Que somos llamados a realizarnos en las dimensiones de la historia, la sociedad, la cultura, y que estamos abiertos a la trascendencia. Somos conscientes de nuestra naturaleza perturbada, capaces de privar del bien debido a nuestras acciones. Sabemos que hemos sido rescatados y elevados a alturas que están más allá de nuestra simple condición humana.

El humanismo cristiano comporta el estímulo al disfrute de los distintos y continuos

encuentros con las diversas manifestaciones del ser, valorándolas y asumiéndolas pero sin detenernos en el camino hacia la plenitud. A la vez que afirma sus especificidades, está abierto a todos los aportes que desde la multiplicidad de las culturas, y a lo largo de la historia, se hacen para la mejor comprensión de este misterio que constituye el hombre.

En consecuencia con la inspiración del humanismo cristiano, esta Universidad brinda una formación integral, cuyo ingrediente humanístico se afirma como “el desarrollo de la virtud humana en todas sus formas y en toda su amplitud, sustentada en un conocimiento sistemático y profundo de las manifestaciones culturales, de sus raíces, de las modalidades de su expresión”... desarrollo que se plasma en cualidades humanas que son “medios para acceder mejor al fin trascendental del hombre bajo la orientación de las disciplinas rectoras del ser y quehacer humanos: la filosofía y la teología” (Fernando Cervigón, *Anotaciones sobre la Formación Humanística*, julio 1999, Caracas).

Insertada en Venezuela, la Universidad Monteávila se propone enraizar su tarea en el ámbito de la cultura iberoamericana y venezolana. Estudiamos para ello el origen y desarrollo de la cultura occidental, en general y en sus modalidades ibéricas, para detenernos en las peculiaridades de la nueva cultura que origina el encuentro de éstas con la pluralidad de las culturas autóctonas, en la que luego se insertan durante un proceso ya plurisecular, las de origen africano y las de diversas proveniencias europeas y asiáticas. Este crisol de culturas que constituye la nuestra es el entorno al que ponderamos críticamente, al cual hacemos nuestra aportación con amor hacia la propia identidad, y desde el que nos abrimos a la cultura universal, para entregar la propia y recibir la ajena en un diálogo profundo y respetuoso.

Somos y nos sentimos venezolanos e iberoamericanos, al tiempo que universales. Estamos conscientes de que a partir de la propia tradición se puede construir una identidad abierta a la universalidad, capaz de innovar sin dejar de ser lo que se es y se quiere seguir siendo.

Al igual que en otros ámbitos de la tarea universitaria, creemos aquí poder hacer un aporte, pequeño pero significativo. Vivimos, según se dice frecuentemente, momentos de incertidumbre, parece impredecible el curso de los acontecimientos, se hace más notoria la pluridireccionalidad de las acciones. Todo ello es característico del fin de este siglo. Quisiéramos ver con claridad cómo será el inicio del milenio, pero no lo logramos. Me atrevería a decir que nos sentimos presa de procesos que no están bajo nuestro dominio, y ante los que el margen para el ejercicio de nuestra libertad se estrecha cada vez más.

Ante este panorama creo que nuestra contribución consiste en la afirmación de nuestra identidad cultural de raíz cristiana, en asumirla sin prejuicios y sin actitud vergonzante, en reconocer que es a partir de la mejor tradición que los hombres podemos avanzar siendo lo que somos, de un modo diferente. Es así como se manifiesta la naturaleza humana a lo largo de los milenios.



Nuestras raíces provienen de ese conjunto de culturas que sucesivamente se fecundaron en torno al Mediterráneo, se renovaron con y en el cristianismo, y se derramaron luego hacia el oeste, saltando por encima del Atlántico al encuentro de otras formas de vida y expresión humanas. Fue en suelo hispano, en latín y en castellano, que se reconoció la condición de personas humanas a nuestros aborígenes, y que se repitió, quizás en una dimensión que aún no terminamos de asumir conscientemente, un proceso de inculturación de la fe cristiana que no ha concluido.

Se ha intentado múltiples veces desviar, interrumpir y aún desnaturalizar este proceso. Aún en su mismo inicio el ansia de poder y la ambición de acumular riquezas lo perturbó, y más tarde la fragilidad humana de algunos entre aquellos a quienes correspondía impulsarlo y profundizarlo le quitó fuerza renovadora. Más adelante, diversas opciones políticas e ideológicas pretendieron ignorarlo o aún erradicarlo. La cultura secularizadora y positivista lo enfrentó sin poder hacer desaparecer testimonios heroí-

cos de fidelidad a la tarea ni la constante presencia de la religiosidad popular: con frecuencia, aun en ausencia de los pastores eclesiásticos, las campanas tañen a fiesta o a duelo, diversos actos de culto se celebran y se trasmite la fe de padres a hijos.

Últimamente el materialismo histórico y hoy el hedonismo, el individualismo consumista también materialista, y la cultura de la muerte con su carga de sexo, violencia y drogas de toda especie, quisieran ahogarlo o diluirlo.

El proceso de inculturación, sin embargo, continúa y cobra nueva vitalidad a la que nuestra Universidad se propone contribuir con el más riguroso respeto a la libertad de las conciencias y a la libertad religiosa, sin las cuales no puede existir tal inculturación, pues todo éxito aparente que prescinda de esas libertades es en verdad un retroceso, seguramente el más peligroso.

En este ámbito, que no terminará sino con el fin de los tiempos, nos podemos y debemos

hacer presentes, despiertamente, como operadores alertas y activos que asumen la responsabilidad de extender y profundizar ese proceso. No hay forma de ser uno mismo, como persona y como pueblo, como cultura y como civilización, sin transformar lo que se es para lograr la mayor plenitud de lo que se puede y debe ser.

Aquí está el lugar de nuestro aporte. No estamos empeñados en poner en marcha esta institución solamente para distribuir al final de los estudios unas constancias de acreditación profesional. Eso lo haremos, sin duda, y con gran alegría, pero no es ésta nuestra razón de ser. Cada acto universitario, también los títulos y diplomas, debe ser un signo de que se han abierto los horizontes del compromiso en la lucha por la plenitud humana temporal y trascendente a cada miembro de nuestra comunidad.

Nuestra razón de ser es servir como comunidad de personas y saberes, con nuestro voluntarioso esfuerzo y a partir de nuestra identidad, a la gesta a la cual está convocada la humanidad:

la tarea de su plena humanización en la línea de su dimensión trascendente, con actitud de respetuoso estímulo a la vida sobrenatural, que la fe nos ha hecho conocer, desde la cual toman sentido y encuentran su fin las demás dimensiones de nuestra existencia.

Vale la pena esta tarea, a ella estamos todos convocados. Aquí estamos para dar nuestro mejor esfuerzo, conscientes de nuestras insuficiencias y carencias.

Nuestra Universidad quiere ser pequeña, y crecer poco a poco y con cuidado. Consolidar un ambiente interno docto, cristiano y culto. Reflejar en todas sus actividades un comportamiento acorde con su condición académica y con el reconocimiento de la eminente dignidad de todas y cada una de las personas. Abrir sus puertas a las familias de los miembros de la comunidad. Plasmar en la realidad aquellas palabras del Beato Josemaría Escrivá: “la universidad es la casa común, lugar de estudio y de amistad; lugar donde deben convivir en paz personas de las diversas tendencias que, en cada momento, sean expre-

siones del legítimo pluralismo que en la sociedad existe” (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, nº 76).

No quiere agotarse entre sus muros. Desea tender lazos de amistad y cooperación tanto con las demás instituciones de educación superior en el país y en el exterior, como con los centros de investigación, de bellas artes, con las Academias, y particularmente con las comunidades que constituyen su entorno para servirles desde su condición universitaria.

Pretende estimular sin cesar la creatividad y el compromiso con las responsabilidades personales y colectivas que cada momento histórico depara a quienes están en relación con ella.

Queremos agradecer a la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei haber aceptado el convenio en virtud del cual respalda moralmente la orientación cristiana de nuestra Universidad y nos brinda el servicio de capellanía.

Hemos propuesto a Monseñor Javier Echevarría, Obispo titular de Cilibia y Prelado del

Opus Dei que acepte la Presidencia honoraria de nuestro Consejo Superior y, si tiene a bien, designe como su delegado al Vicario en Venezuela, Monseñor Doctor Ítalo Altimari Gásperi, prelado de Su Santidad.

Así mismo agradecemos profundamente a los promotores, colaboradores y amigos por su respaldo y generosas contribuciones espirituales, intelectuales y materiales. A tantos profesionales que han participado a lo largo de la elaboración y tramitación del proyecto, así como en las actividades dirigidas a profesores actuales y futuros, muchos de los cuales han asumido responsabilidades como docentes investigadores, y a todos los que con mucho esfuerzo y pocos medios materiales han acondicionado la sede y preparado los servicios de los que disponemos. Finalmente nuestra gratitud a los padres y representantes que nos han confiado a sus hijos o representados y a este grupo de estudiantes pioneros y cofundadores de esta Universidad.

Hemos emprendido nuestra marcha, decía al principio de estas palabras. Pedimos al Creador que sostenga a esta institución a lo largo de los tiempos en su vocación y en su tarea de llegar a ser lo que debe ser.

Universidad Monteávila

Noviembre, 1999





# **Verdad y libertad en la vida universitaria**

Rafael María de Balbín

## ***I. Verdad***

La persona humana tiene como una de sus propiedades esenciales la inteligencia, abierta a conocer la realidad en toda su amplitud. Cuando hay plena conformidad entre nuestro conocimiento y las cosas, entonces hay verdad. El saber especulativo o teórico, y también el saber práctico, consiste en penetrar intuitiva o gradualmente en la realidad, con empeño y esfuerzo por conocerla. Nuestra mente es capaz de vislumbrar la coherencia interna del universo y de la historia humana<sup>1</sup>.

En directa relación con esta prerrogativa humana se desarrolla la vida universitaria: “La Universidad es fundamentalmente una comunidad

1 Cfr. R. YEPES STORK. *Fundamentos de Antropología*. EUNSA, Pamplona, 1996, p. 141 y ss.

de intereses espirituales que reúne a profesores y estudiantes en la tarea de buscar la verdad y afianzar los valores trascendentales del hombre”<sup>2</sup>. Así es como está al servicio de la nación y colabora singularmente “mediante su contribución doctrinaria en el esclarecimiento de los problemas nacionales”<sup>3</sup>. A la Universidad le corresponde una función rectora en lo que se refiere a la educación, la cultura y la ciencia; mediante la investigación, la enseñanza y la extensión<sup>4</sup>. “La Universidad incide en el proceso social a través de sus investigadores y egresados; de allí la importancia de dotar a éstos no solamente de competencia técnica y profesional, sino de un pensamiento propio sustentado en una visión humanista del hombre y de la ciencia; a la par que se asume de una manera militante la vida y el trabajo desde la ética y la defensa irreductible de los derechos humanos”<sup>5</sup>.

---

2 Cfr. *Ley de Universidades* de 1970, art. 1º, 1.

3 Cfr. *Ibidem*, art. 1º, 2.

4 Cfr. *Ibidem*, art. 1º, 3.

5 A. LOMBARDI. *La catedral de papel*. Ed. LUZ, Maracaibo, 1997, p. 27; cfr. p. 33.

La tarea universitaria implica siempre la búsqueda de la verdad, en todas sus manifestaciones: renunciar a ello sería como firmar la partida de defunción de la Universidad. El escepticismo intelectual —o relativismo— es una enfermedad de la razón, que renuncia cobarde o cómodamente a la tarea que le es propia. Además el escepticismo perjudica notablemente a la enseñanza: los alumnos necesitan *seguridad*, para su búsqueda de la verdad. Esta búsqueda no reconoce fronteras y no tiene por qué autolimitarse, excluyendo ningún campo de la realidad. La adquisición de la verdad se procura, en el plano de la razón natural humana, por medio de las diversas ciencias particulares y de la Filosofía. El creyente cuenta además con la ayuda de las verdades reveladas por Dios, que asume por medio de la Fe, y explicita y profundiza mediante la Teología: así adquiere su conocimiento una más profunda y radical dimensión<sup>6</sup>.

---

6 Cfr. CH. DERRICK. *Huid del escepticismo*. Ed. Encuentro, Madrid, 1982.

## *Saber de fundamentos*

La búsqueda cabal de la verdad, a nivel universitario, no puede darse si no se incluye entre los estudios el de la Teología. “La universidad profesa por su mismo nombre la enseñanza del saber universal. Como la Teología es una rama de ese árbol del saber, tiene necesariamente que ser enseñada en la universidad. La Teología tiene al menos el mismo derecho a exigir un puesto en la universidad que la astronomía”. Así lo expresaba J. H. Newman<sup>7</sup>. Y más adelante: “¿qué ciencia no encontrará una parte u otra de su territorio atravesada por este sendero? ¿Qué resultados de la especulación son incuestionables, sin haber preguntado a la teología lo que tiene que decir sobre ellos? ¿No arroja luz sobre la historia? ¿No influye en los principios de la ética? ¿No ofrece un cierto apoyo a la física, a la metafísica y a las ciencias políticas?”<sup>8</sup>. La exclusión del saber teológico del ámbito universitario sería una pérdida irreparable, un gran empobre-

---

7 *The idea of a university*. Loyola University Press, 1927, p. 38.

8 *Ibidem*, p. 81-82.

cimiento que limitaría grandemente la búsqueda de la verdad<sup>9</sup>.

Para que haya una verdadera inspiración cristiana de la vida universitaria no sería suficiente con que los integrantes de la Universidad tengan convicciones o práctica individual de vida cristiana. La Universidad requiere una armónica compenetración de todos los saberes con una inspiración cristiana de la Ciencia y de la Cultura. En este aspecto juega un importante papel la Filosofía cristiana: aquella que es realizada por creyentes, en consonancia con las verdades de la Fe; y siempre con un riguroso método filosófico. La Filosofía cristiana del ser integra y permite hacer la síntesis de los conocimientos culturales y científico-particulares; a la vez que permite a la Teología profundizar racionalmente en los principios revelados. Sin ellas habría una postura simplemente fideísta, basada sólo en el comentario bíblico más o menos acorde con el sentir cultural del momento.

---

9 Cfr. A. ARANDA. Sobre el influjo cultural de la Teología, en *Scripta Theologica* 26 (1994/2), 611-624; C. IZQUIERDO. La función de una revista de Teología en el seno de la Universidad, en *Scripta Theologica* 26 (1994/2), 641-653.

Convendrá que haya armonía y acuerdo entre la búsqueda humana de la verdad y la revelación que Dios ha hecho. No hay contraposiciones, sino la necesidad de una leal colaboración, tal como expresa un conocido filósofo de nuestro tiempo: “Se nos dice que ha sido la fe la que ha contruido las catedrales de la edad media; sin duda, pero la fe no hubiera construido nada si no hubiera habido arquitectos también; y si es cierto que la fachada de Notre Dame es un raptó del alma hacia Dios, eso no le impide ser también una obra de geometría: hay que saber geometría, para construir una fachada que sea un acto de caridad”<sup>10</sup>. Y de ahí su exhortación: “Católicos, que profesamos el valor eminente de la naturaleza porque es obra de Dios, mostremos nuestro respeto por ella asentando, como primera regla de nuestra acción, que *la piedad no dispensa nunca de la técnica*. Porque la técnica es aquello sin lo cual la piedad más viva es incapaz de hacer uso de la naturaleza por Dios. Nadie, ni nada, obliga a un cristiano a ocuparse de la ciencia, del arte o de la filosofía, puesto que no faltan otras mane-

---

10 E. GILSON. *El amor a la sabiduría*. Caracas, 1974, pp. 88-89.

ras de servir a Dios; pero si ésta es la manera de servir a Dios que él ha escogido, el mismo fin que se propone al estudiarlas le obliga a la excelencia; está condenado, por la misma intención que lo guía, a llegar a ser un buen científico, un buen filósofo o un buen artista: ésta es para él la única manera de ser un buen servidor”<sup>11</sup>. “Y del mismo modo que me permitía recomendar la práctica de las disciplinas científicas, o de las técnicas artísticas a aquellos cuya vocación es servir a Dios en estos campos, asimismo me permito recomendar con todas mis fuerzas la enseñanza y la práctica de la teología a todos aquellos que, habiendo dominado aquellas técnicas, quieran seriamente ordenarlas a Dios”<sup>12</sup>.

### *Buscar la verdad*

Una sincera actitud de asombro es la raíz del saber: hay que detenerse ante la realidad, con amor y con tenacidad, para conocerla profundamente. Es afán a la vez de la inteligencia y del querer. Es preciso sorprenderse una y otra

---

11 Ibídem.

12 Ibídem, pp. 94-95.

vez ante la maravilla del ser, que nos muestra los vestigios de la inteligencia, el amor y el poder del Creador. Quien se compromete con la verdad, ha de ser coherente y esforzarse por convertirla en clave de su propia vida y la de los demás. La verdad, como el bien, tiende a irradiar, y el ámbito universitario favorece muy especialmente su vivencia y difusión.

La faena universitaria está plenamente al servicio de la verdad, en todas sus facetas: investigación, docencia, extensión. Propicia una educación completa, que no se limita a proporcionar conocimientos habilitantes para un diploma, sino que forma a personas humanas en sus convicciones y en su carácter; ayudándolas para un actuar coherente en su entorno social. El Concilio Vaticano II consideraba que “el divorcio entre la fe y la vida diaria debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo”<sup>13</sup>. La búsqueda de la verdad no es ajena a los problemas diarios o eventuales de la vida humana. “La Universidad tiene como su más alta misión el servicio de los hombres, el ser fermento de la

---

13 Const. *Gaudium et spes*, n. 13.



sociedad en que vive: por eso debe investigar la verdad en todos los campos, desde la Teología, ciencia de la fe, llamada a considerar verdades siempre actuales, hasta las demás ciencias del espíritu y de la naturaleza”<sup>14</sup>.

La búsqueda de la verdad y el compromiso con ella son propios de toda persona humana. E importancia primordial reviste el compromiso con la verdad religiosa. “La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma –que no se aquieta– si no trata y conoce al Creador (...): el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena Teología. Una universidad de la que la religión esté ausente, es una universidad incompleta: porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones”<sup>15</sup>. La Teología

---

14 San J. ESCRIVÁ. *Discurso 2-X-1967*.

15 San J. ESCRIVÁ. *Conversaciones*, n. 73.

no es una asignatura más, pues el conocimiento de Dios debe dar sentido a toda la enseñanza universitaria: “La Universidad faltaría a su vocación si se cerrara al sentido de lo absoluto y trascendente, ya que limitaría arbitrariamente la investigación de toda la realidad o de la verdad y terminaría por perjudicar al hombre mismo, cuya más alta aspiración es conocer lo verdadero, lo bueno, lo bello, y esperar un destino que le trascienda”<sup>16</sup>.

### *Orientación humanista*

Una Universidad de inspiración cristiana debe buscar, a la vez que la excelencia académica, también la orientación humanista. El hombre está abierto a la verdad y a la belleza, tiene un sentido del bien moral, actúa en conciencia y con libertad, tiene afanes de infinito y de dicha en su alma espiritual, busca a Dios. Es preciso tener siempre en cuenta a la persona humana, protagonista de la vida social, la cultura y la ciencia; y no perder de vista ese protagonismo. En este sentido, no hay ciencias *neutras* hacia la

---

16 JUAN PABLO II. *Mensaje al mundo universitario*, 7-III-1983.

verdad, ni siquiera las ciencias experimentales de la materia: cuando el positivismo ofrece una visión reductiva del hombre, se opone a una concepción integral de la persona, de su dignidad y de los derechos humanos. El hombre tiene siempre la grandeza de haber sido hecho *a imagen y semejanza* de Dios. El materialismo es una ideología, que no deriva de ninguna ciencia, y que empequeñece la búsqueda de la verdad. El amor a la *sabiduría* no puede sustituirse con abundancia de *erudición* y menos todavía con simple *información*. Quien busca sinceramente la verdad admite ser un profesor-investigador *con formación*, pero también *en formación*.

Hemos hablado de los horizontes que la Fe abre a los creyentes en la búsqueda de la verdad, dirigiendo una atención muy principal a la condición humana. “La Teología está llamada a concentrar su reflexión en lo que son sus temas radicales y decisivos: *el misterio de Dios*, del Dios Trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-amor; *el misterio de Cristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado

definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; *el misterio del hombre*, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido mismo de la vida (...). Es la Teología misma la que impone la cuestión del hombre para poder prenderlo como destinatario de la gracia y la revelación de Cristo”<sup>17</sup>.

Plantear pragmáticamente las tareas universitarias, olvidando la búsqueda de la verdad, empobrece grandemente la misión de la Universidad. Recientemente se ha escrito que lo necesario en ella es preparar profesionales técnicamente cualificados para hacer frente a los retos de una sociedad con procesos de globalización. Este planteamiento aparece como muy insuficiente. “El desarrollo de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo marcado por el señorío de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la vida moral y ética. Por desgracia, parece que este desarrollo siempre va por detrás. La primera inquietud se refiere a

---

17 JUAN PABLO II. *Discurso a los teólogos españoles*. Salamanca, I-XI-1982, n 3.

una cuestión esencial y fundamental: ¿este progreso, del cual el hombre es su autor y defensor, hace la vida humana sobre la tierra más humana desde todo punto de vista? ¿La hace más digna del hombre?”<sup>18</sup>. No basta con atender los requerimientos de índole económica o técnica: “la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social”<sup>19</sup>. Es lo que afirmaba con fuerza y esperanza Juan Pablo II en Maracaibo: “Y es una circunstancia muy oportuna que estas palabras las pueda anunciar en el *campus* de una universidad, porque también a nivel de las universidades se deben dejar espacios para una penetración del Evangelio. El Señor ha dicho: *Id y enseñad a todas las criaturas* (Mateo 28,29). Entonces, la universidad es también una criatura muy importante.

---

18 JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 15.

19 Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 59.

Es verdad, la universidad es una criatura muy importante, para la cual yo deseo todas las iluminaciones de todas las ciencias posibles, pero también deseo con todo mi corazón una iluminación de la luz del Señor, la luz del Evangelio”<sup>20</sup>.

En ocasión memorable expresaba Andrés Bello la necesidad de la búsqueda de la verdad sin restricciones, en armonía de todos los saberes: “Todas las verdades se tocan, y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas. Yo creo, por el contrario que existe, que no puede menos de existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza”<sup>21</sup>. No existen cortapisas ni contraposiciones entre las diversas ramas del

---

20 JUAN PABLO II. *Homilía en Maracaibo*, 27-I-1985, n. 5; cf. *Documento de Puebla*, n. 1.057: “Es importante la evangelización del mundo universitario (docentes, investigadores y estudiantes) mediante oportunos contactos y servicios de animación pastoral en instituciones no eclesiales de educación superior”.

21 A. BELLO. *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile*, 17-IX-1843.

conocimiento humano. Al servicio de la persona humana se opondrán los reduccionismos estrechos. “El fomento de las ciencias eclesiásticas, destinado (...) a proveer a los pueblos de la república de la competente educación religiosa y moral, es el primero de estos objetos y el de mayor trascendencia. Pero hay otro aspecto bajo el cual debemos mirar la consagración de la universidad a la causa de la moral y de la religión. Si importa el cultivo de las ciencias eclesiásticas para el desempeño del ministerio sacerdotal, también importa generalizar entre la juventud estudiosa, entre toda la juventud que participa de la educación literaria y científica, conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana. No creo necesario probar que ésta debiera ser una parte integrante de la educación general, indispensable para toda profesión, y aun para todo hombre que quiera ocupar en la sociedad un lugar superior al ínfimo”<sup>22</sup>.

---

22 Ibídem.

### *Al servicio de todos*

La búsqueda de la verdad, en toda su extensión, redundará en beneficio de la entera sociedad: “En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, adonde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es de donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad (...)”. “En ninguna parte ha podido generalizarse la instrucción elemental que reclaman las clases laboriosas, la gran mayoría del género humano, sino donde han florecido de antemano las ciencias y las letras”<sup>23</sup>. El que busca y encuentra la verdad debe hacer partícipes a los demás de lo que ha descubierto y contemplado. Los bienes inmateriales son siempre más comunicables, se pueden compartir mucho más ampliamente que los bienes materiales. “En definitiva, los grandes bienes humanos sólo se poseen en comunión. Así el lenguaje, la verdad, el amor. Por eso, al margen del negocio cotidiano, el que busca la

---

23 *Ibíd.*



verdad más alta no está de ningún modo aislado”<sup>24</sup>.

La orientación de toda la vida universitaria hacia la verdad no es un elemento baladí, sino su constitutivo esencial. Sin esta orientación la Universidad perdería su más profunda razón de ser. Así lo explicaba Juan Pablo II, en un mensaje a los universitarios: “Ante todo, quiero explicaros cómo veo personalmente el significado de los estudios universitarios desde el punto de vista del hombre joven. Su importancia no se limita únicamente al campo de la cultura, o sea a la adquisición de un cúmulo de saber necesario para ser capaces de desarrollar una determinada función social. En la base de los estudios académicos hay algo más profundo, se trata de la relación creativa con la verdad. Toda la realidad ha sido confiada como tarea al entendimiento y a la capacidad cognoscitiva del hombre en la perspectiva de la verdad, la cual debe ser bus-

---

24 R. T. CALDERA. *El oficio del sabio*. Caracas, 1995, pp. 15-16.

cada y examinada hasta que aparezca en toda su complejidad y simplicidad de conjunto”<sup>25</sup>.

El amor a la verdad compromete toda la vida del investigador y docente, excluye la neutralidad ambigua, requiere fortaleza para navegar contra corriente cuando perseverar en una posición conforme a la verdad no se compagina con una buena *imagen* en la opinión pública o en su entorno más inmediato. Esto no significa un desinterés ante esa opinión: más bien el profesor universitario consciente de la situación del mundo en que vive, debe ser factor activo con peso en la conformación de la opinión pública; ha de asumir el reto de afrontar los hechos que afectan a las personas y a la sociedad, y contribuir con juicios verdaderos a su recto enfoque. No es lógico ni humanamente digno que el universitario se encierre en su torre de marfil y se desentienda de los problemas comunes: debe iluminar con su ciencia, y de modo comprensible, al gran público. Sin renunciar, como es obvio, al rigor científico propio de su dedicación científica.

---

25 *Carta a los universitarios de México y de América Latina*, n. 1. Ciudad del Vaticano, 11-II-1979.

### *Cultura y vida universitaria*

Existen nexos indestructibles entre la cultura y el saber académico: primero porque los universitarios han sido nutridos en una determinada cultura, y además porque con su tarea propia inciden de nuevo y eficazmente en la orientación general de esa cultura. “Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano”<sup>26</sup>.

La multiplicación, riqueza y variedad actual de las ciencias humanas no deja de presentar el riesgo de la dispersión y el desconcierto.

---

26 Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 53.

Hace falta lograr una síntesis de los saberes que contribuya al beneficio y orientación de la vida humana. “La *teología* desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en la búsqueda de significado, no sólo ayudándoles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquecen la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales”<sup>27</sup>.

La síntesis cultural que requiere nuestro tiempo se propicia con el intercambio interdisciplinar: “La teología de nuestro tiempo necesita de la ayuda no solamente de la filosofía, sino también de las ciencias, y sobre todo de las ciencias humanas, como base imprescindible

---

27 JUANPABLOII. *Const. Ap. Ex Corde Ecclesiae*, 15-VIII-1990, n. 19.

para responder a la pregunta «qué es el hombre». Por eso en las facultades de teología no pueden faltar los cursos y seminarios interdisciplinarios”<sup>28</sup>. Lo que da unidad a los distintos saberes es el interés por la persona humana y sus afanes: “Si la teología ha necesitado siempre el auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico; es decir como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana”<sup>29</sup>. En esta tarea habrá que soslayar las tendencias reduccionistas del positivismo científico: “La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascen-

---

28 JUAN PABLO II. *Discurso a los teólogos españoles*. Salamanca, I-XI-1982, n. 3.

29 *Ibíd.*

dente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana”<sup>30</sup>.

La Universidad no puede vivir a espaldas de su primordial responsabilidad de influir en la cultura, y ser factor dinámico en su orientación. La búsqueda de la verdad debe repercutir en la excelencia humana. “La cultura es aquello a través de lo cual el hombre en cuanto hombre se hace más hombre y en la que se juega el destino mismo del hombre”<sup>31</sup>. Sería una desgracia que la cultura viniera determinada por los *slogans* publicitarios, los intereses puramente económicos o las tendencias pragmáticas de los *mass media*; “el servicio a la persona y a la sociedad humana se manifiesta y se actúa a través de *la creación y la transmisión de la cultura*, que especialmente en nuestros días constituye una de las más graves responsabilidades de la convivencia humana y de la evolución social”<sup>32</sup>. Hay que tener en cuenta que, en nuestro medio, la cultura no es

---

30 Ibídem.

31 JUAN PABLO II. *Carta autógrafa al Cardenal Secretario de Estado*, 20-V-1982; cfr. *Discurso en la sede de la Unesco*. París, 2-VI-1980, n. 7.

32 JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 44.

solamente la tradicional del pasado; sino que se está configurando, merced sobre todo a los medios de comunicación masivos y a su proyección omnipresente, una nueva cultura, que el Documento de Puebla llamó *cultura adveniente*<sup>33</sup>.

### *Religión y cultura*

Se pecaría de superficialidad, al hablar de la cultura, si se pasara por alto la influencia decisiva que sobre ella tiene y ha tenido siempre la religión. “El hombre es un ser naturalmente religioso. La orientación hacia el Absoluto está inscrita en su ser propio. La religión, en sentido amplio, es parte integrante de la cultura, donde ella arraiga y desde la cual se expande. Así, todas las grandes culturas tienen, como clave de la bóveda del gran edificio que ellas constituyen, la dimensión religiosa, inspiradora de las grandes realizaciones que han marcado

---

33 JUAN PABLO II, en su *Discurso en Santo Domingo* del 12-X-1992 (n. 10), señaló la conveniencia de que esté “presente la Iglesia en la encrucijada cultura de nuestro tiempo, para impregnar con los valores cristianos las raíces mismas de la cultura adveniente y de todas las culturas existentes”.

la historia milenaria de las civilizaciones”<sup>34</sup>. Y este hecho también tiene lugar en los momentos presentes, no sólo en tiempos pasados. Juan Pablo II lo expresa en pocas palabras: “El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande, el misterio de Dios”<sup>35</sup>. El fenómeno del ateísmo es de un evidente impacto sobre la cultura cristiano-occidental, unido a la pérdida de la metafísica (crisis de la idea misma de verdad), y a la relativización e instrumentalización de la ética<sup>36</sup>. La renuncia a buscar las verdades más altas constituye la causa de una grave crisis en la cultura humana. “La inteligencia humana no se apercibe de que abdica de una de sus prerrogativas: la utilización de sus facultades para conquistar la verdad superior, es decir, la verdad esencial y metafísica. Esta se sitúa en aquel nivel verdaderamente humano y espiritual en el que el encuentro con Dios, ya sea de un modo natu-

---

34 COMISSION THEOLOGIQUE INTERNATIONALE. *La foi et l'inculturation*. *Spirit et vie*, n. 5, 2-II-1989; cf. C. BASEVI. *Pensamiento y Teología hacia el año 2000*. *Rev. Palabra*, n. 318 (10/91), p. 552.

35 *Enc. Centesimus annus*, I-V-1991, n. 24.

36 Cf. F. MIGUENS. *Fe y cultura en la enseñanza de Juan Pablo II*. De. Palabra. Madrid, 1994, p. 208.



ral, ya sea por la Revelación, puede realizarse en una medida cierta y adecuada (...). “Parece indudable hoy que la cultura moderna, alma de la sociedad occidental durante siglos y, por medio de ésta, en gran medida, también de las otras sociedades, atraviesa una crisis: ya no se presenta como principio animador y unificador de la sociedad, la cual, a su vez, parece disgregada y con dificultades para asumir su misión de hacer crecer interiormente al hombre en toda la línea de su verdadero ser. Esta pérdida de vigor y de influencia de la cultura parece tener como base una crisis de verdad. El sentido de la verdad ha sufrido un serio impacto por todas partes. Si bien lo miramos, se trata, en el fondo, de una crisis de metafísica”<sup>37</sup>.

Los síntomas de esa crisis afloran a cada rato<sup>38</sup>. En este sentido Juan Pablo II propuso desde su primera encíclica un claro programa de acción: “Hay que aumentar los esfuerzos de las conciencias humanas en la medida de la tensión

---

37 JUAN PABLO II. *Discurso en la Universidad de Oporto*, 15-V-1982, n. 6.

38 Cf. JUAN PABLO II. *Al Congreso Internacional de Teología moral*. Roma, 10-IV-1986, n. 2; F. MIGUENS, o.c., p.225.

entre el bien y el mal a la que están sometidos los hombres al final del siglo veinte. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia”<sup>39</sup>.

### *Una cultura en función de la persona humana*

En la cultura de los diversos conglomerados humanos influyen múltiples factores. Y ciertamente, en los momentos actuales, tienen singular relieve las actitudes con respecto a la ciencia, y a la búsqueda de la verdad en toda su amplitud<sup>40</sup>. En su Discurso en la sede de la Unesco, en París, el 2 de junio de 1980, Juan Pablo II exhortaba a los hombres de cultura a no olvidar la trascendencia de la persona humana: “Si mucho nos edifica en el trabajo científico –nos edifica y también nos alegra profundamente–, este avance del conocimiento desinteresado de la verdad, a cuyo servicio se entrega el sabio con la mayor dedicación y a veces con riesgo de

---

39 JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 16.

40 Cf. nota 30.

su salud e incluso de su vida, mucho más debe preocuparnos todo lo que están en contradicción con los principios del desinterés y de la objetividad, todo lo que haría de la ciencia un instrumento para conseguir objetivos que nada tienen que ver con ella (...). “El futuro del hombre y del mundo está amenazado, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados –en perjuicio del imperativo ético– para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para fines de destrucción y de muerte, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables”<sup>41</sup>. Hay un último sentido en el quehacer científico, en la búsqueda de la verdad: “El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si con-

---

41 nn. 20-21.

serva el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre”<sup>42</sup>.

La cultura, en su dimensión plena, no ha podido reducirse nunca a un fenómeno puramente elitesco. Hoy en día mucho menos: ya que la cultura que se genera en ámbitos más activos, no tarda en hacerse presente, de un modo u otro, a todos los sectores de la sociedad: “El empeño evangelizador e inculturizador de la fe en las clases populares y las culturas nativas es, ciertamente, un empeño loable y necesario; pero olvidar el fenómeno paralelo de asimilación de una cultura universal descristianizada e indiferentista que de hecho se está dando, y a marchas forzadas, es cerrar los ojos a la realidad. Y hay que hacer notar que dicho fenómeno no sólo se da a nivel político, jurídico, literario, etc., sino también, gracias a los medios de comunicación social, a nivel popular”<sup>43</sup>. Cuando Juan Pablo II comenzó a hablar de una *nueva evangelización* en América, no se refería a un contenido nuevo, sino a un “compromiso, no

---

42 JUAN PABLO II. *Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias*, 10-XI-1979, n. 4.

43 F. MIGUENS, o.c., p. 206.

de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”<sup>44</sup>. Ese empeño afecta concretamente *a los hombres de la cultura*, “que con su vida y su actividad profesional, contribuyen a la difusión del mensaje evangélico en todos los ámbitos culturales del país, fortaleciendo así la colaboración recíproca entre la fe y la ciencia, que haga surgir una nueva fecundidad intelectual, artística, literaria. Todo ello será posible si también el mundo de la cultura abre sin miedo sus puertas a la plenitud de Cristo, al único que da sentido y consistencia a todo lo que existe”<sup>45</sup>.

### *Prioridad del conocimiento especulativo*

La Universidad cumple con respecto al resto de la sociedad una misión insustituible: el fomento del saber teórico o especulativo, la investigación de la verdad en los diversos campos del saber. “La especulación da a la prudencia las bases inmovibles, a la vez que los puntos de orientación de que ha menester para

---

44 *Discurso a la Asamblea del Celam, 9-III-1983, III.*

45 JUAN PABLO II. *A los hombres de la cultura*. Buenos Aires, 12-IV-1987, n. 7.

no dejarse arrebatado por el flujo multiforme de la vida ni extraviarse en las encrucijadas que a cada momento le presentan los varios requerimientos de las circunstancias. Como se mueve entre ellos, la prudencia está necesitada de unas estrellas fijas que señalen su rumbo y le permitan conservar el mando (...); por virtud de una necesidad interna, la prudencia se atiene y supe- dita a la especulación, de la que toma sus bases y con cuyas antorchas se ilumina”<sup>46</sup>. El simple pragmatismo carece, en último término, de una orientación consciente. No se puede actuar con acierto si no se conoce cabalmente la realidad que se afronta. Antes de *transformar el mundo* hay que *conocerlo*; “es conveniente a la sociedad que haya entre sus miembros quien conserve el depósito de los valores especulativos necesarios para la misma definición del bien común práctico y para la defensa de los principios en que ella se apoya. Y de tal conveniencia surge, en su caso, la obligación, para el intelectual que cultiva esos valores, de proclamarlos y defenderlos en beneficio de la sociedad entera y aun cuando hubiere de hacer frente a toda ella o al

---

46 A. MILLÁN PUELLES. *La función social de los saberes liberales*. Ed. Rialp. Madrid, 1961, p. 102-103.

poder del tirano”<sup>47</sup>. El cultivador del saber no es un parásito de la sociedad, sin un integrante de suma importancia, puesto que le aporta las luces de verdad teórica que toda la sociedad necesita. “Hacer que el intelectual sirva a la vida activa desde su mismo puesto y función de intelectual sólo es posible si hay una operación de tipo «mixto» que tenga la virtud de reunir la teoría y la práctica. Esa operación es la enseñanza. Ella es, por consiguiente, la única manera de que el intelectual aporte al bien común su específico haber, que es su saber. Y cuando este saber, que es formalmente especulativo, tiene por objeto el bien común práctico, su comunicación por la enseñanza ilumina y conforta los entendimientos de los demás miembros de la sociedad, de tal manera que *especulativamente los dirige y ordena a su verdadero fin*”<sup>48</sup>.

Las falsas contraposiciones entre la teoría y la práctica no hacen sino deformar el valor de la verdad. Ciertamente son planos distintos, pero indisolublemente unidos. Si la verdad es una ¿por

---

47 Ibídem, p. 127.

48 Ibídem, p. 132.

qué si algo es verdadero *en teoría* tiene que ser falso *en la práctica*? Quizás en este sentido hay que interpretar el conocido dicho: *No hay nada más práctico que una buena teoría*. “No es, pues, que especulemos sólo para mejor llevar la vida activa, sino que ésta debe dirigirse y ordenarse según las verdades captadas en la especulación. La actividad humana se fundamenta y enraíza en la teoría, en la misma medida en que el hombre es un ser intelectual y como tal se comporta. Sin embargo, esto no significa que la teoría surja únicamente en función de la práctica. Es la vida activa la que, en tanto que humana, resulta de la contemplación; y no al revés. Invertir el sentido de estas relaciones no es otra cosa que un último y definitivo pragmatismo que, si no desfigura el rostro de la verdad, la humilla, sin embargo, hasta tal punto, que la hace sierva de lo que naturalmente es inferior a ella”<sup>49</sup>.

En páginas anteriores se aludía a la importancia del asombro, como posición ante la riqueza de la realidad, como enfrentamiento interrogativo de la inteligencia humana con el

---

49 *Ibíd.*, pp. 141-142.



ser de las cosas; este asombro está en el origen del filosofar y de toda búsqueda en profundidad de la verdad. “La situación de asombro, la actitud total de extrañeza, apuntan a la verdad y, subjetivamente hablando, a la teoría, no a la utilidad ni a la acción. Es claro, sin embargo, que los problemas especulativos de que el asombro se nutre no son los únicos que nos dan que pensar. La mayoría de las veces tratamos de resolver problemas prácticos. Necesitamos saber cómo son las cosas para poder aprovecharnos de ellas; y tener una idea de nuestro ser para ordenar debidamente nuestros actos. Pero aunque nos pongamos a pensar en una actividad práctica, es decir, aunque en ello estribe muchas veces el fin de la especulación, la más ínfima dosis de teoría exige un desinterés por la verdad, que es, a su vez, y por su misma esencia, un desligarse y desinteresarse de los móviles mismos de la acción. En el paréntesis especulativo a que las cosas mismas nos constriñen cuando queremos beneficiarnos de ellas, resplandece de un modo sintomático la autonomía del valor de la verdad”<sup>50</sup>.

---

50 *Ibíd.*, pp. 144-145.

El humano deseo de conocer es muy profundo, y se manifiesta como una permanente búsqueda de la verdad: “La pura especulación nace de una extrañeza que excita al entendimiento y le intriga y afana en la prosecución de la verdad, que es, en este caso, la explicación o razón de ser de lo que nos causa la extrañeza. Y es la ignorancia de esa explicación lo que no soportamos cuando hay en nosotros un verdadero interés especulativo”<sup>51</sup>. La razón humana, en su función especulativa o contemplativa, tiene una neta superioridad sobre su función práctica, que se ordena a la acción<sup>52</sup>. El conocimiento especulativo redundaría en beneficio de todos y no hay ninguna razón para que esté reservado solamente a unos pocos. “Los bienes superiores no se dividen al comunicarse. Son, en este sentido, por su naturaleza misma, universales, y de suyo, por tanto, los más susceptibles de pacífica y quieta posesión, ya que en principio todos los podrían tener enteros, y si de hecho son participados en diversa medida es porque empiezan

---

51 *Ibidem*, p. 146.

52 San AGUSTÍN. *De Trinitate*, lib. XII, cap. 3: “ratio superior, quae ad contemplationem, et inferior, quae ad actionem pertinet, in mente una”.

por no ser iguales los correspondientes poseedores, a quienes Dios, que ama el orden y la variedad de sus criaturas, dota de muy distinta capacidad y aptitud”<sup>53</sup>.

## **II. Libertad**

Una vez que hemos hablado de la verdad y de su búsqueda sincera y apasionada en el ámbito de la Universidad, convendrá también referirse, con no menor fuerza, a la libertad.

La libertad es una de las características esenciales que definen a la persona, impregnando todo su obrar, para lograr su bien propio; aunque en ocasiones sea desviada hacia el mal. *“El hombre es libre desde lo más profundo de su ser. Por eso los hombres modernos han identificado el ejercicio de la libertad con la realización de la persona: se trata de un derecho y de un ideal que no podemos ni queremos renunciar. No se concibe que se pueda ser verdaderamente humano sin ser libres de verdad”*<sup>54</sup>.

---

53 A. MILLÁN PUELLES. o.c., p. 165.

54 R. Yepes Stork, o.c., pp. 159-160.

En su nivel más radical la persona humana es entitativamente libre. Hay un libertad interior o constitutiva que se caracteriza como intimidad: la persona se posee, es dueña de sí misma y de sus acciones. Esta libertad interior no puede ser suprimida por coacciones, presiones o influjos ambientales: *nadie puede lograr que yo quiera, sinceramente, lo que no quiero*. De esa libertad constitutiva de la persona brota el derecho a la libre opinión y a su expresión, a vivir según las propias creencias y convicciones. La libertad lleva a la apertura hacia todo lo real: por eso es tan duro el encierro o encarcelamiento. El hombre libre decide sobre su proyecto vital y sobre los medios más oportunos para realizarlo. Nuestra libertad está siempre ubicada en una coyuntura determinada, con las posibilidades y limitaciones que atañen a cada persona. Nunca partimos de cero en el desarrollo de nuestra libertad<sup>55</sup>.

### *Libertad religiosa y cultural*

En el ejercicio de la libertad tiene una gran importancia la libertad religiosa de toda persona

---

55 Cf. *Ibidem*, p. 160-163.

humana. “Esta libertad consiste en que todos los hombres han de estar inmunes de coacción, tanto por parte de personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y esto de tal manera, que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos (...); el derecho a la libertad religiosa está realmente fundado en la dignidad misma de la persona humana, tal como se la conoce por la palabra revelada de Dios y por la misma razón natural (...); el derecho a la libertad religiosa no se funda en la disposición subjetiva de la persona, sino en su misma naturaleza, por lo cual el derecho a esta inmunidad permanece en aquellos que no cumplen la obligación de buscar la verdad y de adherirse a ella, y su ejercicio no puede ser impedido con tal de que se guarde el justo orden público”<sup>56</sup>. Sin el respeto a la libertad las manifestaciones del obrar humano dejarían de ser auténticas, también –evidentemente– las religiosas: “Porque el ejercicio de la religión,

---

56 Conc. VATICANO II. Decl. *Dignitatis humanae*, nn. 2-3.

por su propia índole, consiste sobre todo en los actos internos voluntarios y libres, por los que el hombre se ordena directamente a Dios: actos de este género no pueden ser mandados ni prohibidos por una potestad meramente humana”<sup>57</sup>.

Tiene también gran importancia respetar la libertad humana en su despliegue cultural: “El derecho de cada hombre a la cultura no está asegurado si no se respeta la libertad cultural. Con demasiada frecuencia la cultura degenera en ideología y la educación se transforma en instrumento al servicio del poder político y económico. No compete a la autoridad pública determinar el tipo de cultura. Su función es promover y proteger la vida cultural de todos, incluso la de las minorías”<sup>58</sup>.

La Historia se desenvuelve por el dinamismo de la libertad humana. El hombre tiene la capacidad de autodeterminar su conducta, adoptando decisiones propias, para bien o para mal. Dios nos ha hecho libres, y en uso de esa

---

57 Ibídem.

58 S.C.D.F. Instrucción *Libertatis conscientia*, n. 93.

libertad somos actores de nuestra historia personal y de la historia global: la calidad de la Historia depende directamente de la calidad de muchas historias personales. La libertad interior de cada persona humana es un hecho inicial, experimentado cada día; una perfección que se manifiesta como recibida. Es un don o regalo de gran categoría, que Dios ha hecho al hombre; y merece por esto que la respetemos y amemos. “La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y en la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza”<sup>59</sup>.

### *Educación y libertad*

El respeto a la libertad es un principio básico de toda la tarea educativa. Así lo recoge la Constitución Nacional de 1999: “La educa-

---

59 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.731.

ción es un derecho humano y un deber social fundamental (...) La educación es un servicio público y está fundamentada en el respeto a todas las corrientes del pensamiento, con la finalidad de desarrollar el potencial creativo de cada ser humano y el pleno ejercicio de su personalidad en una sociedad democrática basada en la valoración ética del trabajo y en la participación activa, consciente y solidaria en los procesos de transformación social consustanciados con los valores de la identidad nacional, y con una visión latinoamericana y universal. El Estado, con la participación de las familias y la sociedad, promoverá el proceso de educación ciudadana de acuerdo con los principios contenidos en esta Constitución y en la ley”<sup>60</sup>. Y la Ley de Universidades de 1970: “La enseñanza universitaria se inspira en un definido espíritu de democracia, de justicia social y de solidaridad humana, y estará abierta a todas las corrientes del pensamiento universal, las cuales se expondrán y analizarán de manera rigurosamente científica”<sup>61</sup>.

---

60 Art. 102.

61 Art. 4; Cf. A. LOMBARDI. o.c., p.40.



Al servicio del hombre y de su libertad está la formación humanística: por ser persona el hombre tiene un puesto singular en el conjunto del universo, “en toda su irreplicable realidad del ser y del obrar, del entendimiento y de la voluntad, de la conciencia y del corazón. El hombre en su realidad singular (porque es «persona») tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma”<sup>62</sup>. Junto a las materias de la formación profesional es de desear que el estudiante universitario (y con mayor razón todavía el profesor) tenga conocimientos de literatura, filosofía, artes, historia, etc.; para que no pierda de vista a la persona humana con la limitación de su especialismo y de su restringido método científico. Por la unidad de la persona humana y de la verdad, como conocimiento de *toda* la realidad, parece muy conveniente el cultivo de la interdisciplinariedad, para evitar los reduccionismos intelectuales, vitales o sociales que van en merma de la libertad. El estudioso debe asomarse al saber universal, pero sin perder el punto de apoyo de su propia cultura y tradición: una transculturi-

---

62 JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 14.

zación indiscriminada –esnobismo y superficialidad intelectual– empobrece gandemente a las personas.

Tener en cuenta la libertad supone procurar su perfeccionamiento, mediante la adquisición de hábitos técnicos, artísticos, intelectuales y morales; mediante actividades orientadas hacia el desarrollo de esos ámbitos: la formación universitaria no es mera *instrucción*, por muy erudito que sea el almacenamiento de saberes. La convivencia de profesores, alumnos y empleados; en un ambiente culto e impregnado de laboriosidad, con atención a las personas singulares, con un respeto de la libertad en el pluralismo, con un esfuerzo compartido en la búsqueda de la verdad y en su generosa transmisión; he aquí el marco necesario para la potenciación de la libertad en cada uno de los universitarios. Los afanes meramente pragmáticos ignoran en el ámbito universitario lo que hay de más humano en la persona. “Si el progreso contemporáneo (...) debe tener un rostro verdaderamente humano, entonces deberá tratar no sólo de ofrecer al hombre el máximo de medios para

que *tenga más*, sino también la posibilidad de ser *más hombre*. Ninguna tendencia, ningún programa materialista puede garantizar el *desarrollo del hombre espiritual*”<sup>63</sup>.

### *Humanismo cristiano*

El humanismo cristiano alcanza cotas de gran profundidad en su valoración del hombre, según refleja un conocido texto del Concilio Vaticano II: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...). Cristo (...) manifiesta plenamente el hombre al propio hombre (...). El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en algún modo a todo hombre”<sup>64</sup>. La consideración de lo que es específicamente humano, constituye elemento imprescindible del progreso cultural. “La cultura es el lugar en el que se humaniza la persona humana y accede cada vez más profundamente a su humanidad”<sup>65</sup>. “El desarrollo del mundo hacia órdenes económicos y culturales que respondan cada vez

---

63 K. WOJTYLA. Conferencia a un grupo de sacerdotes, 1974. En *Scripta Theologica* (1979), p. 51.

64 Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

65 JUAN PABLO II. *Discurso al Congreso M.E.I.C.*, 16-I-1982.

más a las exigencias integrales del hombre es una tarea que entra de lleno en la vocación del mismo hombre a dominar la tierra”<sup>66</sup>.

La valoración de aquello que es propiamente humano requiere una disposición solidaria de la libertad, de quien no se encierra en un estrecho círculo de intereses, sino que se deja involucrar por *todo lo que es humano*. “La primera y más determinante función de la voluntad en el que-hacer filosófico consiste en asegurar –a través de un *buen amor*– la pureza de la teoría. Y en este sentido, cabría insistir en que la rectitud de la voluntad –su apertura a lo bueno-en-sí, que es el ente en cuanto ente– resulta imprescindible, aunque no baste, para una adecuada comprensión de la verdad; y que, por el contrario, la desviación del querer voluntario –la reduplicación autorreferencial que encierra el yo individual o colectivo– sí que es suficiente para impedir cualquier penetración cognoscitiva, con alcance sapiencial y metafísico, en lo real”<sup>67</sup>.

---

66 JUAN PABLO II. *Audiencia general*, 25-VI-1986.

67 T. MELENDO. *Entre moderno y postmoderno. Introducción a la metafísica del ser*. Eunsa. Pamplona, 1997, pp. 30-31.

Para el progreso cultural no es suficiente la multiplicación de los conocimientos, con un frío *diagnóstico* de la realidad material. Hace falta una consideración *afectuosa* hacia el hombre y lo específicamente humano: “¿Cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría?”; “¿De qué manera (...) hay que reconocer como legítima la autonomía que reclama para sí la cultura, sin llegar a un humanismo meramente terrestre o incluso contrario a la misma religión?”<sup>68</sup>. Y es que el progreso actual de las ciencias experimentales y de las tecnologías puede favorecer – si bien no necesariamente – cierto fenomenismo y agnosticismo, a la vez que una autosuficiencia humana de horizontes meramente terrenos<sup>69</sup>. Otra manera de potenciar la libertad, además de proporcionarle el conocimiento integral de la persona humana y de sus posibilidades, es procurar –y ello atañe especialmente a la

---

68 Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 56.

69 *Ibidem*, n. 57.

Universidad— que quienes estén bien dotados intelectualmente puedan acceder a los estudios superiores y puedan cabalmente desempeñar en la sociedad el papel que les corresponde<sup>70</sup>.

La cultura, en su más amplia expresión, es resultado eminente de la libertad humana y florece aquélla tanto más cuanto ésta es respetada y valorada. “Con la expresión *cultura*, en general, se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la misma vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos; más aún, a todo el género humano (...). Estilos de vida diversos y escalas de valor múltiples encuentran su origen en la manera particular de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practi-

---

70 *Ibíd.*, n. 60.

car la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de cultivar las ciencias, las artes y la belleza”<sup>71</sup>.

Las formas culturales pueden ser tan variadas como las iniciativas de la libertad humana. “Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres, de cualquier grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad”<sup>72</sup>. Y a través del tiempo y de la libre actuación de las personas constituyen un verdadero patrimonio espiritual que nos influye y sobre el que influimos. “La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma *conciencia colectiva* (...). La cultura comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social, cuando no

---

71 *Ibídem*, n. 53; cfr. PABLO VI, Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, nn. 19-20.

72 Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 55.

son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes”<sup>73</sup>.

### *Libertad y misión de la Universidad*

Fácilmente se comprende el porqué la libertad es absolutamente esencial en una institución generadora de cultura, como lo es la Universidad; “la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales”. “La libertad (...) será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones”<sup>74</sup>. La formación cultural no es solamente de la inteligencia, sino de toda la persona. Y lo más importante para la persona es *aprender* a amar, como ejercicio integral de libertad, ya que el amor es la vocación fundamental e innata de todo ser humano<sup>75</sup>. Así lo expresaba Juan Pablo II en la Polonia todavía comunista: “*La cultura* es la expresión del hombre, es la confirmación de la humanidad. El hombre la crea y, mediante ella, el hombre se crea a sí mismo. Se crea a sí

---

73 *Documento de Puebla*, n. 387.

74 A. BELLO, o.c.

75 Cf. JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, n. 11.



mismo con el esfuerzo interior del espíritu, del pensamiento, de la voluntad, del corazón. Y, al mismo tiempo, crea la cultura en comunión con los otros. La cultura es la expresión del comunicar, del pensar juntos y del colaborar de los hombres. Nace del servicio al bien común y se convierte en bien esencial de las comunidades humanas”<sup>76</sup>. Y en carta a los universitarios latinoamericanos: “La Universidad es, en todo país y sociedad, la escuela y el ambiente de formación de la propia cultura. Se encamina a esto el trabajo de investigación y de creatividad de los científicos y de los profesores que transmiten el resultado de sus investigaciones a las generaciones jóvenes de estudiantes. La cultura crea un perfil espiritual en la sociedad: un particular fundamento de su identidad constituye la herencia con las que vienen educadas siempre las nuevas generaciones. Deseo referirme ahora con especial estima y gratitud al trabajo científico de cada Universidad, de cada investigador y de cada profesor. Juntamente, con esta dignidad característica de ellos, se une la gran responsabilidad hacia esta juventud que entrega su corazón e

---

76 JUAN PABLO II. *A los estudiantes*, en Gniezno. 3-VI-1979.

inteligencia, para poder así absorber los bienes del conocimiento y de la cultura”<sup>77</sup>.

La importancia de la libertad es clave en el humanismo que una Universidad de inspiración cristiana busca impartir. No hay *soluciones católicas* para la inmensa gama de cuestiones opinables que se presentan ante la libertad humana. El creyente sólo acepta como verdades inamovibles aquéllas que Dios ha revelado: el resto constituye la multiforme y pluralística variedad de las libres opciones personales. Esta variedad no simplemente se tolera, sino que se favorece y alienta. El diálogo abierto es consustancial a la vida universitaria, como intercambio interdisciplinar y acogida personal. Se hace realidad el viejo lema: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*: unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo. Es el modo de obrar que proponía Karol Wojtyła en el aula del Concilio Vaticano II: “deberíamos hablar de tal manera que el mundo vea que, para nosotros, no se trata tanto de enseñar al mundo de una manera autoritaria como de encontrar la justa y

---

77 JUAN PABLO II. *Carta a los universitarios de México y de América Latina*, n. 1. Ciudad del Vaticano, I-II-1979.

verdadera solución de los problemas difíciles de la vida humana y del mismo mundo. La cuestión no se centra en el hecho de que la verdad nos sea ya conocida; se trata más bien de la manera según la cual el mundo la encontrará por sí mismo y la hará suya”<sup>78</sup>.

### *Superar el materialismo*

Una cultura consumista, que pone en primer lugar la valoración de las cosas materiales, *cosifica* al hombre y restringe con ello su libertad: “En esto encuentra también su fundamento la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su *tener*, no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el *tener* del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su tener, puede al mismo tiempo ser más plenamente como hombre, llega a ser más plenamente hombre en

---

78 *Discurso*, 21-X-1964.

todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad”<sup>79</sup>.

La minusvaloración de la auténtica libertad humana, de la primacía de la persona sobre las cosas, supone nuevos peligros para la entera humanidad: “El futuro del hombre y del mundo está amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados —en perjuicio del imperativo ético— para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para fines de destrucción y de muerte, y esto en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables”<sup>80</sup>.

---

79 JUAN PABLO II. *Discurso en la sede de la Unesco*. París, 2-VI-1980, n. 7; cf. Conc. VATICANO II. *Const. Gaudium et spes*, n. 35.

80 JUAN PABLO II. *Ibidem*, n. 21.

### *Los saberes liberales*

La libertad caracteriza de propio derecho a la tarea del universitario, que cultiva un saber *liberal* en el sentido más clásico de la palabra: “es el saber liberal un saber libre, exento de ordenación utilitaria. Ese carácter libre lo tiene, sobre todo, la especulación pura. Así lo ha mantenido una ininterrumpida tradición que surge explícitamente en Aristóteles. Para éste, en efecto, lo más rigurosamente libre es la sabiduría no buscada sino por el puro gozo y plenitud que en ella alcanza el hombre. Sin embargo, de un modo analógico también los demás saberes liberales tienen razón de fin, siendo apetecibles en sí mismos y no estando de suyo ordenados al mundo del trabajo y de la vida activa”<sup>81</sup>. El *desinterés* que caracteriza a estos saberes hace que no sean un simple medio para otra cosa: ése es su rango de *saberes liberales* (y no esclavos o serviles). “De esta manera, pues, cabría, en principio, que los que hemos llamado saberes liberales, siendo deseables en sí mismos y no estando de suyo ordenados a

---

81 A. MILLÁN PUELLES. o.c., pp. 10-11.

la sociedad, fueran, no obstante, provechosos a ésta y aun necesarios en algún sentido, sin por ello perder su índole de fines y su esencial y radical diferencia con los demás saberes”<sup>82</sup>.

### **III. Implicaciones y requerimientos**

Hemos considerado dos aspectos esenciales de la vida universitaria: la verdad y la libertad. Ambos aspectos no se contraponen entre sí, como a veces –a la ligera– algunos señalan. La verdad no supone una planificación coercitiva, ni una restricción arbitraria de la investigación ni de la docencia. Y a su vez la libertad no lleva consigo el abusivo atropello de la realidad: ni de los hechos ni de los derechos de las personas. “La Universidad teleológicamente es libertad y verdad, todo lo demás se le subordina e históricamente sólo la autonomía posibilita esta doble vocación”<sup>83</sup>. “Las Universidades no pueden renunciar a *la búsqueda de la verdad sin coacción*”<sup>84</sup>.

---

82 *Ibíd.*, pp. 12-13.

83 A. LOMBARDI, o.c., p. 27.

84 *Ibíd.*

La Universidad nació –y continúa viviendo– como una comunidad de saberes (*universitas scientiarum*) y una comunidad de personas (*universitas scholarium*). Aparece así el doble aspecto antes señalado: la comunidad de saberes viene unificada por la búsqueda de la verdad; y la comunidad de personas por el delicado respeto y promoción de la libertad de los demás. La Universidad es un empeño que se realiza en común, por la colaboración activa de profesores, alumnos y empleados; por la convivencia en el trabajo de todos; en un pluralismo respetuoso de las personas y de su libertad; con una meta a la que tiende toda su actividad: “es propio de la vida universitaria la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada”<sup>85</sup>.

### *Armonía no dialéctica*

La conciliación entre verdad y libertad no es una conciliación dialéctica: no se basa en una oposición que no existe, sino en una mucho más profunda y mutua implicación. La Universidad no es el escenario adecuado para

---

85 JUAN PABLO II. Const. Apost. *Ex corde Ecclesiae*, n. 2.

luchas y tensiones, sino para el estudio sereno de los problemas. “La sociedad se refleja en la Universidad, con sus conflictos y contradicciones, pero es un error trasladar el conflicto social a la Universidad. En ésta se debe estudiar la dinámica social y la estructura de poder en la perspectiva del pensamiento crítico y científico, pero sin incurrir en el error de asumir directamente la responsabilidad del cambio social y político”<sup>86</sup>. La Universidad no tiene como misión ofrecer soluciones a corto plazo, pero su aportación a la vida social es de suma importancia: “al estudiar con profundidad científica los problemas, renueva también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa”<sup>87</sup>.

La Universidad presta un gran servicio al bien común en la medida en que contribuye a la formación de una antropología integral, “que respete todas las dimensiones de su ser (del hombre) y que subordine las materiales e ins-

---

86 A. LOMBARDI, *o.c.*, p. 27.

87 San J. ESCRIVÁ. *Discurso* del 7-X-1972.



tintivas a las interiores y espirituales”<sup>88</sup>. Debe buscar la formación integral de todos sus miembros, con una cultura que tienda al desarrollo completo de la personalidad humana, que ha de proyectarse en el entorno social; la formación profesional se inserta dentro del marco más amplio de una verdadera formación humanística: desarrollo de la excelencia humana en toda su amplitud, intelectual y moral; en prosecución de unidad, verdad, bien y belleza.

Una antropología integral ha de esforzarse en no divorciar a la libertad de la verdad: “la libertad reniega de sí misma, se autodestruye y se dispone a la eliminación del otro, cuando no reconoce ni respeta *su vínculo constitutivo con la verdad*. Cada vez que la libertad, queriendo emanciparse de cualquier tradición y autoridad, se cierra a las evidencias primarias de una verdad objetiva y común, fundamento de la vida personal y social, la persona acaba por asumir como única e indiscutible referencia para sus propias decisiones no ya la verdad sobre el bien o el

---

88 JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 36.

mal, sino sólo su opinión subjetiva y mudable o, incluso, su interés egoísta y su capricho”<sup>89</sup>.

Como el vínculo entre verdad y libertad es profundo, no debe ser despreciada la verdad en nombre de la libertad; ni atropellada la libertad con la excusa de la verdad: “todos deben respetar la conciencia de cada uno y no tratar de imponer a nadie la propia «verdad», respetando el derecho de profesarla, y sin despreciar por ella a quien piensa de modo diverso. *La verdad no se impone sino en virtud de sí misma*”<sup>90</sup>. “La verdad hay que perseguirla apasionadamente y vivirla al máximo de la propia capacidad. Esta búsqueda sincera de la verdad lleva no sólo a respetar la búsqueda de los demás, sino también al deseo de buscarla juntos”<sup>91</sup>.

### *Libertad con contenido*

Cuando la libertad humana carece de la referencia a la verdad, presenta unas realiza-

---

89 JUAN PABLO II. *Mensaje para la Jornada Mundial de la paz*. 1-1-1991, c. I.

90 *Ibídem*.

91 JUAN PABLO II. *Enc. Centesimus annus*, n. 46.

ciones pobres y mezquinas: “La libertad sólo es valorizada plenamente por la aceptación de la verdad”<sup>92</sup>. Es una evidencia que se hace más y más patente en un clima de materialismo consumista. “El hombre que se preocupa sólo o prevalentemente de tener y gozar, incapaz de dominar sus instintos y sus pasiones y de subordinarlas mediante la obediencia a la verdad, no puede ser libre. *La obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre* es la primera condición de la libertad, que le permite ordenar las propias necesidades, los propios deseos y el modo de satisfacerlos según una justa jerarquía de valores”<sup>93</sup>. En efecto, la libertad humana no es desenfreno ni desarraigo; tiene un norte, una orientación: “Ciertamente frente a algunas aberraciones del más tosco practicismo político, es oportuno insistir en la autonomía objetiva de la especulación, que en términos morales se traduce en el derecho del hombre a la verdad (...). Pero este derecho a la verdad es una libertad respecto de ella en el solo sentido en que de tal cosa puede hablarse: como libertad para alcan-

---

92 JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 19.

93 *Ibidem*, n. 41.

zarla, para alzarnos y abrirnos a su luz, no para crearla o deformarla”<sup>94</sup>.

Con su búsqueda sincera y libre de la verdad el universitario presta un inestimable y alto servicio, independientemente de que, en ocasiones, no acabe de ser justamente apreciado. “Todo el que comunica auténticos valores cumple realmente una función social. Y su preocupación no ha de ser tanto la de que estos valores sean sociales, cuanto la de que la sociedad sea valiosa. Quiero decir que la única manera de que efectivamente sea social su valor es que la sociedad participe de él, que lo conozca y lo viva. Y si realmente logra esto el escritor y todo el que se dedica a un saber liberal, sea de índole estética o científica, habrá pagado con la mejor moneda los beneficios que de la sociedad recibe y cumplido, a su modo la función social que le compete”<sup>95</sup>.

Decíamos que la conciliación entre verdad y libertad no es dialéctica: no es un juego de opo-

---

94 A. MILLÁN PUELLES, o.c., p. III.

95 *Ibíd.*, p. 193.

siciones. Hay entre ellas mutuas implicaciones y requerimientos. Por una parte sólo una investigación y docencia libres son capaces de buscar y transmitir la verdad, con auténtica creatividad. Por la otra parte sólo una búsqueda y enseñanza sincera de la verdad es genuinamente libre: el error ata y aliena, tanto la inteligencia como la voluntad. Valgan a este propósito las consideraciones de Juan Pablo II sobre *el esplendor de la verdad*: “solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar* en la Verdad y en *realizar* la Verdad” (...). “La cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad y, por tanto, volver a conducir al hombre a redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia, por la salvación del mundo. La pregunta de Pilato: «¿qué es la verdad?», emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que a menudo ya no sabe quién es, de dónde viene ni adónde va. Y así asistimos no pocas veces al pavoroso precipitarse de la persona humana en

situaciones de autodestrucción progresiva”<sup>96</sup>. Hay un vínculo constitutivo y esencial entre verdad y libertad: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”<sup>97</sup>. La exigencia personal en conocer y expresar la verdad se complementa con el amor a la libertad: *sin poner puertas al campo*, sin coaccionar injustamente a los demás. Cuando el hombre se abandona al relativismo y al escepticismo, busca, abandonando la verdad, una libertad engañosa<sup>98</sup>.

### *Dignidad de la persona y libertad*

La libertad del hombre necesita un rumbo, un sentido, unas pautas; para no ser simplemente un arbitrio irracional. No hay que tener miedo a la verdad ni a la libertad, regalos de Dios al hombre, basamentos de su dignidad: cuando se desprecia la verdad o se mira con indiferencia, se termina despreciando la vida del hombre y los derechos humanos. La libertad es para el bien, para el amor, para la plenitud; no para el juego caprichoso o el egoísmo estre-

---

96 JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, n. 84.

97 *Evangelio de San Juan* 8,32.

98 Cf. JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, nn. 1 y 31-34.

cho. ¿Cómo darle un pleno sentido a la libertad que cada uno de nosotros tenemos?: amando. Si no, la rica potencialidad del hombre permanece estéril; “la libertad se realiza en el *amor*, es decir, en el *don de uno mismo* (...), el servicio de Dios y a los hermanos”<sup>99</sup>. O, dicho con otras palabras: “La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres”<sup>100</sup>. Cuando la verdad se hace vida marca el rumbo de la libertad, y presenta a los ojos de todos el ejemplo atractivo de la coherencia. Ésta lleva en ocasiones a tener que nadar contra corriente, ofreciendo así un esforzado testimonio. “Lejos de perfeccionarse en una total autarquía del yo y en la ausencia de relaciones, la libertad existe verdaderamente sólo cuando los lazos recíprocos, regulados por la verdad y la justicia, unen a las personas. Pero para que estos lazos sean posibles, cada uno personalmente debe ser auténtico. La libertad no es la libertad de hacer cualquier cosa, sino

---

99 *Ibíd.*, n. 87.

100 San J. ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 27.

que es libertad para el Bien, en el cual solamente reside la felicidad”<sup>101</sup>.

El Concilio Vaticano II declaró solemnemente que la libertad religiosa es un derecho humano fundamental: todo hombre, por su misma dignidad, debe estar inmune de coacción, de manera que ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida obrar conforme a ella. Este derecho presupone, a su vez, un deber: “Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, tienen la obligación moral de buscar la verdad, sobre todo la que se refiere a la religión. Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad”<sup>102</sup>.

El relativismo, que en apariencia figura como respeto a la libertad de las personas, es en realidad un encogimiento de hombros ante

---

101 S.C.D.F. Instrucción *Libertatis conscientia*, n. 26.

102 Conc. VATICANO II. Decl. *Dignitatis humanae*, nn. 2-3.



ella. El amor a la verdad no amenaza a la libertad, sino que la potencia. “El relativismo es una posición moral extrema que, lejos de representar o producir el consenso, aparta de él a todos los pueblos de todas las épocas. La razón de ello está en que, si hay algo que mueve a los hombres, no es ninguna otra cosa que la distinción entre lo bueno y lo malo. Esta distinción produce conflictos y se halla en la base de muchas atrocidades que unos hombres han cometido contra otros. Mas también es el único refugio de las víctimas. Más allá de la distinción referida no hay más que cinismo (...). El relativismo, que prohíbe denominar malos a los actos de esos verdugos, no sería sino la definitiva traición a las víctimas. Quien dice que también se puede matar a la propia madre –dice Aristóteles, señalando los límites del discurso– no merece argumentos sino reprimendas”<sup>103</sup>.

### *El trasfondo cultural*

En realidad, y aunque a veces se intente pasarlo por alto, el trasfondo real de cualquier

---

103 R. SPAEMANN. *Felicidad y benevolencia*. Madrid, 1991, p. 213.

cultura viene constituido por la actitud de los hombres hacia la verdad religiosa y moral. “Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o los desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o por el contrario atea. De aquí que la religión o la irreligión, sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura familiar, económica, política, artística, etc., en cuanto los libera hacia la trascendencia o los encierra en su propio sentido inmanente”<sup>104</sup>. En esa realidad el papel que corresponde a la Universidad es de suma importancia, de ningún modo neutral. “La Universidad debe formar verdaderos líderes, constructores de una nueva sociedad y esto implica, por parte de la Iglesia, dar a conocer el mensaje del Evangelio en este medio y hacerlo eficazmente, respetando la libertad académica,

---

104 Documento de Puebla, n. 389.

inspirando su función creativa, haciéndose presente en la educación política y social de sus miembros, iluminando la investigación científica”<sup>105</sup>.

Cuando predomina una mentalidad que concede primacía, cuando no monopolio, a la ciencias positivo-experimentales y a lo conocimientos tecnológicos, ello no ocurre sin detrimento de la persona humana y de una cultura auténticamente *humanista*. Las ciencias particulares no llegan a lo más íntimo y característico de la persona, y no pueden resolver los problemas auténticamente humanos. Hay que rechazar la tentación de dar a los problemas humanos soluciones meramente *técnicas*; “la transformación de las condiciones materiales de vida, operada por la técnica, es tal que la tentación de una vida cómoda y superficial se ha hecho constante”<sup>106</sup>.

Es preciso valorar las raíces morales de la cultura de un pueblo. Decía Andrés Bello: “La moral (que yo no separo de la religión) es la vida

---

105 *Ibíd.*, n. 1.054.

106 Cf. S. PINCKAERS. *Las fuentes de la moral*. Eunsa. Pamplona, 1988, p. 109 ss.

misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales”<sup>107</sup>. Y en la misma ocasión: “Si la razón humana es débil, si tropieza y cae, tanto más necesario es suministrarle alimentos sustanciosos y apoyos sólidos. Porque extinguir esta curiosidad, esta noble osadía del entendimiento, que le hace arrostrar los arcanos de la naturaleza, los enigmas del porvenir, no es posible, sin hacerlo, al mismo tiempo, incapaz de todo lo grande, insensible a todo lo que es bello, generoso, sublime, santo; sin emponzoñar las fuentes de la moral, sin afejar y envilecer la religión misma. He dicho que todas las verdades se tocan; y aun no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una. No se puede paralizar una fibra (permítaseme decirlo así), una sola fibra del alma, sin que todas las otras enfermen”<sup>108</sup>.

---

107 *Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, 17-X-1843.*

108 *Ibídem.*

Así es posible apreciar, una vez más, el nexo indestructible entre la verdad y la libertad, que constituye alimento substancial de la cultura y tiene tanto que ver con la misión de la Universidad: “La libertad, como contrapuesta, por una parte a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones <sup>109</sup>.”

### *Conocer la verdad y amar el bien*

En virtud de la unidad de la persona humana y de toda la realidad, no es posible separar la captación de la verdad y la libre prosecución del bien. “El intelecto en primer término aprehende el ser; y en segundo lugar aprehende que entiende el ser; y en tercer lugar aprehende que apetece el ser. De donde primero es la razón de ser, luego la de verdadero y en tercer lugar la razón de bueno” <sup>110</sup>. “La comprensión de la

---

109 *Ibíd.*

110 Sto. TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica* I, q. 16, a. 4. ad 2.

radical unidad de verdad y bien en el ser mismo, y viceversa, del despliegue del ser en verdad y bien (uno de los logros de la profunda mirada de Santo Tomás, que introdujo la metafísica del espíritu en su filosofía del ser) nos remite enseguida al carácter personal del fundamento de lo real: nosotros encontramos la verdad y el bien en el ser de lo real porque captamos el ser y lo apetecemos, y captamos que lo captamos y que lo apetecemos. Esto es, tanto a nivel operatorio como a nivel reflexivo o temático, encontramos el bien y la verdad, porque estamos dotados de entendimiento”<sup>111</sup>.

La madurez de la persona se alimenta no solamente de elementos cognoscitivos, sino también volitivos, de libre querer del bien; “esta relación creativa con la verdad en un sector elegido del conocimiento y de la ciencia constituye propiamente la substancia de los estudios a nivel universitario. El resultado de estos estudios debe conllevar no sólo una determinada cantidad de conocimientos adquiridos en el transcurso de la especialización, sino además

---

111 R. T. CALDERA. *El oficio del sabio*. Caracas, 1995, p. 47.

una peculiar madurez espiritual que se presenta como la responsabilidad por la verdad: por la verdad en el pensamiento y en la acción. Tal responsabilidad caracteriza a un hombre espiritualmente maduro. En este camino el proceso del conocimiento llega a ser al mismo tiempo proceso de educación de la propia humanidad que fructifica con el ejercicio responsable de la libertad humana. Cristo ha dicho: «conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Juan 8, 32*), indicando así la maduración conjunta del conocimiento y de la libertad en el hombre. En resumen, el valor de la verdad humana se mide por el modo en que el hombre hace uso del don de la libertad, de la libre voluntad; por la suma del bien en que consigue empeñar su voluntad y finalmente por su capacidad de darse al prójimo, a la sociedad y a la humanidad”<sup>112</sup>. En este sentido, la maduración de cada persona repercute en el entorno social en forma de cultura. “La cultura proviene del hombre. El recibe gratuitamente de la naturaleza un conjunto de capacidades, de talentos, como los llama el Evangelio, y,

---

112 JUAN PABLO II. *Carta a los universitarios de México y de América latina*, n. 1. Ciudad del Vaticano, 11-II-1979; cf. Conc. VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 56.

con su inteligencia, su voluntad y su trabajo, le compete desarrollarlos y hacerlos fructificar. El cultivo de los propios talentos, tanto por parte del individuo como por parte del grupo social, con el fin de perfeccionarse a sí mismo y dominar la naturaleza, construye la cultura. Así, al cultivar la tierra, el hombre actualiza el plan de Dios; al cultivar las ciencias y las artes, trabaja para la elevación de la familia humana y para llegar a la contemplación de Dios”<sup>113</sup>.

La ausencia de contenidos intelectuales, de *presencia de verdad*, deteriora los logros de la libertad. “Una cultura intencionadamente antimetafísica produce por lógica una sociedad agnóstica y neopagana, a pesar de los esfuerzos encomiables de personas honestas y preocupadas por el destino de la humanidad”<sup>114</sup>. La atención a los requerimientos de la verdad es vital para una orientación de la libertad que esté al servicio del bien humano. “La esencial unión de Verdad-Bien-Libertad se ha perdido en gran parte de la cultura contemporánea. Por

---

113 JUAN PABLO II. *Discurso en la Universidad de Oporto*, 15-V-1982, n. 3.

114 JUAN PABLO II. *Homilía en Nettuno*, 1-IX-1979, n. 4.



tanto, llevar al hombre a redescubrirla es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia para la salvación del mundo. La pregunta de Pilato: «¿Qué es la verdad?» surge también hoy de la desconsolada perplejidad de un hombre que con frecuencia no sabe quién es, de dónde viene, ni adónde va. Así vemos no pocas veces cómo la persona humana se precipita en situaciones de autodestrucción progresiva”<sup>115</sup>. Si el hombre no sabe quién es, de dónde viene ni adónde va, no es posible que pueda dar un sentido constructivo a su libertad y que ésta no vague sin rumbo. “Es necesario que la reflexión ética se fundamente cada vez con más profundidad en una verdadera antropología y que ésta se apoye en aquella metafísica de la creación que está en el centro de todo pensar cristiano. La crisis de la ética es la prueba más evidente de la crisis de la antropología, crisis originada a su vez por el rechazo de un pensamiento verdaderamente metafísico. Separar estos tres momentos —el ético, el antropológico y el metafísico— es un

---

115 JUAN PABLO II. *Al Congreso Internacional de Teología Moral*. Roma, 10-IV-1986, n. 2.

gravísimo error. Y la historia de la cultura contemporánea lo ha demostrado trágicamente”<sup>116</sup>.

Una libertad que se desentiende de la verdad no es más que una gran fuerza, poderosa sí, pero ciega. “Algo más grave ha sucedido aún: el hombre no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la salvación. La fuerza salvífica de lo verdadero se rechaza, confiando a la sola libertad, desarraigada de toda objetividad, la tarea de deducir autónomamente lo que está bien y lo que está mal. Este relativismo se traduce, en el campo teológico, en una desconfianza en la sabiduría de Dios, que guía al hombre con la ley moral. Frente a lo que prescribe la ley moral se contraponen las llamadas situaciones concretas, sin considerar nunca, en el fondo, que la ley de Dios es siempre el único bien verdadero del hombre”<sup>117</sup>. El conocimiento de la verdad nunca constituye un estorbo para la perfección humana y el desarrollo de la libertad; al contrario, supone una ampliación de las posibilidades que el hombre tiene.

---

116 *Ibíd.*, n. 4.

117 *Ibíd.*, n. 2.

En este sentido el progreso de las diversas ciencias debe ser aplaudido y estimulado. “Todos estos medios a través de los cuales se va revelando más plenamente la naturaleza del hombre, abren nuevas vías a la verdad y pueden ahondar en nosotros la comprensión de los misterios de Dios. El avance de las ciencias cósmicas, y las ciencias de la vida, las comunicaciones, la medicina, la educación de masas, la psicología, los medios de producción, la predicción de datos a través de la electrónica: todo esto puede ayudar a lograr un aprecio más profundo del hombre. En realidad estos logros espléndidos de la raza humana son signos de la grandeza de Dios y del desarrollo de sus propios designios misteriosos. Mediante ellos se abre una puerta en la creación de Dios y en el sentido del don de la creación”<sup>118</sup>. Detrás de cada progreso en el conocimiento de la verdad el hombre se va abriendo a los valores más altos. Decía Juan Pablo II en un encuentro con intelectuales: “Trabajad con un sentido de trascendencia, porque Dios es la Suma Verdad, la Suma Belleza, el Sumo Bien, y con la labor científica y artística se puede dar gloria al

---

118 JUAN PABLO II. *A los intelectuales y artistas*, en la Universidad Sogang de Seúl, 5-V-1984, n. 2.

Creador y preparar así el encuentro con Dios Salvador”<sup>119</sup>.

### *Hacia una síntesis de los saberes*

La amplitud y diversificación de los conocimientos científicos llevan consigo el riesgo de la dispersión. Es preciso hacer converger esos conocimientos en función de la excelencia humana. Hoy día es más difícil sintetizar las varias disciplinas y ramas del saber. Porque, al crecer el acervo y la diversidad de elementos que constituyen la cultura, disminuye al mismo tiempo la capacidad de cada hombre para captarlos en una integración orgánica, de modo que cada vez se va desdibujando más la imagen del *hombre universal*. Sin embargo, queda en pié para cada hombre el deber de conservar la estructura de toda la persona humana, en la que destacan los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia y fraternidad; todos los cuales se basan en Dios Creador y han sido sanados y elevados maravillosamente en Cristo”<sup>120</sup>.

---

119 JUAN PABLO II. *A los hombres de la cultura*. Buenos Aires, 12-IV-1987, n. 7.

120 Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 61.

A los cristianos corresponde, por expreso encargo de Jesucristo, la misión de ser sal de la tierra y luz del mundo. El dinamismo de las actividades temporales corresponde de propio derecho y responsabilidad a los fieles laicos, comunes ciudadanos cristianos: “la Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de la investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista. Tal presencia está destinada no sólo al reconocimiento y a la esencial purificación de los elementos de la cultura existente críticamente ponderados, sino también a su elevación mediante las riquezas originales del Evangelio y de la fe cristiana”<sup>121</sup>.

En una Universidad de inspiración cristiana, ¿cómo conciliar la adhesión a la verdad revelada con el respeto máximo a la libertad de las conciencias de todos? En la formación que imparta una tal Universidad habrán de tener una posición

---

121 JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 44.

preeminente la Teología y la Filosofía cristiana, en plena coherencia con aquella inspiración fundamental. Elemento primordial en la concepción cristiana del hombre y de su vida personal es el máximo aprecio a la libertad, de manera que los conocimientos y enfoques se ofrecen siempre en un clima de libertad a los profesores y alumnos, creyentes en su gran mayoría en un medio culturalmente cristiano. Para aquellos que no sean creyentes, la respetuosa exposición de los principios cristianos será también provechosa, en la medida en que podrán valorar con mayor conocimiento la tradición cultural del medio en que se desenvuelven.

Es evidente que la acumulación de conocimientos y razonamientos teológicos y filosóficos no tiene capacidad para llevar a la Fe en la verdad revelada, pues ésta es un don de Dios, que llega con la gracia y la libre adhesión de la persona; sin que esta adhesión deba ni *pueda* jamás ser forzada.

El multiculturalismo, que resulta más patente por las tendencias globalizadoras, es un

hecho creciente en la sociedad de nuestros días. Pero no tiene por qué ser una coartada para el relativismo. Debe haber una plena libertad en la doctrina o religión que se desee, siempre desde la perspectiva del esfuerzo humano por buscar y alcanzar la verdad en todas sus dimensiones. Está planteada en nuestros días la búsqueda conjunta de una solución justa y equilibrada de los difíciles problemas de la vida humana<sup>122</sup>. Esta última observación señala un área de convergencia para todos los hombres de buena voluntad, a la que los cristianos aportan sinceramente todo su empeño<sup>123</sup>.

### *Evangelizar la cultura*

La evangelización del mundo, que compete a los cristianos, es un anuncio de la verdad revelada que sólo puede ser asumido en libertad. Este mensaje liberador ha de ser pregonado a los cuatro vientos; es la “*historia de la evangelización*, una historia que se ha desarrollado en

---

122 Cf. K. WOJTYLA. *Discurso del 21-X-1964 en el Aula conciliar.*

123 Cf. JUAN PABLO II. *Discurso a los teólogos españoles.* Salamanca, I-XI-1982.

el *encuentro con la cultura de cada época* (...). La Iglesia renueva cada día, contra el espíritu de este mundo, una lucha que no es otra cosa que la *lucha por el alma de este mundo*. Si, de hecho, por un lado, en él están presentes el Evangelio y la evangelización, por el otro hay una *poderosa antievangelización* que dispone de medios y de programas, y se opone con gran fuerza al Evangelio y a la evangelización. La lucha por el alma del mundo contemporáneo es enorme allí donde el espíritu de este mundo parece más poderoso. En este sentido, la *Redemptoris missio* habla de *modernos areópagos*, de decir, de nuevos púlpitos. Estos areópagos son hoy el mundo de la ciencia, de la cultura, de los medios de comunicación; son los ambientes en que se crean las élites intelectuales, los ambientes de los escritores y de los artistas”<sup>124</sup>. Es el Evangelio la *buena nueva, la noticia alegre*. El cristiano debe ser en este mundo nuestro “portador de humanidad y transmisor de una novedad eterna”<sup>125</sup>.

---

124 JUAN PABLO II. *Cruzando el umbral de la esperanza*. Barcelona, 1994, pp. 127 y 131.

125 San J. ESCRIVÁ. *Surco*, n. 419.



Se trata de una verdadera *inculturación* de las enseñanzas del Evangelio, que tiene un particular eco en nuestra peculiar idiosincrasia cultural iberoamericana. “Esta cultura impregnada de fe y con frecuencia sin una conveniente catequesis, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios. Se traduce en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en un sentido del trabajo y de la fiesta, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco. También en el sentido de su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla”<sup>126</sup>. Se trata de una cultura propia, de gran vigor, que no tiene por qué copiar miméticamente modelos ajenos. “Es una cultura que, conservada de un modo más vivo y articulador de toda la existencia en los sectores pobres, está sellada particularmente por el corazón y su intuición. Se expresa, no tanto en las categorías y organización mental características de las

---

126 *Documento de Puebla*, n. 413.

ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria”<sup>127</sup>. Es un ejemplo vivo de cómo la evangelización, sin confundirse con las diversas culturas, las tiene en cuenta amorosamente. En claro contraste con la creciente *secularización* que ha invadido tantos ámbitos culturales: “La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas”<sup>128</sup>.

La *inculturación* del Evangelio lleva consigo abundantes frutos de excelencia humana, de solidaria aproximación a los otros, de convivencia *personalizada*: el hombre “única creatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás”<sup>129</sup>. Juan Pablo II comenta esta aseveración: “Puede decirse que en estas palabras de la Constitución pastoral del Concilio se compendia toda la

---

127 *Ibíd*em, n. 414.

128 PABLO VI. Enc. *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

129 Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 24.

antropología cristiana: la teoría y la praxis, fundada en el Evangelio”<sup>130</sup>.

Las enseñanzas del Evangelio no tienen su origen en el ingenio ni en el esfuerzo humanos: no son, por tanto, una cultura. “El Evangelio y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas todas sin someterse a ninguna”<sup>131</sup>. Si no hubiera esta impregnación no habría coherencia entre la fe y la vida real de los cristianos. “Es todo el hombre, en lo concreto de su existencia cotidiana, el que es salvado en Cristo y es, por ello, *todo* el hombre el que debe realizarse en Cristo. Una fe que no se haga cul-

---

130 Enc. *Dominum et vivificantem*, n. 59.

131 PABLO VI. Enc. *Evangelii nuntiandi*, n. 20.

tura es una fe no acogida plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente”<sup>132</sup>.

En las palabras inaugurales de su pontificado Juan Pablo II hacía un vigoroso llamado a dejar de lado los temores, sin falsas contraposiciones, derivadas de estrecheces mentales: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo El lo conoce!”<sup>133</sup>. La verdad revelada no va en detrimento de la libertad humana. “En un mundo sin verdad, la libertad pierde su consistencia y el hombre queda expuesto a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes o encubiertos. El cristiano vive la libertad y la sirve (cf. *Juan* 8, 31-32), proponiendo continuamente, en conformidad con la naturaleza misionera de su vocación, la verdad que ha conocido. En el diálogo con los

---

132 JUAN PABLO II. *Alocución al Congreso Nacional «Empeño cultural»*. Roma, 16-I-1982.

133 JUAN PABLO II. *Homilía*, 17-X-1978.

demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las Naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón”<sup>134</sup>.

Es el llamado que se repetiría años después: “¡Pueblos todos, abrid las puertas a Cristo! Su Evangelio no resta nada a la libertad humana, al debido respeto a las culturas, a cuanto hay de bueno en cada religión. Al acoger a Cristo, os abris a la Palabra definitiva de Dios, a Aquel en quien Dios se ha dado a conocer plenamente y a quien el mismo Dios nos ha indicado como camino para llegar hasta El”<sup>135</sup>.

Tenemos una reciente invitación, dirigida expresamente a todos los ámbitos del continente americano, en orden a la evangelización de la cultura: “El mundo de la educación es un campo privilegiado para promover la inculturación del Evangelio. Sin embargo, los centros edu-

---

134 JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 46.

135 JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, n. 3.

cativos católicos y aquéllos que, aun no siendo confesionales, tienen una clara inspiración católica, sólo podrán desarrollar una acción de verdadera evangelización si en todos sus niveles, incluido el universitario, se mantiene con nitidez su orientación católica. Los contenidos del proyecto educativo deben hacer referencia constante a Jesucristo y a su mensaje, tal como lo presenta la Iglesia en su enseñanza dogmática y moral. Sólo así se podrán formar dirigentes auténticamente cristianos en los diversos campos de la actividad humana y de la sociedad, especialmente en la política, la economía, la ciencia, el arte y la reflexión filosófica”<sup>136</sup>.

Caracas, 21-II-2000

---

136 JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Ecclesia in America*, n. 71.

# Humanismo y formación universitaria

Fernando Cervigón Marcos

## I. Introducción

Toda institución universitaria que se plantee con seriedad ejercer la función educativa y de transmisión cultural que le compete, suele proponerse, como uno de los objetivos fundamentales de su misión, y como un ideal de universal aceptación, el impartir una “formación integral”, cuya finalidad es lograr el mayor desarrollo posible de la personalidad (no nos concierne ahora analizar los diferentes criterios existentes en torno a los conceptos de personalidad y desarrollo personal), de modo que por un lado se satisfagan las más nobles aspiraciones humanas y por otro que en lo profesional, además de satisfacer las expectativas de la vocación específica seleccionada y los intereses personales, se

contribuya eficazmente al desarrollo y progreso de la sociedad.

Por otra parte, las naciones, o los grupos regionales, son cada vez más conscientes de que la educación de la juventud en todos sus aspectos debe ser un objetivo prioritario de toda política, si no se quiere quedar relegado a la condición de país marginal, “subdesarrollado”, en un mundo que experimenta constantes cambios, tanto en el área de las concepciones teóricas como de los criterios morales, y en los acelerados progresos o innovaciones en los ámbitos científico y tecnológico.

La verdadera dimensión del problema se plantea cuando se quiere definir teóricamente, y concretar en la práctica, en qué consiste esa “formación integral”, y en particular, cuáles serán los mecanismos a emplear, para alcanzar, o al menos aproximarse a ese ideal, especialmente cuando la universidad se inserta en el seno de una sociedad caracterizada por el predominio de un pragmatismo materialista, herencia desvirtuada del positivismo decimonónico.



Aunque el positivismo comtiano no podía ser una solución para explicar en toda su dimensión a la persona humana y su destino, ni conducir a un progreso definitivo e indefinido de la sociedad, su influencia fue positiva para el desarrollo de las ciencias experimentales y una aproximación más rigurosa al estudio de la naturaleza (para una excelente exposición del alcance de la filosofía de Augusto Comte, véase la obra de X. Zubiri, *Cinco lecciones de filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, 274 pp., 118-156).

La confusión puede aumentarse cuando se trata de incorporar la formación humanística, a la cual habitualmente y en sentido amplio se le aplica la denominación de “humanidades”, en el plan de estudios, ya que, generalmente, lo que se plantea es la introducción de un conjunto de asignaturas “humanísticas” en el pénsum, poco relacionadas aparentemente, o no adecuadamente conectadas o integradas con la profesión que el estudiante desea adquirir para satisfacer su vocación y expectativas de “éxito” en la vida, y para lo cual se ha matriculado en la universidad. Por este motivo acepta, o mejor dicho,

soporta de mala gana aquello que considera como una carga adicional e inútil para el logro de sus objetivos. Esta situación ha sido, en muchos casos, la experiencia de los “estudios generales” que han tratado de poner en práctica algunas universidades.

### *Humanismo y humanidades*

Los conceptos de “humanismo” y “humanidades” permiten, y de hecho han conducido a muy diversas interpretaciones a lo largo de la historia de la educación, y es frecuente que no exista un criterio universalmente aceptado sobre lo que se entiende por incorporar una formación humanística como uno de los elementos fundamentales de la “formación integral” de la persona a la que aspira la universidad.

Con el fin de evitar equívocos, trataremos de precisar, brevemente, los distintos significados relacionados con los términos “humanismo” y “humanidades”.

El término “humanismo” fue utilizado por primera vez en 1808, por el pedagogo alemán F. J. Niethammer, para referirse a una directriz didáctica que marcaba el acento en la importancia educativa de la lectura de los autores clásicos de Grecia y Roma, frente a las crecientes exigencias de un tipo de instrucción más inmediatamente práctico y científico que corrían paralelas en la industrialización de Occidente.

Posteriormente y a lo largo del Siglo XIX, el término “humanismo” lo utilizaron los historiadores, principalmente alemanes, que mostraron gran interés por los “humanistas” de los siglos XV y XVI, a quienes dieron esta denominación por el énfasis que pusieron en los estudios clásicos, es decir de la cultura y literatura de Grecia y Roma, en sus períodos clásicos, cuyas manifestaciones se habían ido descubriendo gradualmente.

Esta “renascentia” o *renovatio* del clasicismo, de donde surgió el término *Renacimiento*, se polarizó en torno a una ideología que recibió el nombre de *humanitas*. El concepto de huma-

*nititas* se tomó de Cicerón, quién al llamar a las diversas manifestaciones de la cultura griega “humanidad” no interpretó el concepto como una especie de filantropía, sino con un claro sentido educativo. Es decir, Cicerón entiende por esa palabra el conjunto de las artes y las letras de los griegos en cuanto expresan un ideal del hombre. En cierto modo, la *humanitas* latina corresponde a la *paideia* griega.

En definitiva el concepto *humanisti* deriva de lo que se denominaba *studia humanitatis*: un ideal educativo y político que constituía la base intelectual de todo el movimiento renacentista. En realidad, el término *humanitas* comprendía el desarrollo de la virtud humana en todas sus formas y en toda su amplitud con la pretensión de conseguir un delicado equilibrio entre acción y contemplación.

Por otra parte, la excesiva atención prestada al estudio de los clásicos y al concepto focalizado en “la virtud humana”, marginando en parte su relación íntima con Dios, contribuyó a que el teocentrismo medieval, a veces exage-

rado por carecer de una reflexión del hombre sobre sí mismo, derivara gradualmente hacia un antropocentrismo tendiente a interpretar todas las realidades temporales en función de la dimensión humana, con lo cual la idea de Dios se desdibujaba como el punto de referencia primario del cual procede toda realidad; y se adoptara como criterio de referencia la expresión del antiguo sofista Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”. Sin embargo, no todo el renacimiento fue de signo paganizante y, en particular, el español no estuvo contaminado por esa tendencia, por el contrario contribuyó eficazmente a renovar la escolástica decadente que predominaba en la segunda mitad del siglo XV en casi todas las universidades europeas.

Es pertinente recordar a este respecto que *humanismo* y *renacimiento* son términos que definen fenómenos distintos aunque enlazados histórica y culturalmente. El humanismo de inspiración cristiana surge del influjo que ejercieron los intelectuales procedentes de Bizancio que visitaron o se establecieron en Italia y llevaron con ellos el saber clásico gre-

corromano. La máxima expresión literaria de este humanismo es la “Divina Comedia” de Dante Alighieri (1265-1321). Grandes humanistas en este período de renovación de la Escolástica y de la teoría y práctica religiosa fueron el Gran Canciller de Inglaterra Sto. Tomas Moro (1477-1535), Erasmo de Rotterdam (1466-1536) y el español Juan Luis Vives (1492-1540) cuya influencia en la Europa de la primera mitad del siglo XVI fue muy importante<sup>1</sup>.

El término humanidades, también se utiliza a menudo para designar las disciplinas escolares no científico-experimentales: lenguas, literatura, retórica, filosofía, historia del arte, etc.

El filósofo francés J. Maritain (1882-1973) se propuso dar una respuesta cristiana al proceso cultural llevado a cabo por la modernidad, surgido del movimiento renacentista y de la Reforma protestante que conduce en su versión

---

1 Aunque varias obras de Erasmo fueron seriamente censuradas por la Iglesia, su *Enchiridion* o *Manual del Caballero Cristiano*, ejercieron una notable influencia en la renovación espiritual de la primera mitad del siglo XVI principalmente en España y en la “Nueva España” (México).

moderna a un humanismo antropocéntrico que rechaza a Dios. El cristianismo, según este filósofo, debe dar una respuesta que supere la ingenuidad medieval, que acoja la reflexión moderna sobre el hombre y que trascienda su antropocentrismo, para ofrecer un proyecto humanista a la vez que teocéntrico, es decir, un humanismo integral.

Así pues y como síntesis, podemos considerar la existencia, en relación al área de la educación, de tres interpretaciones del término “humanismo”:

1. Humanismo como clasicismo, incluyendo un ideal de vida: el desarrollo total de la virtud humana.
2. Humanismo como una orientación antropocentrista: “el hombre es la medida de todas las cosas”.
3. Humanismo como referencia al moderno concepto de humanidades: áreas no científico experimentales.

En cuanto a la posibilidad de una relación o vinculación entre humanismo y cristianismo,

no es superfluo reflexionar sobre la opinión expresada por el filósofo A. Llano en una conferencia dictada en la Universidad de Navarra (España), que si bien su aceptación absoluta puede resultar exagerada, o cuanto menos discutible, puede ayudarnos a comprender la importancia prioritaria que se le otorga a la formación humanística en una universidad de inspiración cristiana: “El cristianismo no es sólo un humanismo, mas no hay humanismo real fuera del cristianismo. El propio concepto de *humanismo* es, por su génesis histórica, radicalmente cristiano. Lo cual no excluye, sino implica, que desde la religión cristiana se hayan descubierto e integrado las semillas de humanismo que laten en la tradición filosófica occidental y en otras muchas narrativas de diferentes culturas”<sup>2</sup>. El humanismo cristiano surgido a principios del siglo XVI avala con fundamento esta afirmación, y así Luis Vives opina que la educación debe tender a desarrollar el armónico conjunto de la personalidad humana y su formación integral: “Nada de enseñanza neutra que deja las almas áridas y desorientadas”.

---

2 A. Llano. *La imagen del hombre*. Conferencia Universidad de Navarra. Pamplona, 1996, 22 pp., (M.S.).



La formación integral que debe impartirse en una universidad de inspiración y fundamentos cristianos debe incluir, como algo inseparable, la humanística, entendida ésta como el desarrollo de la virtud humana en todas sus formas y en toda su amplitud, sustentada en un conocimiento sistemático y profundo de las manifestaciones culturales, de sus raíces y de las modalidades más importantes de su expresión. Implica la adquisición, entre otras, de características tales como: fortaleza, juicio, prudencia, etc., no en el sentido de cualidades que tiendan a enfatizar un antropocentrismo de horizonte limitado, sino como medios para acceder mejor al fin transcendental del hombre bajo la orientación de las disciplinas rectoras del ser y quehacer humanos: la filosofía y la teología.

## **II. El Marco de referencia**

Sin perjuicio de exponer más adelante y con mayor extensión el tema de la relación entre religión y cultura, parece pertinente, al tratar de definir el marco conceptual de la Universidad, recordar el criterio que sobre el concepto de

cultura expone Christopher Dawson: “La cultura es la forma –o estilo– de la vida social de una comunidad humana que se adapta a un medio ambiente particular; resulta del trabajo de sucesivas generaciones y se transmite de edad en edad, e implica también cierto grado de especialización y canalización de las energías humano-sociales conforme a pautas comúnmente establecidas y adaptadas”<sup>3</sup>.

El hombre está inmerso en la cultura. Ella es su fruto natural y constituye su ambiente. Esto no comporta sin embargo que sea siempre consciente de tal situación ni que conozca la reflexión que otros hombres han hecho sobre la cultura y los productos culturales a lo largo de la historia o en su propia época. Por ello el hombre debe adquirir su formación también en el estudio de los logros de la humanidad en el lenguaje, las ciencias experimentales, la literatura, la estética y la historia para discernir el papel que le corresponde desempeñar, enrique-

---

3 C. Dawson. *Religion and culture*. Meridian Books, Inc., Nueva York, 1960. Traducido por Heberto Verduzco Hernández en *Historia de la cultura cristiana*. F.C.E., México, 1997.

cer su propia personalidad y aportar su contribución a la humanidad<sup>4</sup>.

La formación humanística, unida al caudal de conocimientos propios de los estudios profesionales y las demás actividades que complementan la función académica, integra un todo unificado que otorga al egresado una auténtica dimensión universitaria basada en un criterio de excelencia académica, coherencia entre convicciones intelectuales y acción, y responsabilidad social.

La calidad de la formación universitaria viene dada, en primer lugar, por abarcar y ayudar a jerarquizar los distintos planos de la realidad y su conocimiento (tanto especulativo como práctico) de acuerdo con lo expresado por Santo Tomás “El menor de los conocimientos que el hombre pueda tener de las realidades

---

4 No se trata pues del humanismo interpretado simple estudio de los clásicos o de la antigüedad clásica, ni tampoco de las disciplinas “no científicas” genéricamente agrupadas bajo la denominación de humanidades tales como; lenguaje, filosofía, arte, historia, etc. Se acerca más al concepto de “humanitas”, en el sentido en que lo interpretó el humanismo prerrenacentista como un ideal educativo y político, aunque bajo una óptica diferente y una dimensión trascendental, cristiana.

más elevadas, es más deseable que el conocimiento más cierto que se pueda alcanzar de las realidades más bajas”<sup>5</sup>. Es en este sentido que entendemos la importancia de la formación humanística, en la cual, obviamente, deberán ocupar un puesto principal la teología y la filosofía.

El mencionar que la filosofía debe ocupar un lugar prioritario y de importancia capital en la formación ordinaria de la universidad, puede producir instintivamente una actitud inicial de rechazo, o cuanto menos de escepticismo; debido, quizás en parte, a una concepción equivocada del concepto de la filosofía. A este respecto, el filósofo Eugenio d’ Ors rechazaba de plano el usual aforismo *Primum vivere, deinde philosophari* (“Primero vivir, después filosofar”) y manifestaba “Lo niego. En esto no conozco primero ni después. También filosofar es vivir. Publio se llama filósofo porque VIVE en conciencia de la eternidad del momento. Filosofía es la inscripción de la eternidad en la vida”, y en unos párrafos más adelante añade “Partimos

---

5 Summ. Thcol. ,q.1, a 5, ad. 1, Sto. Tomás remite a Aristóteles, De part. Anim. I. V (644 b).

de una idea de Filosofía... como contemplación que se inscribe constantemente en la acción”<sup>6</sup>.

En forma similar se expresaba ya Luis Vives en el siglo XVI “*Primero enriquecer, se dice, y luego filosofar. ¡De ninguna manera! Todo lo contrario: filosofar primero y luego enriquecer. Si enriqueces antes, no querrás filosofar luego; y andarás solícito y desolado en pos de la riqueza y distraído en mil vicios, ignorando el buen curso de las riquezas y horro y ayuno de toda filosofía.*

Pero si una vez filosofares, te será llano después el camino para enriquecerte lo bastante. Nadie puede alegar excusa de interesarse por la filosofía, puesto que ella misma le impele al estudio de la sabiduría”<sup>7</sup>.

El Dr. Rafael Tomás Caldera sintetiza así el papel de la filosofía en la educación: “La filosofía constituye el núcleo íntimo de la educación general por ser el saber fundamental. Y es el

---

6 Eugenio d’Ors. Doce glosas de filosofía. En *La filosofía del hombre que trabaja y que juega*. Ensayo Libertarías/Prodhufi. Madrid, 1995, 231 pp.

7 Luis Vives. El humanista, Cap. I, en *De disciplinis*, Obras completas, p. 673, Ed. Aguilar, Madrid, 1947. Traducción y notas Lorenzo Riber.

saber fundamental porque –sin redundancia– es el saber de los fundamentos”<sup>8</sup>.

De acuerdo con Pieper<sup>9</sup>, tomamos aquí el término “filosofía” en el sentido que le daban los grandes fundadores de la filosofía occidental; (Pitágoras, Platón, Aristóteles), es decir bajo el criterio expresado por Pitágoras de que ningún hombre puede ser llamado sabio sino, a lo sumo un buscador amante de la sabiduría, “philo-sophos”; y la búsqueda de la sabiduría es la razón de ser de la universidad, aplicada a toda la escala de los saberes humanos. Para Platón, filosofar no es otra cosa que apuntar a una sabiduría que sólo Dios posee. Desde el punto de vista de la concepción platónico-aristotélica, el que se pueda afirmar la existencia de una filosofía cristiana no necesita ninguna defensa o justificación aunque un moderno europeo o americano secularizado no sea capaz de saber qué pueda significar una “sabiduría de las cosas divinas” ni dónde podría encontrarse tal cosa.

---

8 Rafael Tomás Caldera. *Educación General y Filosofía*. Ediciones Nueva Política, Caracas, 1978, 44 pp.

9 Joseph Pieper. Sobre el dilema de una filosofía no cristiana. *Anuario Filosófico*, Vol XIV (2), 183-187.

Así pues, el fundamento del marco conceptual de una universidad de inspiración cristiana será una filosofía, entendida como amor a la sabiduría, y consiguientemente tendrá que llevar aparejada una formación teológica por ser Dios la suprema sabiduría. Nos referimos pues a una filosofía que tiene en cuenta la luz que la revelación (o la fe) proyecta sobre la inteligencia, y desmintiendo la falsa contraposición a la que con frecuencia se alude entre fe y razón, reconociendo al mismo tiempo los límites de la razón como vía de conocimiento del meollo y último sentido de la realidad<sup>10</sup>.

En sus reflexiones sobre la encíclica *Fides et ratio* (Fe y razón), Juan Pablo II habló sobre el papel que desempeña la razón en el ámbito del camino de fe, manifestando que “La razón está implicada en él [ámbito de la fe] de diversas maneras. Ya está presente en la maduración del asentimiento de fe, puesto que éste, aun basándose en la «autoridad de Dios mismo que revela», se desarrolla de modo profundamente razonable a través de la percepción de los «sig-

---

10 Cf. Georges, Cottier, *Le chemins de la raison. Parole et silence*. Saint Maur. 1997. 256 pp. (134).

nos» que Dios ha dado de sí en la historia de la salvación”<sup>11</sup> y en otro párrafo “Entre inteligencia y fe se instaura así una relación vital. Es más, se puede decir que «una está dentro de la otra»”.

El binomio filosófico-teológico es el único soporte en el que encuentra su verdadero sentido la formación humanística como un elemento esencial de la “formación integral” que la universidad desea impartir.

La concepción cristiana del hombre tiene como punto esencial la aceptación de que el hombre ha recibido de Dios la inteligencia con el objeto de conocer la realidad y, simultáneamente, acceder a un cierto conocimiento, imperfecto pero auténtico, de Aquel que es la causa de toda realidad. Dicho en otros términos, la convicción de la capacidad metafísica de nuestra razón está implícita en la antropología cristiana.

---

11 Juan Pablo II, alocución del Domingo 26 de septiembre de 1999, *Relación vital entre fe y razón*. L'Osservatore Romano, 1 de octubre de 1999.



El hombre que acuñó la palabra teología y estableció el nuevo concepto que expresaba, como el centro de todo pensamiento filosófico, fue Platón, y aparece por primera vez en su obra *La República*. San Agustín lo considera como el verdadero padre de la teología, la cual en el pensamiento griego representa el esfuerzo por revelar racionalmente el meollo indestructible que la religión, en su estado mítico, había simbolizado también en forma mítica. Es decir, los griegos trataron de acercarse a aquella realidad, que la religión denominó *theos*, por medio de la razón, o *logos* si utilizamos el término de la lengua griega. Al resultado de este esfuerzo intelectual se le denominó teología. No obstante, esta disciplina recibió su contenido más característico, y su metodología, en el seno de la cristiandad, y en ella se han establecido como temas: Dios, el hombre, el mundo, la salvación, la escatología.

Werner Jaeger pone de manifiesto la estrecha relación existente en la obra de Santo Tomás entre teología y humanismo, enfatizando la prioridad que debe tener la teología en la formación

que se imparta en una universidad y contradiciendo la opinión muy generalizada, de que la teología no tiene un lugar adecuado en el marco de la institución universitaria por su carácter eminentemente religioso: “El punto de partida de todo humanismo debe ser su concepto de la naturaleza humana. Es ésta una herencia griega que Santo Tomás y el humanismo tienen en común. Existe en Santo Tomás un fuerte elemento de humanismo”<sup>12</sup>.

Por otra parte, se defraudarían las más altas y nobles aspiraciones del hombre, si no se le situara frente a las verdades más elevadas, a las cuales nos conducen la teología y la filosofía, ya que “con una apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, el hombre se interroga sobre la existencia de Dios. En estas aperturas, percibe signos de su alma espiritual”<sup>13</sup>.

---

12 Werner Jaeger. *Humanismo y teología*. Ediciones Rialp S.A., Madrid, 1964, 132 pp.

13 Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia Católica*. Asociación de Editores del Catecismo, Madrid, 1993, p 21, art. 33.

Poner de manifiesto y enfatizar que la teología y la filosofía tienen que ocupar una posición preeminente en la orientación general de la universidad, y por consiguiente en la formación de los profesores y de los estudiantes, no significa necesariamente que se impartan clases de teología para “enseñar” el cristianismo, o convencer a los alumnos en el ámbito de la religión con el fin de que se adhieran a un credo determinado o a una ideología preseleccionada, sino que toda la enseñanza deberá estar impregnada de unos principios claros y fundamentales que den unidad y coherencia al mundo del saber. Es necesario evitar desde el primer momento la escisión en la mente del alumno entre unos principios rectores, que se supone tienen validez universal, y los aspectos específicos o parciales de algunas ciencias particulares, a través de los cuales el profesor advertida o inadvertidamente puede poner en duda estos principios, y desvirtuar la apertura intelectual y vital de los alumnos a lo trascendental, por adherirse o transmitir unos criterios de orientación filosófica de carácter marcadamente positivista, excesivamente racionalista, o simplemente materialista. Estas ten-

dencias ideológicas han impregnado e incluso dominado el pensamiento occidental en los últimos años aunque ya comienzan a cobrar fuerza a partir del siglo XVII con la filosofía de Descartes, cuya influencia fue determinante en la configuración de la ciencia y de la cultura en general, de la “modernidad”, contribuyendo a que gradualmente se divorciaran de una concepción cristiana de la vida, la cual por ser la única que da su verdadero sentido y dimensión a los valores humanos, está en capacidad de proyectarlos al nivel transcendental que les es propio, precisamente por ser humanos. No obstante, esta tendencia racionalista y sus posteriores consecuencias también se deben, en parte, a la falta de creatividad de muchos intelectuales católicos que no supieron desembarazarse de un escolasticismo decadente ni tampoco incorporar los aportes positivos del cartesianismo, ya esbozados en varias de las obras de Vives, como “De disciplinis” (1531) y, “De anima et vitae” (1538), y en el famoso “Quod nihil scitur” (*Que nada se sabe*, 1581) del filósofo español Francisco Sánchez, apodado el *Esceptico*. En cualquier caso, no fue Descartes

el primero en liberar el pensamiento filosófico de las ataduras del escolasticismo tradicional, como opinan algunos autores. Todo proceso histórico o nacimiento de nuevas concepciones filosóficas suele tener un período más o menos largo de preparación o incubación antes de que tome cuerpo con perfiles claramente definidos, aunque su presencia se manifieste con alguna obra o hecho concreto que capta la atención en un momento histórico.

El objetivo es pues impartir una formación integral que sea consecuente con la orientación humanista y la inspiración cristiana de una universidad. Esta formación será muy provechosa para los alumnos creyentes, probablemente la gran mayoría cuando la universidad se ubica en países de tradición cristiana. Para los no creyentes también lo será, en cuanto a través de la búsqueda de la verdad recibirán luces acordes con la tradición y cultura de su país. Como los principios orientadores de esta formación deben estar bien definidos y ser claros para todos, quién esté en beligerante desacuerdo con ellos, en legítimo uso de su libertad no debe

formar parte de una comunidad universitaria de inspiración cristiana, ni a nivel docente, ni como alumno. Tiene otras muchas opciones que escoger para orientar su formación bajo otros criterios más acordes con sus creencias, propósitos o aspiraciones.

### *Multiculturalismo*

Como se ha señalado anteriormente, la teología no será necesariamente una asignatura separada, más o menos desvinculada del p $\acute{e}$ nsum general; su misi $\acute{o}$ n deber $\acute{a}$  ser la de inspirar la orientaci $\acute{o}$ n y el contenido program $\acute{a}$ ticos de todos los estudios profesionales. No se “ense $\acute{n}$ ar $\acute{a}$ ” a ser cat $\acute{o}$ lico sino que se transmitir $\acute{a}$  una forma de ver e interpretar el universo, inculcando y estimulando en el alumno el amor a la verdad y su b $\acute{u}$ squeda, funci $\acute{o}$ n esencial del quehacer universitario.

En la actual coyuntura hist $\acute{o}$ rico cultural de nuestro medio social, y en la promoci $\acute{o}$ n de una universidad de inspiraci $\acute{o}$ n cristiana, la ense $\acute{n}$ anza de la teolog $\acute{i}$ a deber $\acute{a}$  hacerse a nivel

básico, y poner el acento en la filosofía cristiana en cuanto facilita, tanto a los alumnos como a los profesores, un enlace sumamente fecundo entre los conocimientos culturales y científico-particulares, y el estudio de la teología a nivel especializado. Si falta la base de una filosofía del ser, acorde con las verdades de la fe, la especulación teológica no pasaría de ser una exégesis bíblica positivista inspirada en las corrientes culturales o ideologías del momento.

Por otra parte, la existencia de una capellanía, la celebración periódica de unos actos litúrgicos o el fomento de algunas devociones piadosas, junto con un ambiente de costumbres sanas, una convivencia amable y la transmisión vivencial de sus creencias por parte de algunos profesores no garantizan, aunque ayuden, a fundamentar una concepción cristiana de la vida. La universidad requiere que los principios cristianos impregnen y fecunden tanto la ciencia como todas las manifestaciones de la cultura en cuanto tales, es decir, con aquellas características propias del saber universitario (rigurosidad científica, crítica fundamentada, etc.), respe-

tando plenamente la autonomía de las ciencias particulares en el ámbito de su competencia.

En relación a estos aspectos son sumamente esclarecedoras las palabras de Juan Pablo II en el discurso pronunciado en la Universidad Complutense (Madrid) a los representantes del mundo universitario y cultural: “Una fe que no se hace cultura, es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”.

En función de los criterios expuestos es que se hace cuestionable una cierta interpretación del concepto denominado multiculturalismo que ha contaminado la enseñanza en algunas universidades, ya que una cosa es transmitir una actitud vital y unas convicciones intelectuales fundamentadas en unas creencias y sobre unos principios claramente definidos, y otra muy distinta informar objetiva y respetuosamente sobre las diversas opciones que el hombre ha escogido en su búsqueda de la verdad o de una determinada orientación en el plano espiritual o sobrenatural para dar sentido a su existencia. En una universidad cristiana se podrá dar infor-



mación, como es lógico, sobre religiones como el hinduismo, el islamismo o el budismo, pero se transmitirá a través de toda su estructura académica un sentido cristiano de la vida, con el fin, como se indicó anteriormente, de no crear en el alumno una escisión mental que le lleve al escepticismo sobre todas las cosas, o a valorarlas bajo una óptica relativista que acaba por socavar todo fundamento sólido sobre el que apoyar y dar sentido a la existencia.

Luego, el mismo amor a la libertad y el respeto a la persona humana, pilares de la universidad, garantizarán el derecho a la libre adhesión del alumno a la doctrina o religión que desee, pero siempre desde la perspectiva del esfuerzo por buscar la verdad. Mal podría una universidad que se presenta bajo una concepción cristiana de la vida, y constituiría además un imperdonable engaño, el orientar la formación universitaria bajo una perspectiva distinta: marxista, materialista o relativista, ya que estaría manifestando, de entrada, ausencia de sinceridad y coherencia intelectual, lo cual, además de ser inaceptable, en poco tiempo socavaría la solidez de los prin-

cipios que justificaron su creación. Por otra parte, no se pueden transmitir unas determinadas creencias que sirvan para sostener y dar frente a las vicisitudes del vivir cotidiano, y sus exigencias, sino es a partir de una experiencia vital y una convicción personal absoluta sobre la validez de ciertos principios, ya que, entre otras cosas, no actuar así sería trivializar o hacer una burla de creencias o ideologías que en muchos, o algunos aspectos, merecen y son acreedoras de una seria y rigurosa atención. Una cosa es el conocimiento respetuoso de una religión o ideología que pueden llevar aparejados positivos valores culturales, y otra la adhesión de la inteligencia y la voluntad a ellas.

La realidad es que fe y razón, evangelio y cultura, no son universos yuxtapuestos sino realidades que se interpenetran. En toda cultura opera siempre, sosteniendo sus realizaciones e impulsando su dinamismo, una dimensión de trascendencia: una cultura plena y radicalmente secularizada, reducida a lo meramente actual o pragmático, es una cultura carente de vitalidad, abocada a la crisis, es decir, en decadencia.

La cultura, toda cultura, implica, en suma, una visión integral del hombre, un cierto modo de entender al hombre, su valor y su destino<sup>14</sup>.

### *Pluralismo*

La posición expuesta en relación al “multiculturalismo” no puede confundirse con la actitud de la universidad en relación al pluralismo, ya que “Las formas culturales y políticas del pasado presuponían en todo el Occidente cierta uniformidad religiosa que ya no existe. En una sociedad pluralista el mensaje cristiano debe ofrecerse como lo que es: un mensaje de naturaleza religiosa, cuyos principios pueden contribuir a la reflexión política y social, pero sin constituir realmente una alternativa política; no tiene sentido pensar en formas cristianas únicas”<sup>15</sup>. Este mensaje, además, impregna todo el hacer y quehacer humanos.

---

14 Cfr. Illanes, J. L. Perspectivas para la nueva evangelización, en *Scripta Theológica*, 29 (1997/3): 749-770. Universidad de Navarra, Pamplona.

15 José Luis Lorda, *Antropología*. Ediciones Palabra, Madrid, 1996, 256 pp.

Entre los factores que más han perturbado y contribuido a desintegrar la vida universitaria en todo el ámbito regional iberoamericano han sido los ideologismos de diversa índole, los cuales influyeron decididamente en las universidades a partir de la reforma de Córdoba (Argentina) de 1918, hasta el punto de convertir el recinto universitario en el campo de batalla de las ideologías con el objeto de utilizar las universidades como instrumentos de indoctrinación y consecuentemente de poder político.

Ante esta lamentable realidad, que desvirtúa el concepto de formación integral mal podría una universidad con aspiraciones de cristiana universalidad tratar de imponer una escuela filosófica o teológica determinada que coartara la libertad de pensamiento y de conciencia. Así pues, el papel de la filosofía y la teología en la formación universitaria no puede entenderse en el sentido de dar a conocer, y menos aún de imponer una determinada escuela filosófica o teológica, que podría dar lugar o interpretarse como un sectarismo ideológico, sino en el de la aproximación al conocimiento del ser, teniendo en cuenta que

la filosofía es esencialmente la ciencia de todos los seres por sus causas últimas, obtenida por la luz de la razón, y a partir de la cual podemos aproximarnos al conocimiento de Dios por medio del saber teológico.

Por consiguiente, será criterio de la universidad, no sólo el respeto a los que tengan enfoques distintos, sino también el reconocimiento a la verdad que brille en sus inteligencias, y por consiguiente la apertura al diálogo y la comunicación con ellos, a fin de ser enriquecidos con la verdad que se manifiesta a través de sus esfuerzos por buscarla. De esta forma, el fundamentalismo, que es esencialmente la pretensión de poseer la verdad total, y como consecuencia la exclusión del diálogo, y a nivel político-social, la intolerancia y el recurso a la violencia como método para la difusión de las propias ideas, queda radicalmente desterrado de la universidad.

Por los motivos expuestos se deberá tener muy presente la importancia de dar a conocer las distintas escuelas o métodos que se

han desarrollado a lo largo de la historia para aproximarse al conocimiento del hombre, a su posición en el universo y al significado último de la vida, incluyendo el conocimiento de Dios con el esfuerzo de la razón iluminada por la fe.

*La crisis de la educación católica: Cristianismo y Cultura*

La crisis de la educación cristiana-católica la expresa en toda su dimensión Derrick en un texto que creemos profundiza acertadamente en el tema: “El *college* enseñaba la fe católica con una mano (por decirlo así) mientras que, con la otra, educaba a los jóvenes por medio de ideas, textos y métodos elaborados por otros, a partir de presupuestos netamente no católicos y que tenía muchos puntos en conflicto intelectual con la fe. Y, de la misma manera, suponía que la ideología de la educación liberal secular –sus valores, fines y orientaciones- podían aceptarse y jugar un papel exactamente igual en una educación liberal católica, limitándose a otorgar solamente una presencia supervisora a la Iglesia y a la fe. Antes y después de la clase,

se recitaba una plegaria y eso era todo. Se daba por descontado que, en muchos o casi todos los campos, la clase sería exactamente igual a la que hubiera sido sin plegaria y sin que Dios existiera en absoluto”<sup>16</sup>.

“Efectivamente, el «college» católico intentaba ser aceptado (por la sociedad norteamericana) jugando al juego educativo del «mundo», en casi los mismos términos fijados por el «mundo», con la «religión» añadiendo aquí y allá un toque correctivo, pero permaneciendo más bien como telón de fondo, como un extra privado personal sin relaciones estrechas con la educación en cuanto tal. Pocas veces se hizo alguna tentativa de proyectar una educación que comenzase con la fe y terminase en la fe, y que fuera dirigida y juzgada por ella en todos los puntos, tanto en el laboratorio de física como en el aula de teología. Cualquier tentativa en este sentido hubiera sido un reto explícito al «mundo»...<sup>17</sup>”.

---

16 Derrick, C. *Huid del escepticismo*. Ediciones Encuentro, Madrid, 1977, 177 pp.

17 *Ibíd.*, p. 173.

Estamos de acuerdo con este autor, quien quizás para evitar interpretaciones fuera de contexto se define a sí mismo como hombre de letras y no como pedagogo, en que “Lo principal (sugiero) es que haya un esquema, que se reconozca la existencia de una jerarquía natural o secuencia de disciplinas y, especialmente, que el problema filosófico y teológico es, desde el punto de vista lógico, anterior a cualquier otro tipo de problema educativo”<sup>18</sup>.

Durante mucho tiempo, y especialmente a partir del siglo XVIII bajo la influencia del racionalismo de origen cartesiano y de los ideales de la “ilustración”, se ha intentado por diversas motivaciones contraponer creencia religiosa y verdad científica, bajo el criterio errado pero apoyado, entre otros argumentos, en que las ciencias experimentales eran neutras y por lo tanto sus respuestas o aproximaciones al conocimiento de la realidad consecuentemente objetivas y ciertas. Afortunadamente estos criterios están siendo revisados en la actualidad incluso en numerosos sectores de algunas naciones con

---

18 Derrick, *Ibíd*em, p. 153.



una amplia tradición “científica”. En relación a este tema y al problema planteado entre teorías, ideologías e hipótesis, y los resultados de las ciencias experimentales, las cuales con frecuencia y casi como un dogma (positivista por cierto) se afirma que son neutrales, es bueno recordar la opinión que al respecto tenía Charles Darwin cuando escribió “¡Que extraño que nadie vea que toda observación no puede dejar de mostrarse a favor o en contra de una teoría!”.

Más recientemente, el filósofo de la ciencia Karl Popper manifiesta que, “La observación pura, la observación carente de un componente teórico, no existe. Todas las observaciones –y en especial todas las observaciones experimentales– son observaciones de hechos realizados a la luz de esta o aquella teoría”<sup>19</sup>. Bachelard, otro filósofo actual opina a su vez: “Una verdad sólo cobra pleno sentido al final de una polémica. No

---

19 Karl Popper, en Historia del pensamiento filosófico y científico. G. Reale y D. Antiseri, III, *Del Romanticismo hasta hoy*. Ed. Herder, Barcelona, 1992. 1013 pp.

existe una verdad primera. Solo hay primeros errores”<sup>20</sup>.

En un texto con menor pretensión conceptual aparecido en la revista *Newsweek*, en septiembre de 1996, se comenta la aceptación, como algo insólito, de un científico “creacionista” en el seno de una comunidad científica evolucionista, el articulista concluye “El peso de la evidencia apoya sobreabundantemente la teoría de la evolución. La presencia de creacionistas en el laboratorio (en sentido amplio) es un valioso recordatorio de que los científicos son hombres y nada más: una ideología poderosa, sea de tipo creacionista, capitalista o de cualquier otro tipo, puede configurar algunas conclusiones de los científicos con tanta fuerza como cualquier evidencia empírica”. Una manifestación de este orden en un órgano internacional de opinión pública supone un evidente y positivo avance frente a los dogmatismos creados por el positivismo, el marxismo y el materialismo liberal, con alguna frecuencia sectarios y, bajo una apariencia de objetividad científica,

---

20 *Ibidem*, p. 1030.

poco transigentes, y en ocasiones intransigentes.

Por todos estos motivos, una universidad con visión de universalidad dentro de su orientación cristiana podrá contemplar, como un objetivo importante, la creación de un Instituto de Altos Estudios cuya función principal sea propiciar un criterio coherente y contribuir a orientar el rumbo del espíritu de la universidad como un todo y en cada uno de los ámbitos de su actividad docente, sea ésta de enseñanza teórica o de creación de hábitos virtuosos por la realización de otras actividades, así como de la investigación científica que realice para evitar una tendencia exclusivamente utilitarista, o “personalista”, en el sentido de perder la objetividad o el verdadero sentido de la investigación como amor a la verdad y ver responsabilidad social o de los programas de -“extensión” con los que la institución se haga presente y se proyecte en la sociedad, respetando plenamente la libertad académica, y la autonomía que poseen los saberes particulares en el ámbito de su competencia.

En relación a la importancia que tiene el clarificar sin ningún tipo de equívoco el alcance y la dimensión que debe tener una universidad que realmente aspire a cumplir la función que le compete como institución de Educación Superior, puede ser esclarecedor recordar algunos de los acertados comentarios críticos que hiciera John H. Cardenal Newman<sup>21</sup> al discurso inaugural del Dr. N. W. Senior, primer profesor de Economía Política de la Universidad de Oxford. En su larga y acuciosa intervención, el Dr. Senior comenzó con la predicción de que la Economía Política “se situará en pocos años, por lo que a estimación pública se refiere, entre las primeras de las ciencias *morales*, en interés y en utilidad” ratificando a continuación que “la persecución de la riqueza, es decir, el esfuerzo por acumular los medios para la subsistencia y satisfacciones futuras, es para la humanidad en general una fuente de mejora moral”; como compendio y síntesis de esos y otros razonamientos, el prestigioso profesor concluye o deduce que “el esfuerzo de acumular los medios para la subsistencia y el disfrute futuros es para la humanidad en general

---

21 J. H. Newman, *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación Universitaria*. EUNSA, 1996, pp. 113.

la *gran fuente de progreso moral*” (el subrayado es nuestro). El famoso discurso del Dr. Senior culmina con el siguiente corolario “Ninguna institución puede beneficiar más *la moral* de las clases bajas, es decir del 90 por ciento del entero cuerpo social que la intención de incrementar en ellos la capacidad y el deseo de acumular bienes. Nadie sería más perverso que quien disminuyera en esas personas los motivos y los medios para el ahorro”.

Con la actitud de honestidad intelectual, y al mismo tiempo de apasionado amor a la verdad que caracterizan a Newman, contrapone a este pragmatismo filosófico, ajeno a la verdadera dimensión de la persona humana y sus aspiraciones, el siguiente comentario: “Si no hay institución más beneficiosa que la que aumenta en otros el *deseo de acumular bienes*, el Cristianismo no es al parecer una institución beneficiosa, dado que enseña expresamente «No acumuléis tesoros en la tierra... porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 6, 19-21). Si no hay institución más perversa que la que disminuye los motivos

para ahorrar, entonces el Cristianismo es una de ellas, pues el texto inspirado sigue diciendo: «Poned vuestro tesoro en el cielo, donde ni el orín ni la polilla roen, y donde no hay ladrones que lo asalten y lo roben». En otro párrafo, el cardenal Newman expresa: “En consecuencia, si [la economía política] se estudia por sí misma y al margen de las orientaciones de la verdad revelada, conducirá al especulador a conclusiones no cristianas”, y un poco más adelante comenta “Después de diseñar la imagen de un pueblo rico y floreciente, la Escritura añade: Llamen feliz al pueblo que posee estas cosas, pero feliz es el pueblo cuyo Dios es el señor (*salmo 148,15*)”.

Todo el contenido conceptual expresado en el discurso del Dr. Senior expresa con bastante aproximación la orientación teórico-pragmática de la formación que se imparte en muchas universidades y con más énfasis en algunos “College of Business Administration”, muchos de ellos de inspiración protestante, al menos en su versión anglosajona, y especialmente en algunos de los Estados Unidos, de los cuales surgió

la inspiración de estructurar o dividir los países del mundo tomando como punto de referencia fundamental, y casi único, criterios de orden económico, hasta el punto de llegar a la frívola conclusión, aceptada universalmente sin mayor reflexión, de clasificar los países en función de su ingreso *per capita* en tres categorías, 1°, 2°, y 3er mundo, y medir el progreso de los pueblos en términos exclusivamente técnico-económicos. De esta forma, eliminando cualquier otro valor jerárquico en la clasificación, y en el mérito de una nación, se ha estimulado de manera incontrolada todo tipo de actitudes, personales y colectivas, que permitan salir a un país de la denigrante categoría de tercermundista, fomentándose en forma desordenada las operaciones de enriquecimiento ilícito, en cuyo ejercicio muchos países de Iberoamérica no han quedado en último lugar, con la agravante, en muchos casos de pretender imitar un patrón cultural ajeno a su idiosincrasia.

Con la desaparición de los regímenes socialistas, cuyos países estaban, en su mayoría encuadrados en la segunda categoría, toda la

clasificación se ha venido abajo, por lo que ha sido sustituida por otro concepto o aspiración que también carece de consistencia: la “globalización”, la cual de ser visualizada desde un punto de vista materialista conduciría a una verdadera desintegración cultural, tal y como lo imaginó Aldous Huxley en su famosa novela *Un mundo feliz*, publicada en 1933 en la cual, se visualiza una sociedad que sacrifica por medios artificiales la manifestación de toda pasión noble como el amor y el afecto en aras del hedonismo, y como consecuencia la eliminación de la familia por considerar que es una estructura innecesaria que se interpone en la plena satisfacción de las aspiraciones individuales, algo que es muy distinto de la búsqueda de la plenitud como persona<sup>22</sup>.

- 
- 22 La globalización, visualizada exclusiva o principalmente desde una perspectiva económica es un mito que entraña graves peligros porque toda teoría económica procede de una cultura, en nuestro caso de la llamada cultura occidental, y en Iberoamérica, en mayor o menor grado según los países, la mentalidad no es “occidental”. El gran problema de Iberoamérica, hoy, igual que hace 500 años es la “integración social”, y todo lo que no vaya orientado en ese sentido seguirá produciendo casos como el de Chiapas en México, las FARC y compañía en Colombia, los quiteños en el Ecuador, el sendero luminoso en Perú, o la secuencia de dictaduras, de izquierda o de derecha. La integración social sólo



Sin embargo, como incluso las asociaciones más perversas, como las mafias criminales, necesitan de un cierto código de conducta para poder funcionar, los teóricos especialistas en dictar las estrategias más eficientes para acumular dinero se sintieron desconcertados cuando algunos de los escándalos financieros de Wall Street involucraron a alumnos de Harvard. Estas situaciones ponían en peligro el poder seguir haciendo negocios bajo las premisas que aseguraban que nadie se saldría de las reglas del juego, todo lo cual ha tenido la virtud de poner de moda a la ética en forma insospechada. Hoy día, prácticamente sin excepción, se proclama la importancia de introducir la asignatura de ética en cualquier p<sup>é</sup>nsum de estudios, especialmente si es del área económica. Sin dejar de admitir la importancia de la ética en los distintos quehaceres profesionales, también es necesario tener en cuenta que en muchos casos es un simple paliativo que bajo ninguna circunstancia sustituye la integridad moral, aplicable a todas

---

puede hacerse bajo el amparo de una concepción transcendental de la persona que se inculcare, respetándolas, en las diversas culturas de la región. Lo que intentaron, hace unos 400 años algunos misioneros insignes por su inteligencia y su coraje.

las actividades humanas, que otorga una sólida formación cristiana. Es más, existe el peligro de convertir la religión en una simple ética para evitar desafueros que puedan perturbar el “normal” desarrollo del progreso económico.

Así pues, para dejar clara la posición de una universidad fundamentada en principios cristianos se hace necesario reafirmar que élla sólo merece esa denominación cuando toma como punto de referencia y de orientación el centro y origen de la sabiduría, que es Dios. Cualquier universidad que haya eliminado de su marco conceptual la religión, la teología, y la filosofía como las ciencias inspiradoras y orientadoras de las demás ciencias, de hecho tendrá mas afinidad con el concepto de otros centros educativos, como los institutos tecnológicos, que si bien también requieren de una orientación teológico-filosófica, su necesidad de impartir formación humanística, en sentido amplio (estudios clásicos, etc.) es menor, y no compete directamente a la institución técnica el impartirla, excepto bajo el criterio de una forma de ser y actuar, que viene dada por la formación

cultural de raíz cristiana a través de la familia, y asociaciones culturales o religiosas de otra índole.

En definitiva, la cuestión no está situada en el plano de discutir si una universidad tiene una determinada orientación religiosa por la estructura de sus currícula, sino en el hecho, de mucho mayor alcance, de sí una institución es o no una universidad tomando como punto de referencia el planteamiento que se haga en función de servir a la verdad, para buscarla, y para aceptar los principios de la ley natural impresa por Dios en todos los hombres de buena voluntad. Una Universidad de inspiración islámica, hebrea, etc. cumplirá con los requisitos de una verdadera universidad, igual que una católica, si mantiene, como objetivo prioritario la búsqueda de la verdad y el respeto a la persona humana y a su libertad.

Es interesante reflexionar sobre el hecho de que el “mundo moderno”, especialmente desde la revolución francesa, ha separado a los valores cristianos de su vinculación con la Revelación,

presentándolos, bajo otra denominación, como una adquisición y un descubrimiento del racionalismo frente a la “opresión religiosa”; por este motivo, al católico de nuestro tiempo le resulta o le puede resultar difícil sortear el obstáculo que representa el hecho de que las organizaciones internacionales, o algunas agencias de las Naciones Unidas, proclamen y manifiesten su adhesión a una declaración de “los Derechos del hombre”<sup>23</sup> cuyo contenido es incuestionable en principio y cuyos artículos están tomados de la tradición cristiana occidental, pero entre los cuales, precisamente por carecer de una sólida fundamentación cristiana anclada en la Revelación, se puede introducir, como parte de tales derechos, el ejercicio de ciertas prácticas que son antinaturales, y en consecuencia anticristianas, ya que el hombre no puede dejar de ser una criatura de Dios. Ante esta situación, y por considerar que estas prácticas se deducen como una consecuencia lógica de la condición humana, y por tanto expresan un derecho legítimo, puede suceder, en virtud de la autonomía individualista preconizada por una ideología

---

23 Organización de las Naciones Unidas. *Declaración de los Derechos Humanos*. New York. 1948.

antropocéntrica, que el cristiano se encuentre como desarmado o indefenso para discernir lo que es positivo y encomiable en alguna de las declaraciones de estos “derechos”, de lo que no es admisible para él como creyente.

Por este motivo, es necesario profundizar sobre el alcance que en la práctica tiene esa supuesta defensa de los valores cristianos en el contexto de los “Derechos del hombre” tal como son pregonados por diversas agencias de las Naciones Unidas y su mescolanza con los problemas demográficos (control de natalidad por ejemplo), y el derecho al uso del propio cuerpo con plena libertad (aborto, homosexualismo), al margen de toda responsabilidad de moral natural.

A pesar de su extensión, es de interés mencionar el criterio que en relación a los aspectos mencionados expresa el Cardenal Ratzinger<sup>24</sup> y que son definitivos en cuanto ponen de manifiesto la realidad universitaria actual:

---

24 Joseph Cardinal Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo y política*. BAC, Madrid, 1987, 301 pp.

“De este modo, la razón queda limitada a lo que puede ser reproducido continuamente en un experimento, pero ello supone renunciar a su presupuesto inicial, a la pregunta ¿qué es esto? Todo lo cual significa que, limitándose a sus criterios de seguridad, la razón renuncia al problema de la verdad y solamente pretende la fiabilidad. Y así, lo que hace es abdicar como razón”.

“A este punto precisamente ha llegado hace ya algún tiempo la evolución de lo racional y de este modo está desgarrando desde dentro las universidades. La universidad nació porque la fe consideraba posible la búsqueda de la verdad e impulsaba a esta búsqueda, de tal modo, que posteriormente requirió la extensión de su ámbito a todos los campos del conocimiento humano, naciendo así las diversas facultades. Estas, a pesar de la diversidad de sus propios objetos, estaban sustentadas por la orientación común de buscar la verdad, cuya posibilidad estaba garantizada en último término, como lo reconocían todas las facultades, por la facultad de teología. Puesto que el conocimiento

humano se basaba en una unidad última, los sabios y los que aspiraban a serlo podían unirse en una *Universitas* de docentes y de discentes. La universidad es un producto de la misión confiada a la razón por el acto cristiano de fe, por lo que, cuando este contexto se disuelve del todo, ocurre sin remedio una crisis que penetra hasta las mismas raíces de la universidad. El primer estadio de esta disolución se produce cuando el interrogante sobre la verdad, considerado como un problema no científico, desaparece de la universidad. La universidad cae entonces bajo la ley del positivismo, convirtiéndose en un conjunto de enseñanzas de diversas disciplinas en las que se desarrollan con demasiadas pretensiones las diferentes especialidades de la razón positivista y del pensamiento funcional”.

“Esta ha sido la situación de la universidad alemana desde finales de la guerra hasta 1968.

En tal situación, lo que unía a las diversas investigaciones disciplinares, era solamente la limitación positivista de la razón, la prohibición de plantear el tema de la verdad. Frente a esta orientación de la universidad, no carecía de

razón la acusación de miopía dirigida contra los profesores, puesto que los principios positivistas encierran a cada uno en su propia disciplina positivista y excluyen como algo extraño al método la cuestión más profunda acerca del origen y del fin último de todo. Desde este punto de vista, la explosión universitaria que se produjo en 1968 no carecía de fundamento; más aún, resultaba inevitable dada la situación creada. Sólo permanecía como ideología la marxista; y sus diversas variantes fueron las que condujeron la crítica, a pesar de que, contra las apariencias, se trataba de una crítica inmanente al sistema. En efecto, el marxismo, por ser materialismo, rechaza necesariamente la primacía del logos; la razón, como subproducto en la evolución de lo irracional, es ella misma, en definitiva, irracional. Esto significa que las cosas, en cuanto irracionales, no poseen una verdad, sino que es el hombre el que pone la verdad; ésta es, pues, una creación del hombre, y esto significa realmente que no existe ninguna verdad”.

Como consecuencia de esta situación, y cuando el cristiano en base a una actitud



supuestamente racional, fundamentada no solamente en la lógica, sino también en la trágica realidad de ciertas situaciones humanas extremas: hambruna, hacinamiento, o privación de su derecho a la información sobre el control de natalidad, etc., se deja arrastrar por el criterio de la conveniencia de ser flexible en cierto tipo de planteamientos que van contra la dignidad de la persona o el sentido del amor, pongamos por caso, en vez de buscar soluciones creativas y estimulantes a favor de la vida con acciones positivas y eficaces, ingeniosas, técnica y científicamente, y en lugar, de esforzarse intelectualmente por solucionar los problemas se repliega y se va situando en una posición cada vez más aguda de cuestionamiento de ciertas verdades y exigencias de la fe y, con frecuencia sobre la validez y autoridad del magisterio de la Iglesia para establecer cual sea el criterio acorde con su condición humana. O lo que es peor, adopta una posición defensiva y de aislamiento desde la cual, en vez de inspirar a una acción activa y de carácter positivo proyecta una actitud negativa ante todas las posibilidades que la ciencia y la técnica ofrecen al progreso, rectamente enten-

dido, como búsqueda de la perfección, tanto espiritual como intelectual y el legítimo bienestar material.

Gradualmente su actitud inicial de rechazar esos “razonables” Derechos del hombre tiende a debilitarse y pasa a incrementar las filas de la crítica de una opinión pública, más o menos amplia e influyente frente a la “opresión” que pretende ejercer la jerarquía de la Iglesia en temas que según él no le competen o representan soluciones “integristas”. Ante estas situaciones que se han manifestado con frecuencia en muchas comunidades católicas, principalmente de Europa, Estados Unidos y Canadá, parece quedar claro que se ha producido un fracaso en “la educación católica” como tal; que se han desvirtuado la noción y los criterios del ejercicio de la libertad, y se ha menospreciado el objetivo fundamental de todo proceso educativo: orientar la mente en la búsqueda de la verdad y ejercitar la voluntad en la realización del bien.

El retorno a las verdades fundamentales, imprescindible para sostener el auténtico sen-

tido de la existencia humana, que sólo da el cristianismo y parcialmente, otras creencias religiosas vividas de buena fe, o como consecuencia de una fuerte herencia cultural, sólidamente arraigada, será difícil, pero “hará ver que los valores cristianos secularizados no son sino sentimentalismos y el ambiente se hará transparente: lleno de hostilidad y peligro, pero puro y claro”<sup>25</sup>. Estos valores, humanos, considerados al margen de su fundamento cristiano se convierten en conceptos abstractos, muy loables, pero que con frecuencia no estimulan a la acción y responsabilidad personales como el medio más eficaz para mejorar a la sociedad en todos sus niveles. En muchos casos no es exagerado decir que el único resultado de estas buenas intenciones, consideradas en abstracto, es la organización de congresos cuyas conclusiones son monopolizadas con frecuencia por un comité que, en ocasiones, ya ha decidido con anterioridad la posición doctrinal o la práctica a seguir. O vemos, por ejemplo, que el Año Internacional del Niño, decretado en 1979 por la ONU es coincidente con un avance en

---

25 Romano Guardini, *El ocaso de la edad moderna*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963, p. 140.

la legislación permisiva del aborto en muchos países, con saldo aproximado, según las estadísticas, de aproximadamente 50 millones de abortos, en ese año<sup>26</sup>.

La afirmación de Romano Guardini, anteriormente citada, se manifiesta en toda su cruda realidad cuando se observa que muchos de los proyectos destinados a aliviar las situaciones de extrema pobreza de los llamados países subdesarrollados son un fracaso y cómo, en la realidad, la brecha entre los países pobres y los ricos cada vez se hace mayor<sup>27</sup>. Esto sucede porque lo único que realmente alivia situaciones sociales críticas es el “don de sí” que sólo se hace posible cuando ese darse al otro tiene como motivación la certeza de que todos somos hijos de un mismo Dios, al cual respondemos y del cual recibimos la fortaleza, obteniendo la compensación en forma de paz y alegría. Si “los expertos” profesionales no están animados además por un espíritu o ideal que les motive

---

26 Malcolm Muggeridge, *The humane holocaust. The human live review*, Vol. XXIII, N°1, 1997, pp 98-106.

27 Independientemente de que ciertos índices generales; alimentación, salud pública, expectativa de vida etc. reflejan una tendencia positiva en casi todos los países.

a llegar hasta el sacrificio, su acción social, desvinculada de la caridad y del afecto humano, no producirá el efecto deseado, será ineficiente, o podrá suceder que esa acción se revuelva contra ellos produciéndose una inesperada reacción de rechazo por haberse creado unas expectativas de orden material, que no estén balanceadas con la transmisión simultánea de un sólido fundamento espiritual y de unos valores primarios, especialmente en el plano afectivo, y de la consolidación del núcleo familiar, sin los cuales toda la sociedad carece de sustentación. Estos fracasos también son imputables a las doctrinas neoliberales cuando son llevadas hasta sus últimas consecuencias, sin contenido cristiano, cuya única motivación es el aumento del capital, dándose situaciones engañosas cuando se habla del progreso de un país en base a la mejora de los índices macroeconómicos, cuando la mayor parte de la población permanece en la pobreza marginal.

Se hace realidad otra consideración de Guardini: “Sin el elemento religioso la vida se convierte en algo parecido a un motor sin lubri-

cante: se calienta. A cada instante se quema algo. Por todas partes se desencajan las piezas... La existencia se desorganiza, y entonces hace su aparición aquel corto circuito que se está produciendo en proporciones siempre crecientes: se emplea la violencia. Si los hombres dejan de sentirse vinculados desde dentro, recibirán una organización externa; y para que la organización funcione, el Estado la sustenta con su coacción”<sup>28</sup>.

“Todo esto significa que nuestra existencia está entrando en las fronteras de la opción absoluta y de sus consecuencias; de que se aproxima a una zona tanto de las máximas posibilidades como de los riesgos supremos; de aquí que la virtud básica tendrá que ser ante todo la seriedad en el deseo de buscar la verdad”<sup>29</sup>.

En forma no menos incisiva y elocuente esta misma idea la expresa Christopher Dawson en los términos siguientes<sup>30</sup>: “Los cristianos, como

---

28 Romano Guardini, *El ocaso de la edad moderna*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963, p. 131.

29 *Ibíd.*, p. 150

30 Christopher Dawson, *The historic reality of Christian culture*. Routledge and Kegan Paul Ltd, London., .P.

los judíos previamente, mantenían el criterio de que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, de manera que sin el conocimiento de Dios no puede existir verdadera educación. Nuestra moderna civilización secular ha decidido mantener otro criterio, expresado por el primer presidente de la UNESCO, el sabio Dr. Julián Huxley, quien en su momento manifestó «Hoy Dios está evidenciándose cada vez más como una hipótesis errónea en todos los aspectos de la realidad, incluyendo la vida espiritual del hombre»”. Un poco mas adelante continúa Dawson: “de no existir una revitalización de la cultura cristiana –de la vida social de la comunidad cristiana– la civilización moderna se secularizará en una forma aún más positivista y agresiva de lo que es hoy” y concluye su argumentación expresando una realidad que en parte ya estamos viviendo, “Porque una civilización secularizada que no tiene otra finalidad más allá de su propia satisfacción es una monstruosidad, un crecimiento canceroso que en último término se autodestruirá. El único poder que puede liberar al hombre de este reino de las tinieblas es la fe cristiana. Porque en el moderno

mundo occidental no existen soluciones alternativas, como sería el escoger otras posibles religiones. Nuestra civilización se ha secularizado en gran parte porque el “fermento” cristiano ha adoptado una actitud pasiva y permitido que el liderazgo de la cultura haya caído en manos de una minoría no cristiana”.

En virtud de todo lo expuesto, la materia sobre la cual una universidad con un marco conceptual cristiano podrá construir todo su edificio académico y curricular, es una antropología cristiana de la persona y de la sociedad, cuyo objetivo fundamental sea ayudar a los estudiantes a ser mujeres y hombres en el sentido más profundo de esta condición con su elemento biológico sexuado y también en función del papel que tendrán que jugar frente a sí mismos y frente a la sociedad. Es decir, se estimulará más el crecimiento en el orden del “ser” que en el deseo de “tener”, demostrando la neta superioridad del orden del “ser” para alcanzar el nivel de “felicidad” –que no de placer– que puede adquirirse durante nuestra permanencia en la temporalidad.



## *Las Humanidades*

Establecido el fundamento sobre el cual se apoya el humanismo, ya podemos tratar, sin temor de caer en ambigüedades, de los diferentes planos en que se diversifican las humanidades y la formación humanística, tal y como ésta se entiende comúnmente, es decir en el ámbito de una ampliación del horizonte cultural de la profesionalidad específica, con el conocimiento de los saberes clásicos: literatura, estética en sus diferentes manifestaciones (música, literatura, artes plásticas, etc.), historia, filosofía-entendida como el esfuerzo que a lo largo de la historia ha realizado la humanidad para comprenderse a sí misma y a su realidad circundante, etc.; y en que forma estas “humanidades” fecundan y enriquecen, sin interferir en su eficiencia, la profesión específica seleccionada y a través de la cual la personalidad se proyecta en la sociedad como un servicio y por medio de la cual adquiere, en parte, su plenitud.

En este orden, se puede decir que la importancia del humanismo se basa en que se ocupa

de las características estables de la realidad y del concepto del hombre como criatura de Dios, con un destino trascendente, más que en el cuerpo cambiante de conocimientos determinados referidos a aspectos parciales o particulares de la realidad. En este sentido tiene relevancia la consideración que hace Alfonso Reyes sobre el alcance que el concepto de humanismo tiene en nuestros tiempos: “Hoy, el humanismo no es, pues, un cuerpo determinado de conocimientos, ni tampoco una escuela. Más que como un contenido específico, se entiende como una orientación. La orientación está en poner al servicio del bien humano todo nuestro saber y todas nuestras actividades. Para adquirir esta orientación no hace falta ser especialista en ninguna ciencia o técnica determinada, pero si registrar sus saldos. Luego es necesario contar con una topografía general del saber y fijar su sitio a cada noción. Por lo demás, toda disciplina particular, por ser disciplina, ejercita la estrategia del conocimiento, robustece la aptitud de investigación y no estorba, antes ayuda, al viaje por el océano de las humanidades”<sup>31</sup>. A su vez,

---

31 Alfonso Reyes. *Palabras sobre el humanismo*. Obras completas. Vol. 20. p. 403, FCE, México 1979.

Pedro Henríquez Ureña señalaba que “El nuevo humanismo exalta la cultura clásica, no como adorno sino como base de formación intelectual y moral”<sup>32</sup>. Con la expresión de estos conceptos queda bien establecido el carácter que una universidad desearía imprimir a sus egresados: hombres de amplia visión, capaces de comprender los problemas en sus diferentes planos y vertientes, y de ejercer su profesión con una perspectiva integradora. Esta nueva dimensión le generará una satisfacción cuyo alcance sobrepasará en mucho el simple ejercicio de una especialidad la cual, sin el fundamento de una formación humanística, puede llegar a ser deformadora y después de pasado el efecto de la novedad, de la eventual coyuntura del éxito profesional momentáneo, o de la adquisición de un alto nivel socioeconómico, pierde o disminuye su atractivo, dejando a menudo como único incentivo el disfrute de ciertas satisfacciones materiales o aficiones, las cuales sino están sustentadas por hábitos intelectuales u objetivos específicos de superación personal, o de una proyección en el ámbito de la acción

---

32 Pedro Henríquez Ureña. La cultura de las humanidades, en *Estudios Mexicanos*. FCE, México, 386 pp.

social, son generalmente poco enriquecedoras de la personalidad. El fuerte atractivo que en un momento dado tuvo la vocación que mantenía activa la mente y la ilusión profesional puede también desaparecer del horizonte del especialista cuando los conocimientos, que en la época de su graduación eran de vanguardia, dejan de tener vigencia o están definitivamente anticuados 5 años después, o incluso menos, en algunas profesiones o especialidades, y la persona se sentirá irremisiblemente marginada del grupo profesional. La visión integradora que puede otorgar la formación humanística al abarcar un hondo sentido de responsabilidad social, y mantener vivo el interés por los problemas humanos unido a una formación individual en que se equilibre la acción y la contemplación, permitirá encontrar nuevas perspectivas de enriquecimiento personal y de proyección en el ámbito social.

En un contexto verdaderamente universitario, la formación humanística no solamente es un complemento cultural conveniente o incluso, en cierto sentido, necesario, sino que

forma parte inseparable de la utilidad, prestigio y eficacia con que un profesional debe cumplir su compromiso con la sociedad a cuyo servicio deberá estar disponible.

Esta formación tiene, pues, poco que ver con el criterio, bastante generalizado cuando se habla de “humanidades”, de la adquisición de unos conocimientos sobre la antigüedad clásica, sobre el desarrollo de las artes o los adelantos de la ciencia, que preparen al egresado para desenvolverse en la sociedad con un cierto nivel de erudición y barniz cultural que le permita intervenir y opinar sobre una amplia gama de temas que puede abarcar desde los autores griegos y el espíritu del renacimiento, hasta la expresividad descriptiva de la música romántica. Se trata más bien en este caso de una erudición, nada despreciable en sí, pero que, sin el fundamento de una verdadera formación humanística tal y como la hemos venido definiendo, puede degenerar en un diletantismo estéril y de escasa fecundidad intelectual.

Con el humanismo bien comprendido en sus fundamentos filosóficos y teológicos, lo que se pretende es evitar el peligroso error introducido en el mundo “científico” moderno, en el cual las “realidades más elevadas” son metódicamente excluidas del campo de la investigación por el hecho de no ser cuantificables, por cuyo motivo el deseo de conocer se orienta hacia las “realidades más bajas” con el fin de conocerlas con más exactitud<sup>33</sup>. Este saber “exacto” ofrece la ilusión de poder dominar en forma absoluta una parcela del conocimiento, incluido el control de la naturaleza y el destino de la humanidad, lo cual, pronto o tarde conduce a horizontes cerrados, vías muertas o, lo que es peor, a dogmatismo pseudocientíficos o ideologismos sectarios como los que han azotado a la humanidad en el curso del último siglo.

Es importante recordar, que en el universo de las realidades humanas, por existir elementos de dimensión transcendental, el juicio de una conciencia recta y bien formada suele ser más objetivo que una aproximación cuantita-

---

33 Cfr. Schönborn. *L'unité de la foi. Spiritualité Mamé*. 1993, París, 101 pp., p. 23.

tiva, debido a que abarca una perspectiva más amplia y puede contar con el apoyo del conocimiento intuitivo y del juicio por inclinación; además tiene menos peligro de tomar la parte por el todo, si bien no por ello se deba dejar de tener en cuenta el criterio cuantitativo (las matemáticas) que es un elemento insustituible en la adquisición de disciplina mental y rigurosidad. La cuantificación puede añadir, y de hecho añade, respecto a determinados aspectos del conocimiento de la realidad, un mayor grado de certeza; es un instrumento de gran utilidad y en muchos casos imprescindible.

La concepción del humanismo tal y como la hemos venido definiendo y de su función en el seno de la universidad facilita que el profesional pueda captar la realidad en su conjunto, no quede circunscrito por los estrechos límites de una especialidad o parcela del conocimiento, no se desvincule del momento histórico en que le ha tocado vivir o sea insensible a los particulares requerimientos que lleva consigo el desarrollo o progreso de la sociedad, entendidos con verdadero sentido humano, tanto en lo que atañe

a las relaciones con los demás hombres, como con el resto de la naturaleza.

Al establecer una plataforma conceptual común, desde la cual puedan encontrar orientación e inspiración todos los conocimientos especializados así como las diversas profesiones, la formación humanística crea la condición necesaria para que pueda darse, casi naturalmente, una relación interdisciplinar entre las diversas parcelas del saber, ya que esta relación surgirá como la que existe entre las ramas de un tronco sustentado por la misma savia, y no tanto por la pretensión de enlazar ramas de diferentes troncos en base a la creación de estructuras académico-administrativas de enlace, las cuales por ser generalmente artificiales, casi siempre son inoperantes y las directrices que intenta imponer son fácilmente eludidas por las distintas unidades académicas tradicionales (facultades, escuelas) que pueden creerse amenazadas de desplazamiento o que el ámbito de su competencia es injustamente invadido. La interdisciplinariedad rectamente entendida es uno de los



elementos fundamentales de la eficiencia de la Institución Universitaria y de su función.

Una vez establecida la jerarquía de los conocimientos tal y como los hemos venido definiendo, y la función que le compete al saber humanístico, la calidad de la formación universitaria dependerá del respeto y estímulo que exista al ejercicio de la libertad y a los derechos de las personas; a la pasión e interés que se ponga en la búsqueda de la verdad, y a la competencia intelectual y autoridad moral que tenga el cuerpo académico.

Bajo estos supuestos mantiene toda su vigencia el criterio expresado por el profesor Dardo Regules referente a la organización de la Universidad en sus aspectos concretos, como una consecuencia de las inquietudes que condujeron a plantear la reforma universitaria de Córdoba (1918) “la Universidad es una unidad, una personalidad y para que este enunciado empiece a tener realización es preciso que cada miembro de las facultades se sienta actor y colaborador de una obra que comprende a

la Universidad toda, más allá de las divisiones accesorias que imponemos al estudio de la ciencia y a la especialización remunerativa de las profesiones”<sup>34</sup>.

Y también la declaración de los propios estudiantes que promovieron esa famosa reforma “Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y por consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden”, y un poco más adelante, “Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales”<sup>35</sup>.

En efecto, un abogado, un administrador o cualquier otro tipo de profesional que adquiera una formación humanística se encontrará en condiciones claramente ventajosas para interpretar los condicionamientos específicos de

---

34 Dardo Regules. Discurso ante el Consejo de la Facultad de Derecho de Montevideo en 1921. En *La Reforma Universitaria (1918-1930)*, Biblioteca Ayacucho, p. 179, Caracas. S/F. 307 pp.

35 Manifiesto de la juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica, 1918. En *La reforma Universitaria (1918-1930)*, Biblioteca Ayacucho, p. 4.

una determinada situación, podrá sopesar con mayor conocimiento de causa las peculiares circunstancias que definen una condición humana particular, y comprenderá mejor el respeto que merecen la idiosincrasia de un pueblo, o de una determinada comunidad, fraguada en el curso del acontecer histórico y en la experiencia de su interacción con el medio ambiente. Asimismo, comprenderá la importancia de las funciones que le competen a otras profesiones, con las cuales deberá relacionarse e interactuar inteligentemente para que las soluciones previstas sean coherentes y aborden los problemas de un determinado universo con criterio de unidad y cohesión.

Solamente en este sentido es que el profesional universitario podrá considerarse un dirigente que orienta, marca pautas de acción y ejerce un efectivo liderazgo en la sociedad. Es también únicamente bajo estos criterios que una universidad merece con plenitud de derecho esa denominación, y puede cumplir una función rectora y renovadora de la sociedad, al margen y por encima de todo concepto de eli-

tismo y de todo partidismo político, aunque sea tarea suya formar una sana conciencia política y fomentar el asumir responsabilidades en esa actividad humana de capital importancia.

### **III. Tradición y universalidad**

Estos dos aspectos o actitudes relacionados con el desarrollo cultural de los pueblos son inseparables del concepto de universidad y contribuyen a configurar la dimensión integradora que le es propia. De una parte, el enlace y la continuidad con la tradición del universo cultural e ideológico en cuyo seno la institución universitaria se desarrolla, justifica su existencia e inspira su acción, para de este modo seguir profundizando en la búsqueda de la verdad y, simultáneamente, abrir nuevos y creativos horizontes en el ámbito de los conocimientos particulares, sin perder la coherencia de su marco conceptual. Por otro lado, su actitud debe tener como meta la solidaridad con todas las gentes, sin admitir discriminaciones por motivos étnicos, creencias religiosas, distinción de sexos o peculiaridades culturales, cuya variedad siempre

enriquecen el universo de los valores humanos con nuevas manifestaciones intelectuales o artísticas que amplían el horizonte y estimulan inquietudes creativas.

Entendemos el concepto de tradición siguiendo el criterio del filósofo Eugenio d'Ors, como la solidaridad de todos los siglos en el tiempo. Con esta perspectiva y como consecuencia de que una universidad de orientación cristiana estructura el cumplimiento de sus fines con un criterio de humanismo, tiene que estar y sentirse vinculada a unas raíces, y enlazar con el proceso del gradual incremento del saber y de la acumulación de conocimientos adquiridos a lo largo del acontecer histórico. De este caudal de conocimientos, experiencias, y expresiones creativas, cuyo conjunto constituye el patrimonio cultural de un pueblo, resultado del esfuerzo de las generaciones precedentes, siempre queda un saldo positivo, que ha resistido el paso del tiempo, y que por haber contribuido en alguna forma al mejor cumplimiento del fin trascendental del hombre, mantiene permanentemente su vigencia, y además fecunda, y da coherencia a

las sucesivas respuestas que ese pueblo formula ante el momento histórico que le ha tocado enfrentar. La configuración de estas respuestas puede oscilar entre la aceptación indiscriminada de todo lo nuevo o el rechazo de algunas de sus manifestaciones o de todas ellas.

La valoración positiva y el respeto a la tradición no tiene nada que ver con la posición denominada tradicionalismo, entendida como la idealización de una etapa cultural precedente, con la consiguiente aspiración a intentar reproducirla en el futuro, a modelar el futuro siguiendo las pautas del pasado.

La tradición se presenta en cada país con peculiaridades que le son propias, como consecuencia de una conjunción de múltiples factores, entre los que hay que considerar la composición étnica y su trayectoria en el tiempo, las características geográficas y climáticas que contribuyen a moldear una idiosincrasia y psicología peculiares, y los procesos históricos que pueden haber influido en la formación, no sólo de un mestizaje racial, sino también cultural. La multiplicidad de

etnias y culturas enriquece el patrimonio de toda la humanidad, uno de cuyos valores fundamentales reside en la diversidad de manifestaciones con las que cada pueblo expresa su actitud frente al misterio de la creación: a través de sus creencias, sus aproximaciones empíricas o científicas, y sus expresiones estéticas, por medio de las cuales complementa e incluso recrea a la naturaleza y reconoce la dimensión transcendental del hombre. Simultáneamente, con el esfuerzo de su intelecto, trata de aproximarse al conocimiento de la verdad.

Uno de los errores más graves que puede cometer un pueblo o nación, es dar la espalda a la secular tradición cultural que configuró su idiosincrasia por creer que esa tradición constituye un impedimento insuperable para unirse al carro del “progreso”, tal y como este concepto puede ser entendido bajo un cierto criterio o estilo de vida que se ha puesto de moda, liderizado en un determinado momento histórico por alguna nación con un basamento cultural distinto, pero que ha triunfado en varios aspectos del desarrollo social o material, y que

se presenta, con un fuerte poder de atracción, como el único y definitivo camino que conduce a la humanidad a un hipotético futuro de mejoramiento ininterrumpido e ilimitado.

Inevitablemente, un pueblo que reniega de la sana tradición que daba sentido y coherencia a su vida, pierde identidad y como consecuencia, su carácter de entidad diferenciada: se hace amorfo, anodino, y sobre todo inseguro de sí mismo y de sus posibilidades. Sin embargo, no es infrecuente que esos pueblos tengan raíces culturales superiores, al menos en algunos aspectos, a las de la nación que ejerce el poder político y económico en una determinada coyuntura histórica.

Respecto a esta situación es interesante la opinión manifestada por el poeta y ensayista mexicano, Octavio Paz, con relación a México y que a continuación acotamos:

“El adjetivo *subdesarrollado* pertenece al lenguaje anémico y castrado de las Naciones Unidas. Es un eufemismo de la expresión que



todos usaban hasta hace algunos años: nación atrasada. El vocablo no posee ningún significado preciso en los campos de la antropología y la historia: no es un término científico, sino burocrático. A pesar de su vaguedad intelectual —o tal vez a causa de ella— es palabra predilecta de economistas y sociólogos. Al amparo de su ambigüedad se deslizan dos pseudoideas, dos supersticiones igualmente nefastas: la primera es dar por sentado que existe sólo una civilización o que las distintas civilizaciones pueden reducirse a un modelo único, la civilización occidental moderna; la otra es creer que los cambios de las sociedades y culturas son lineales, progresivos y que, en consecuencia, pueden medirse. Este segundo error es gravísimo: si efectivamente pudiésemos cuantificar y formalizar los fenómenos sociales —desde la economía hasta el arte, la religión y el erotismo— las llamadas ciencias sociales serían como la física, la química o la biología. Todos sabemos que no es así.

(...) la irreflexiva adopción de la técnica norteamericana en México ha producido un sinnúmero de desdichas y monstruosidades éticas y

estéticas. Con el pretexto de acabar con nuestro subdesarrollo, en las últimas décadas hemos sido testigos de una progresiva degradación de nuestro estilo de vida y de nuestra cultura. El sufrimiento ha sido grande y las pérdidas más ciertas que las ganancias. No hay ninguna nostalgia oscurantista en lo que digo –en realidad, los únicos oscurantistas son los que cultivan la superstición del progreso cueste lo que cueste. Sé que no podemos escapar y que estamos condenados al «desarrollo»: hagamos menos inhumana esa condena”<sup>36</sup>.

En forma similar se había manifestado anteriormente el filósofo, también mexicano, Antonio Caso, rector de la Universidad Autónoma de México (1923) cuando expresó: “Urge ya, por la felicidad de nuestros pueblos, que cesemos de imitar los regímenes políticos sociales de Europa, y nos apliquemos a desentrañar de las condiciones geográficas, políticas, artísticas, etc. de nuestra nación, los moldes mismos de nuestras leyes, la forma de nuestra actividad. No podemos seguir asimilando los

---

36 Octavio Paz. *Los hijos del Limo / Vuelta. II, La revuelta del futuro*, Ed. Oveja negra, 1985, Colombia, pp. 24-25.

atributos de otras vidas ajenas. Nuestra miseria contemporánea, nuestras revoluciones inveteradas, nuestra amargura trágica, son los frutos de la imitación irreflexiva”<sup>37</sup>.

Mario Briceño Iragorry expresa las mismas reservas con referencia más específica a Venezuela cuando manifiesta: “Defender la tradición como dimensión creadora, no es negar el progreso. Es acondicionar éste a la permanencia de lo esencial y fisionómico nuestro”. Y en otro apartado: “Sostengo que sin el conocimiento de lo anterior y sin el mantenimiento de los valores que va construyendo lentamente la cultura de cada sociedad, no existe el pueblo como entidad histórica”<sup>38</sup>.

En otro plano de menor densidad conceptual pero también importante se lamenta Tulio Febres Cordero al considerar el abandono de las actividades agrícolas e industriales tradicionales de la región andina: “Día por día se esfuman y

---

37 Antonio Caso. *Antología filosófica*, UNAM, 1957, México, 256 pp.

38 M. Briceño. *Venezolanidad y tradición. Obras Completas*. Vol 8, Ediciones del Congreso de la República, Caracas, 1990, pp. 173-175.

desvanecen, como meras nubecillas, muchas teorías económicas, que nos han tenido alucinados, ante esta verdad grande como un templo: La verdadera riqueza de un pueblo consiste en producir cuanto sea necesario para su propia subsistencia”<sup>39</sup>.

El filósofo Eugenio d’Ors, uno de los intelectuales que sirvieron de estímulo a los líderes que impulsaron la reforma universitaria de Córdoba, en una de las numerosas “glosas” que publicó en la prensa de Madrid y Barcelona afirmaba, en relación a la cultura de los pueblos: “Sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de una tradición. Todo lo que no es tradición es plagio”<sup>40</sup>. En efecto, la originalidad verdaderamente creativa no puede proceder nunca de la imitación de las formas de expresión de otros pueblos, sino que se fragua en el largo, y a veces doloroso, proceso de asimilación que imponen ciertas circunstancias históricas, o del esfuerzo por

---

39 Tulio Febres Cordero. Sobre criollismo. Artes e industrias que fueron. En *Mitos y tradiciones*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1994, p. 212.

40 Eugenio d’Ors. *Glosario*. Barcelona, 1911.

adaptarse a las condiciones adversas de la naturaleza, a los embates del dolor y a la interacción pacífica o violenta, con otras civilizaciones y culturas, en cuyo contacto se fragua la propia personalidad y sus modos de expresión. Con especial énfasis trata Rafael María Baralt este tema en relación a la importancia de la tradición: “La tradición, es nervio al par que nobleza de las naciones, porque, al modo de una fortaleza murada y guarnecida, mantiene el orden interior, conserva el legítimo dominio e impide que poderes extraños, violentos e invasores penetren de sobresalto y mano poderosa en el país. El problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota”<sup>41</sup>. Todo mimetismo que pretende conformarse con la moda impuesta por naciones o grupos sociales, que en un momento determinado ejercen cierto nivel de influencia política, económica o científica, contribuye a crear una personalidad

---

41 Rafael M. Baralt. Discurso de recepción pronunciado en la Real academia Española. En *Antología*, Monte Ávila Editores, Colección El Dorado, Caracas, 1961, 208 pp.

delicuescente, superficial y frívola, en la que quedan ahogados los propios valores que son los únicos que pueden enriquecer el patrimonio universal. En estos casos, es frecuente que las formas de expresión autóctonas queden relegadas en sectores aislados de la población, o marginados, carentes de recursos económicos y de poder político para acceder a los patrones culturales o modas artísticas que penetran en el país a través de ateneos o galerías de arte de las grandes ciudades, imponiendo su estilo en las capas sociales de superior capacidad adquisitiva y mayor movilidad geográfica.

De este modo, el rescoldo tradicional no muere y a menudo sirve de núcleo y foco de rebeldía, políticamente atizado por las doctrinas que ofrecen una liberación del supuesto o real imperialismo cultural impuesto por la nación poderosa de turno o la clase política dominante. Así sucedió en toda Iberoamérica y en particular en Venezuela con la renovación y auge de las manifestaciones folclóricas, principalmente musicales, que en poco tiempo se hicieron coincidir con las canciones de protesta estimuladas

por los movimientos de la izquierda marxista. La precursora de este movimiento denominado “Nueva Canción latinoamericana” fue la célebre cantante y poetisa chilena Violeta Parra (1917-1967) cuya popularidad se consagra con las emisiones radiales de las canciones rurales, desprendidas en gran parte del romancero español, consideradas en conjunto como la verdadera música chilena. En 1956 la poetisa llega al convencimiento de que es necesario desenterrar el patrimonio musical del país y lleva a cabo una intensa actividad entre las que destaca la creación del Museo de Arte Popular y la recopilación del folklore musical de todo el país que en parte se publica en 1979. En Argentina es Mercedes Sosa la representante más genuina de este movimiento y en Venezuela siguen su ejemplo Soledad Bravo, que pronto cambiaría de repertorio cuando “la protesta” pasó de moda o ya no era rentable y Alí Primera (1942-1985), lanzado a la fama a partir del festival de la Canción de Protesta organizado por la Universidad de Los Andes en 1967. Su máximo éxito fue “Canción mansa para un pueblo bravo”.

Es común a muchos de estos cantantes su procedencia de sectores socioeconómicos de bajos recursos y haber tenido que salir adelante con serias dificultades; este es el caso de Violeta Parra y Alí Primera. En España, el fenómeno se manifestó por la valorización de las lenguas regionales y la poesía fuertemente enraizada en ciertos tópicos de honda raigambre nacional como la de Antonio Machado o Federico García Lorca, y posteriormente por las canciones de protesta o liberación como una forma de lucha contra el opresivo poder central. En esta línea sobresalieron en los años 60, Raimon que cantó en la modalidad valenciana del idioma catalán y Paco Ibañez que reactualizó acertadamente la gran poesía española del siglo de Oro: Jorge Manrique, Góngora, Quevedo etc. Parece increíble la inmensa capacidad de resistencia y de resurgir que tienen las formas culturales, arraigadas en determinados grupos étnicos, cuando ya parecían extinguidas bajo siglos de dominio, o de prohibición más o menos velada de libre expresión. Nunca se pueden desestimar estas raíces culturales y es necesario saber utilizarlas y encauzarlas para revitalizar a los



pueblos que con frecuencia no reaccionan ante otros estímulos. Las formas culturales de los sectores acomodados a las influencias foráneas no arraigan como factores de inspiración creativa o son callada, pero resentidamente rechazadas, por los sectores intelectuales “rebeldes” que desean recuperar la “autenticidad” y tratan de inspirarse en las tradiciones enraizadas en el “pueblo”.

A su vez, el concepto de universalidad podemos entenderlo como la comunión de todos los pueblos en el espacio y como la aproximación de las más variadas culturas a los sustratos más profundos de la realidad humana. Bajo este concepto, la posición de una universidad consciente de su misión no será tanto la de pretender abarcar un multiculturalismo cuyo fundamento, como ya indicó anteriormente, se apoya en la idea de que todas las expresiones culturales, incluidas las religiosas, tienen el mismo valor y todas las categorías merecen el mismo nivel de atención. Esta forma de interpretar la universalidad que, con la pretensión de complacer a todos se ha venido ensayando en algunas univer-

sidades, principalmente de los Estados Unidos, no complace a nadie, antes bien exacerba las posiciones, ya que no es fruto de una fecunda integración que estimule la creación de formas superiores de expresión, sino más bien una mezcla de elementos heterogéneos que aumentan el concepto disolvente de un relativismo en el área de los valores humanos, en el que definitivamente la conclusión es que nada tiene verdadero valor ni existe una jerarquía de los mismos.

Por otra parte, esa falsa concepción de universalidad pone de manifiesto una grave ausencia de convicciones serias sobre la posibilidad de que la cultura iberoamericana, mestiza, pero con hondas raíces cristianas, pueda aportar valores intelectuales capaces de ofrecer horizontes de perspectivas atrayentes y sugestivas que sirvan además para orientar y satisfacer las más nobles aspiraciones de la juventud. La forma más insidiosa de crear confusión es manifestar inseguridad por no saber discernir entre lo esencial y lo accidental; entre la verdad y la diversidad de

formas existentes para aproximarse a su conocimiento.

Toda universidad podrá, y en algunos casos deberá, ofrecer información e impartir conocimientos sobre las culturas más importantes, destacando, además, cómo la pluralidad es una riqueza a preservar, pues expresa la diversidad de modos de buscar la verdad y de aproximarse a ella desde las múltiples y variadas circunstancias y contextos por los que transita la humanidad.

### *Educación y cultura: el caso Venezuela*<sup>42</sup>

Así como una doctrina religiosa no necesita ser definida con toda precisión en cada una de las creencias que constituyen su fundamento hasta que no aparece una herejía, de la misma forma un determinado término no requiere de

---

42 En la discusión de este tema seguiremos en gran parte los criterios expresados por T.S. Eliot en su obra *Cristianismo y cultura*, en ningún caso las citas pretenden ser textuales y además se introduce su aplicación al caso particular de Venezuela. Eliot, T.S. Notes towards the Definition of Culture, en *Christianity and culture*. A Harvest Book, Harcourt, Brace and World, Inc., New York, 1949, 202 pp.

mayor atención hasta que no comienza a ser mal utilizado. Éste ha sido el caso de la palabra cultura, a la que han sido asignados los más variados significados y ha sido objeto de las más diversas opiniones, desde su identificación o distinción con el término civilización hasta el de considerarla como un producto de la educación, viniendo a ser como sinónimo el referirse a una persona educada como una persona culta; o considerar que una nación posee un alto nivel de cultura por tener un alto nivel de instrucción programada o sistema educativo.

Si dirigimos nuestra atención al origen de las culturas como una forma de vida podemos afirmar que ninguna cultura ha aparecido o se ha desarrollado al margen o de espaldas a una religión. De acuerdo con el punto de vista que pueda tener un estudioso de la antropología social, quedaría en el aire el resolver si la cultura es producto de una religión o la religión producto de una cultura; lo que es incuestionable es que toda cultura está en relación con una religión y que el desarrollo de la religión y de la cultura no puede aislarse uno del otro. Además,

mientras podemos afirmar y creemos que una misma religión puede informar una variedad de culturas<sup>43</sup>, es más difícil aceptar como una realidad que una cultura pueda surgir o mantenerse sin una base religiosa. Lo que quizás ha influido en sostener el criterio de tratar la religión y la cultura como dos cosas diferentes es el hecho histórico de la penetración de la cultura greco-romana por la fe cristiana. Una penetración que tuvo profundos efectos, tanto sobre esa cultura como en el curso de desarrollo del pensamiento y la práctica cristianas. Pero no se puede dejar de lado el hecho de que esa cultura greco-romana era ya una cultura religiosa en decadencia<sup>44</sup>.

La concepción de la cultura y la religión como diferentes aspectos de una misma realidad requiere una fuerte dosis de reflexión y objetividad. En efecto, aunque la vinculación entre la religión y la cultura es innegable, la plu-

---

43 Como sucedió en Iberoamérica. La inculturación del cristianismo en las civilizaciones indígenas de América es uno de los ejemplos más ilustrativos de como una religión puede informar varias culturas, y crear un denominador común compatible con una rica diversidad..

44 Cfr. Eliot, T.S., *Christianity and culture*, ob. cit., pp. 85-101 y ss.

ralidad de una y otra lo es también. La existencia de una religión verdadera comporta en el ámbito de las culturas la necesidad de distinguir religión y cultura, pues la pluralidad de éstas es una consecuencia de la apertura y dinamismo de la naturaleza humana: en este sentido Juan Pablo II habla del derecho de los pueblos a preservar y desarrollar sus culturas. Así pues, bajo ningún concepto se podría interpretar que cristianización significa en algún sentido “occidentalización”, que de hecho hoy día podría interpretarse como “norteamericanización”. El hecho indiscutible de la “autonomía temporal” cuyo verdadero sentido lo dejó Jesucristo explícito en los evangelios: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, nos permite hacer la distinción entre religión y cultura sin desvincularlas.

Por otra parte, ningún individuo encarna en todos sus aspectos la cultura de un país, entre otras cosas porque forma parte de un grupo (profesional por ejemplo). A su vez el grupo puede depender y de hecho depende, de la cultura de una clase social, y ésta del conjunto de

la sociedad que constituye la depositaria de la cultura anclada, y posteriormente diversificada, en una religión, la cual a su vez, ha podido informar y asimilar aspectos culturales preexistentes en culturas que estaban relacionadas con otras creencias religiosas, desaparecidas por el influjo de otra religión con más vitalidad o con más fuerza de atracción.

Así como la cultura occidental tiene raíces cristianas y tanto la greco-latina como las “bárbaras” fueron cristianizadas, pueden existir una cultura *sínica*, africana, japonesa o *índica*, cristianizadas; este sentido parece hacerse obvio si pensamos que un posible retorno de los ortodoxos al seno de la Iglesia Católica no tendría por qué destruir lo que hoy es una cultura bizantino-ortodoxa. De no entenderlo así, no sería posible hablar con pleno sentido de la factible y deseable existencia de un pluralismo cultural.

Pero en función de aceptar este hecho, que es notorio en Venezuela, y que se ha evidenciado como tal en el estudio de otras naciones,

o en el caso que más nos concierne en el de la cultura occidental, como cultura cristiana occidental, es necesario evitar dos errores complementarios; el primero, y más extendido, es creer que una cultura puede ser preservada y expansionarse en ausencia de una religión, aunque esto no impida que una cultura pueda producir sus mejores logros cuando la religión pasa por una época de decadencia o relajamiento de costumbres; el otro error es la creencia de que el sostenimiento y la preservación de los valores religiosos no están relacionados con la preservación y el mantenimiento de la cultura, lo cual puede llegar a conducir al absurdo de rechazar los valores o las manifestaciones culturales como obstrucciones frívolas para el desarrollo de la vida espiritual; esta actitud puede hacer mucho daño a una sana concepción religiosa.

Existe el error generalizado, y muy particularmente en Venezuela, de equiparar cultura o manifestaciones culturales solamente con realizaciones artísticas en sus diversas variantes: pintura, arquitectura, literatura, teatro, música, etc; llegando hasta la incongruencia de solicitar



como una obligación del Estado el subvencionar la cultura, sin caer en la cuenta de que ésa es una de las formas más eficientes que existen para destruir la verdadera cultura, alma del país y en parte su razón de ser. Otra cosa es distinguir entre manifestaciones culturales tradicionales, y las que se van produciendo y asimilando en el curso normal del desarrollo de una sociedad, bien sea perfeccionándose en su orden, o creando y sosteniendo escuelas o museos donde se mantiene la tradición y se fomenta la diversidad y la creatividad. Así mismo la conservación o restauración de monumentos que suponen hitos de referencia para la comprensión de la historia nacional.

La cultura incluye todas las actividades e intereses de un pueblo por lo tanto en Venezuela comprende: en primer lugar manifestaciones religiosas que mencionaremos en detalle más adelante; tradiciones socio-religiosas como el culto y veneración de los muertos; una veneración casi idolátrica por la madre; el padrinzago y el compadrazgo, de importantes consecuencias en todos los órdenes de la vida; juegos y diver-

siones como peleas de gallos, toros coleados, bolas criollas; arte culinario; con muestras como las hallacas, pan de jamón, arepas, preparación del cazabe, cachapas, etc. En planos “culturales” más refinados, destacan un prodigioso folklore musical tanto en variedad como en calidad y una disposición natural para la música y el ritmo. En el plano psicológico sobresale la afectividad como la motivación fundamental de fidelidad a un compromiso. Luego, y con el concurso de la educación formal, las relaciones internacionales y la inmigración, se incluye el desarrollo de escuelas de pintura y arquitectura, la creación literaria, y algunas asimilaciones foráneas recientes como el béisbol, el fútbol, etc. Además, en algunas regiones existen artes y técnicas específicas como la construcción de barcos en el oriente del país o la elaboración de ciertos dulces en los Andes, junto con manifestaciones religiosas propias.

La vida cultural venezolana, a pesar de la influencia de una educación programada de tipo laicista, sigue teniendo como centro y meollo una motivación religiosa, aunque en gran parte

esa motivación haya perdido su carácter original eminentemente religioso. En este sentido, es sumamente instructivo citar la opinión del eminente estudioso del folklore nacional Luis Felipe Ramón y Rivera: “ El culto en sus diversas manifestaciones es una de las fuentes más importantes de nuestro folklore. La etapa que nos ha tocado vivir, no obstante, ofrece cierto aspecto como de decadencia en la fe, especialmente en algunas regiones del país, y aparejado a esa decadencia, el culto y su manifestación externa han decaído también, produciéndose en consecuencia la progresiva extinción de las manifestaciones folklóricas que les son inherentes”<sup>45</sup>.

A continuación, este autor menciona las principales manifestaciones folklóricas ligadas íntimamente al culto, citando en primer lugar la devoción a la Cruz, expresada en “Los Velorios de Cruz y los Tonos de Velorio” con todas sus variantes y peculiaridades según las regiones, entre las que destacaba en algunas la entremezcla de tonos y rezos. Pasa después a examinar

---

45 Luis F. Ramón y Rivera. *La música folklórica de Venezuela*. Monte Avila Editores, Caracas, 1977, 236 pp.

las manifestaciones en honor de San Juan y San Pedro que según este autor “polarizan festejos de fuerte arraigo en amplias zonas geográficas del país y en los que en general domina la música de carácter afro”. Otras manifestaciones importantes son las dedicadas a San Benito el Moro o San Benito de Palermo. Los Diablos del Yare, son el residuo de la procesión en honor al Corpus Christi. La Navidad se celebra con múltiples tipos de cantos y expresiones de cultos peculiares como la “paradura” en la región andina, el “Robo y Búsqueda del Niño”, etc. Incluso la famosa gaita es originalmente un canto en homenaje a diferentes santos aunque también las hubo (y hay) dedicadas a personas, comercios, política, etc. Generalmente alcanzaban su máxima expresión en las semanas anteriores a la Navidad. Otro ejemplo especialmente representativo es el Tamunangue en honor de San Antonio que se bailaba en sus ocho partes durante la procesión del Santo.

A pesar de la decadencia, todavía las grandes festividades de aceptación mayoritaria están en relación con una particular devoción, como

la feria de la “Chinita” en el Zulia a la Virgen de Chiquinquirá, de la Divina Pastora en Lara, y en Oriente a la Virgen del Valle. En Semana Santa la gente desborda las calles demostrando su devoción al Nazareno de San Pablo, etc. Es frecuente el fenómeno de personas descreídas, ateas o no practicantes, porque la educación positivista se interpuso entre la fe y su vida intelectual, que afectivamente se sienten indisolublemente unidas a la tradición cristiana transmitida a través de la vida familiar. Incluso las manifestaciones culturales profanas, completamente desligadas de un sentido religioso, suelen activarse y adquirir su máxima y mejor expresión en ocasión de las fiestas patronales.

Sobre este cúmulo de manifestaciones culturales que en razón del mestizaje se constituye en una cultura propia y original, puede suceder, y de hecho ha sucedido, que se superponga un sistema educativo preprogramado, el cual no solamente no transmite los valores culturales, dándoles una categoría de orden superior, sino que va contra ellos o al margen de ellos y de la

religión que fue el agente inspirador directo o indirecto de esa cultura.

Este divorcio entre cultura y educación es una de las principales causas de la alienación colectiva e individual que aqueja a la mayor parte de los venezolanos “educados” y que tiene como una de sus más funestas consecuencias la falta de seguridad en sí mismos, el acomplejamiento, el mimetismo consciente o inconsciente, y la falta de patriotismo en su más noble sentido: son pocos los que están dispuestos a sacrificar su proyección profesional y su nivel socioeconómico en aras de un país subdesarrollado que además no le “comprende”. En tanto no volvamos a unir cultura y educación y a revitalizar la vida del espíritu, seguiremos sintiéndonos inseguros sobre nuestras posibilidades creativas y un mimetismo mediocre e insípido acabará con nuestra identidad de pueblo. Afortunadamente, ese núcleo cultural de inspiración cristiana todavía es una fuerza vital que puede servir de fermento para seguir desarrollándonos con personalidad propia, siendo también ésta una importante tarea de la institución universitaria.

El progreso en la vida del espíritu es la causa del refinamiento de ciertas manifestaciones artísticas o intelectuales, las cuales son frecuentemente las que reciben el nombre de cultura, empleando esta palabra en un sentido restringido; pero además, cultura no es solamente la suma de diversas actividades, sino un modo o estilo de vivir, o en cierta manera una forma de ser.

Determinados planos de actividades culturales sólo son adquiridos por ciertas personas que constituyen lo que se acostumbra denominar como elites, en el seno de un grupo particular o clase social.

Si se hace el deslinde entre cultura y educación, podemos asignar a la educación el objetivo de ser el medio a través del cual tratamos de aproximarnos a la sabiduría, teniendo como base un sólido y bien definido fundamento cultural. Entre otros beneficios, la educación nos puede conducir a la adquisición de sólidas virtudes cívicas y un alto nivel de civilización, teniendo en cuenta, que en ningún caso se

pretende simplemente transmitir la cultura del pasado, ya que muchas de sus manifestaciones representan estadios--- de desarrollo que pueden ser mejorados en todos sus aspectos, en tanto que la educación formal puede facilitar la adquisición de las virtudes relacionadas con la convivencia social y despertar el espíritu crítico para formar un sano criterio de discernimiento.

Existe el peligro de que la educación –que indudablemente, en mayor o menor grado suele caer bajo la influencia de los regímenes políticos–pretenda asumir también la reforma y la dirección de la cultura en vez de ocupar el lugar que le correspondería como una de las actividades por medio de la cual una cultura se perfecciona en el logro de sus objetivos. Además, cuando la educación se arroga un mayor número de responsabilidades, más sistemáticamente tiende a traicionar la cultura. Hay que evitar la planificación universal de la educación y definir los límites de lo planificable.

De todo lo dicho, se puede deducir que el canal principal e insustituible de la transmi-



sión de la cultura es la familia y esto tiene tanta importancia que con bastante dificultad una persona puede superar el grado de cultura que adquirió en su entorno familiar o en el medio ambiente en que se crió y desarrolló sus hábitos primarios, aunque puede haber y de hecho suelen existir otras influencias suplementarias que la complementan en parte, y en algunos casos individuales producir importantes cambios de actitud y conducta<sup>46</sup>. Por eso, cuando la institución familiar se desintegra, podemos estar seguros que se produce una decadencia cultural de dimensiones incalculables y que ningún tipo de educación, simplemente concebido como sistema de instrucción, puede sustituir.

Esto es así, y en forma radical, porque la cultura no es una realidad extrínseca al ser humano, sino una dimensión vital, y una dimen-

---

46 Cosa distinta es que una nueva generación rechace en todo o en parte el patrón cultural de sus “mayores” y haga manifestaciones estridentes de protesta, como en el caso de los “hippies” de los años 60 principalmente en los Estados Unidos, pero en general estas actitudes no son duraderas y no suelen dejar raíces; el paso de “hippies a yuppies” es bastante común y a menudo rápido, sin embargo pueden dejar secuelas nefastas como el uso generalizado de drogas.

sión vital solamente puede transmitirse en el seno de la familia, donde converge lo biológico, lo afectivo y todos los elementos primarios del comportamiento individual y social.

En función de la categoría e importancia que damos a la cultura de un pueblo, en el sentido en que aquí la hemos definido, es como hay que entender uno de los aspectos más importantes del espíritu de una universidad venezolana: su enraizamiento en la venezolanidad como cultura; y no en algún aspecto de tipo nacionalista, ideología política o sentimentalismo patriotero.

En definitiva y en razón de que debe plantearse que una de las funciones de las universidades de inspiración cristiana es la de recristianizar la sociedad tenemos que aproximarnos al cristianismo con un grado de mucha mayor profundidad intelectual del que hasta ahora se le ha dedicado habitualmente. Debemos enfrentar esta idea con el criterio de que el aporte de cada persona a esta cristianización está prioritariamente en el orden del pensamiento más que en el orden del sentimiento.

Las consecuencias de abocarse a la tarea de recristianizar la cultura occidental, son demasiado serias como para creer que vayan a ser aceptadas fácilmente por todo el mundo, porque cuando la fe cristiana no es solamente un sentimiento, tiene otras consecuencias en el orden práctico que pueden resultar muy inconvenientes para amplios sectores de la sociedad en que vivimos. Aceptar este planteamiento requiere una seria toma de conciencia de que apenas existe diferencia entre la sociedad en que vivimos y una sociedad pagana. Es preciso que veamos nuestro sistema no sólo como algo que debe ser mejorado, sino sustancialmente alterado, ya que nuestra alternativa está entre la formación de una nueva cultura cristiana o la aceptación de una pagana.

En aquellos lugares o naciones en que la cultura ha sido secularizada, las diferencias culturales entre creyentes o fieles y los descreídos o ateos son mínimas. El límite entre creer y no creer se hace vago. El cristianismo es más complaciente, el ateísmo más negativo, y todos viven amistosamente en tanto estén de acuerdo

o continúen aceptando algunos convencionalismos morales mínimos. Este fenómeno se está reflejando en Venezuela y especialmente en las grandes áreas urbanísticas con una singular nitidez.

En Venezuela, una minoría intelectual, y en algunos casos pseudointelectual, que ha dejado de ser cristiana, se esfuerza consciente o inconscientemente en socavar los principios cristianos sobre los que se fundamenta la cultura del pueblo, a veces en nombre de una supuesta cultura superior, lo cual puede conducir a una desintegración total del cuerpo social y a una anarquía que creando una ola de terror tenga que ser controlada por una fuerza brutal que suprima todo vestigio de libertad. Este es el fin al que puede conducir el Liberalismo como ideología general, y no solamente en su vertiente económica, que lleva consigo la pretensión y el afán desorbitado de adquirir una libertad individual total, que incluso niegue la importancia de la familia para la salud del cuerpo social, en aras de la prioridad que se le otorga a esa “libertad

individual” y a su derecho a no asumir responsabilidades, que coarten esa “liberación”.

#### **IV. La formación**

##### *La inducción práctica*

Si la formación humanística consiste fundamentalmente en el desarrollo de la virtud en todas sus formas y amplitud, y en el conocimiento sistemático, lleno de vitalidad y profundo de la cultura, sus fundamentos, y las principales realizaciones de su expresión, así como la metodología a emplear deberá apoyarse en primer lugar en la inculcación de ciertos hábitos conducentes a la adquisición de esa virtud más que en la exposición de clases teóricas sobre ciertas disciplinas clásicas o “humanísticas” entendidas en sentido amplio, las cuales sin embargo servirán de referencia teórica a las praxis.

Por este motivo, la universidad deberá hacer énfasis especial en el perfeccionamiento personal y en el desarrollo del sentido de responsabilidad social del estudiante, estimulando

el hábito de estudio con una exigencia académica de excelencia, combinada con una atención personal para que pueda superar las dificultades. El hábito de estudio es el medio más adecuado para adquirir disciplina mental, constancia, y despertar el amor a la sabiduría. La mejor forma de manifestar el sentido de responsabilidad social consiste en el desempeño honesto y competente, en primer lugar de la actividad como estudiante, y luego en el ejercicio de la profesión.

Simultáneamente, estimulará la apertura a la captación y comprensión de lo bello; poniendo de manifiesto la armonía y el orden de la naturaleza orientados a un fin; con sus diversos elementos delicadamente combinados en una trama compleja, que a menudo desconcierta al hombre, pero que funciona y se expresa como una sutil melodía en la que se refleja la mano del Creador, y el misterio de la creación con sus variadas manifestaciones, entre las que se incluye el hecho de la evolución, que el científico se esfuerza por comprender y desentrañar.

Adicionalmente se pondrán los medios para educar la sensibilidad y facilitar la captación del intrínseco valor de las creaciones del espíritu humano plasmadas en las manifestaciones artísticas en sus diversas formas de expresión. Se hará énfasis en la apreciación estética.

Por fin, se promoverá la solidaridad social organizando todo tipo de actividades orientadas a desarrollar las virtudes que deben conducir al estudiante a adquirir un sentido de creatividad para solucionar los problemas que se plantean en toda sociedad, con criterio de apertura y optimismo: la convivencia humana, el respeto a los demás en su condición de persona, la capacidad de diálogo, la fidelidad a los compromisos, etc. Por tanto se deberá dar mucha importancia a las actividades participativas, como seminarios, talleres y conferencias sobre temas de actualidad.

Todas estas actividades, denominadas generalmente como extracurriculares, son en realidad curriculares en sentido amplio, ya que constituyen parte esencial de la formación inte-

gral humanística tal y como se ha definido a lo largo de estas reflexiones, por lo cual, la universidad debe sostener un criterio de “inmersión”, orientado a que el alumno permanezca el mayor tiempo posible en el ambiente universitario, académico o cultural bien sea en el campus o en actividades que se desarrollen fuera del recinto universitario.

Como consecuencia de la responsabilidad social que le compete, al acceder a un nivel de educación superior el estudiante deberá incorporarse a algún tipo de trabajo o servicio social que puede incluir, entre otros, su contribución al cuidado y mantenimiento de las instalaciones universitarias, como una manifestación específica de compañerismo, y respeto institucional con el fin de mantener un ambiente humano lo más agradable posible.

### *Los planos del conocimiento*

Por sus mismas características y objetivos, la formación humanística, tal y como se ha venido definiendo anteriormente se adquirirá a



través de múltiples y diversas actividades que comprenderán desde seminarios y conferencias hasta representaciones teatrales, conciertos, debates o diálogos entre profesores y alumnos sobre temas actuales, lecturas comentadas de autores clásicos, antiguos y modernos, sesiones de apreciación estética, visitas a museos, juegos, deportes etc. Sin embargo, aunque este tipo de actividades sea probablemente el más adecuado para que el alumno adquiera la formación humanística orientada al desarrollo de su personalidad, también se ha de considerar importante la estructura sistematizada de un conjunto de temas, agrupados bajo la denominación de “Planos del Conocimiento”, de carácter teórico, con la finalidad de fundamentar sólidamente ese desarrollo personal, elevando a un plano intelectual la gradual captación de las realidades humanas, a fin de evitar la dispersión y el confusiónismo.

Los “Planos del Conocimiento” que pueden seleccionarse son los siguientes:

- 1. El pensamiento:**
  - Génesis y desarrollo de la cultura y civilización occidentales: Fundamentos filosóficos y teológicos que la inspiraron.
  - La cultura greco-romana y el cristianismo.
  - La pluralidad de las culturas en el mundo contemporáneo.
  - La escisión entre religión y cultura.
  
- 2. El lenguaje como vehículo de expresión y comunicación:**
  - Filosofía del lenguaje.
  - Semiología.
  - Apreciación literaria.
  - Géneros.
  - Obras magistrales.
  - Interpretación de textos.
  
- 3. El Espíritu:**
  - El hombre como ser trascendental.
  - Responsabilidad personal y proyección social.
  
- 4. La Historia:**
  - Sujetos de la historia y procesos históricos.
  - La tradición y su fuerza creativa en el desarrollo de los pueblos.

- Pasado y presente como plataforma para proyectar un futuro viable.
  - Los grandes hitos culturales históricos.
- 5.** La apreciación estética en sus diversas formas de expresión:
- Las artes en sus diversas manifestaciones: Plásticas, escénicas, musicales.
  - El folklore popular y sus fuentes de inspiración.
- 6.** El hombre en la naturaleza:
- Interacción.
  - La relación armónica.
  - Explotación y respeto a las formas de vida.
  - El misterio de la creación: La evolución y sus alcances.
  - Ecología y “ecologismo”.
  - La biodiversidad.
- 7.** El mundo de las ciencias experimentales y la tecnología:
- Su alcance, sus limitaciones y sus prodigiosas perspectivas.
  - Tendencias actuales más importantes de las diversas ciencias.
  - El impacto de la tecnología en la configuración de la sociedad, y en el comportamiento personal.

- 8. Política y sociedad:**
- La sociabilidad, las sociedades y los procesos o modalidades de institucionalización de lo político.
  - Las formas de gobierno.
  - El bien común y la perfección de la sociedad.
- 9. Los procesos económicos y su influencia en el desarrollo de los pueblos:**
- Macro y micro economía.
  - Las doctrinas económicas.
  - Globalización de los procesos económicos, comercialización y desarrollo.
- 10. Iberoamérica:**
- Historia de los procesos que dieron lugar a un mestizaje cultural con un denominador común y un numerador diversificado.
  - Su aporte al patrimonio cultural de la humanidad.
- 11. Venezuela y su circunstancia:**
- Cultura.
  - Historia.
  - Peculiaridades de la formación cultural e histórica de Venezuela: afinidades y diferencias con el resto de Iberoamérica.

Estos “Planos del conocimiento” que se han seleccionado como posible fundamento o plataforma teórica de la formación humanística en una universidad constituyen, de acuerdo a los criterios que han sido expuestos, parte inseparable de la formación profesional, entendida, por su carácter universitario, como algo más que la simple adquisición de una destreza, sea esta en el campo de las ciencias humanas, de las experimentales, o de la tecnología. Buen profesional será solamente aquél que trascendiendo el ámbito de su especialidad, la desempeña competentemente con un amplio sentido de responsabilidad.

A pesar de que en apariencia estos planos del conocimiento son diversos y heterogéneos en su temática, deben constituir en conjunto un todo coherente. Por este motivo, aunque se incorporen en las diferentes carreras con alto grado de libertad, de tal forma que en algunos casos pueden incluirse como parte de las materias propias de los estudios profesionales, no obstante y con el fin de que no se desvirtúe su función unificadora o integradora deben mante-

ner un patrón coherente. Este patrón seguirá, en todos los casos, el criterio de aproximación a estas realidades humanas que es propia del espíritu de la institución universitaria, es decir, de búsqueda de la verdad y de amor a la sabiduría. Por lo tanto, se evitarán los dogmatismos o el sesgo subjetivo a favor de algunas ideologías. Solamente se tendrá como punto de referencia la existencia de Dios, y dentro de la admisión de esa realidad, una óptica cristiana, de modo que todas las realidades humanas en la infinita variedad de sus opciones se entiendan como convergiendo a encontrar esa suprema verdad a partir de las diversas manifestaciones culturales de la humanidad. El mismo carácter infinito de Dios es la mejor garantía del respeto a la diversidad de opiniones.

Los equipos encargado de orientar la estructuración programática de estos planos del conocimiento deberán organizar la secuencia en la presentación de los mismos yendo de lo general a lo particular y seleccionando la bibliografía de mayor relevancia en cada caso. Especial énfasis se debe poner en integrar el conocimiento de la

temática de estos planos con la realidad cultural iberoamericana, y en especial de Venezuela, con el fin de evitar todo lo que pueda constituir una escisión entre educación y cultura, encuadrando nuestra realidad histórica y cultural en el amplio marco de las culturas universales de las cuales nos beneficiamos y a las cuales podemos enriquecer con la originalidad creativa de nuestros aportes.

En la transmisión de los conocimientos no se prescindirá de clases magistrales, pero el espíritu de libertad que debe presidir toda actividad universitaria requiere la estructuración de seminarios, el aula abierta, y el debate donde se puedan airear las inquietudes juveniles.

Además, debido al carácter esencialmente vivencial que tienen estos “planos”, la compenetración con los mismos requerirá su integración con las actividades mencionadas anteriormente, ayudas audiovisuales complementarias, ensayos de expresión conceptual, exposiciones orales, participación en actividades de grupos, etc.

### *Los objetivos prácticos*

Teniendo en cuenta todos los criterios que se han expresado en relación a la formación humanística como parte esencial y fermento de la formación integral que una universidad fundamentada en principios cristianos tiene como objetivo impartir, el estudiante que ingrese en dicha institución debería tener ya una cierta capacidad para pensar y un dominio aceptable de su propia lengua, pero en el caso de carecer de esta condición, la universidad deberá plantearse, como objetivo prioritario el facilitarle al estudiante los medios para que adquiera estas condiciones. Debido a que en el ambiente actual del país, un porcentaje elevado de los egresados de la enseñanza media carece de la formación básica elemental para poder asimilar la formación humanística debido a sus deficiencias en el uso del lenguaje, en la lectura, y en la capacidad de expresarse, la universidad estudiará la forma de que se superen estas deficiencias para evitar que el estudiante fracase como un profesional competente y pueda afrontar la educación humanística por lo menos con una facilidad inicial en



el uso del lenguaje y en el arte de razonar. Una vez obtenida esa formación previa, la formación humanística deberá profundizar en los tres elementos que constituyen la educación básica: leer, escribir y adquirir una valoración objetiva de lo cuantitativo, tratando de conseguir que el estudiante avance en esos tres aspectos con pleno rigor intelectual, hasta el límite de sus posibilidades. Así pues, la universidad deberá enseñarles el “arte de leer” el arte de “escribir y hablar” y el “arte de pensar” todo lo cual se corresponde con las tres artes liberales conocidas en su conjunto como el *Trivium* que se comenzó a enseñar en las universidades medievales y que, a pesar de los esfuerzos realizados por sustituirlos por criterios más “progresistas”, apoyados por metodologías más modernas, han resistido con éxito sorprendente el paso de los años, hasta el punto de que, más o menos disfrazadas, estas disciplinas básicas siguen existiendo en muchas universidades bajo diversos nombres como “actividades extracurriculares” o asignaturas de “Orientación y desarrollo personal”, pero a las que se ha eliminado su carácter obligatorio o se ha disminuido drásticamente su valoración.

Será pues necesario restaurarlas en toda su importancia acomodándose a las exigencias de las circunstancias históricas mundiales y de Venezuela, y atendiendo a la diversidad con que hoy día pueden manifestarse y abordarse, con el desarrollo de nuevas tecnologías en especial de la informática.

La gramática, como así se denominaba, que solía considerarse primera materia del *Trivium* tenía sin embargo un sentido mucho más amplio que el que hoy le asignamos, y así San Isidoro (siglo VII) la definía como “la habilidad para hablar” mientras que C.S. Lewis discute el término gramática, dando a conocer todo el alcance que tuvo y que se le podría seguir aplicando señalando: “Quintiliano sugiere que literatura es la traducción exacta del griego *grammatike*, y literatura, aunque no significaba «literatura», abarcaba mucho más que el aprendizaje de la lectura y de la escritura. Abarcaba todo lo que se necesita para «componer» un libro de acuerdo con los cánones... Quizás nuestro equivalente más aproximado sea erudición”<sup>47</sup>.

---

47 C.S. Lewis. *La imagen del mundo*. Antoni Bosch Editor, Barcelona, 1980, pp. 142-143.

La retórica, se ocupaba principalmente de la estructura del discurso, de la habilidad para conversar y del estilo.

Lo que realmente significa dialéctica, “es que, después de haber aprendido a hablar con sentido, a argumentar, a aprobar y desaprobar. La base medieval de dicho arte fue al principio una introducción a Aristóteles escrita por Porfirio y traducida al latín por Boecio. Por su contenido era una simple obra sobre lógica” (C.S. Lewis, ob. cit.). Este mismo autor aclara que “Dialéctica” en el sentido marxista y de origen hegeliano, no tiene nada que ver con el sentido en que aquí la usamos (en el *Trivium*). Debe dejarse de lado completamente, cuando hablemos de dialéctica antigua o medieval. En este caso significa simplemente arte del debate. Nada tiene que ver con la dinámica de la historia. La dialéctica se ocupa de las demostraciones”<sup>48</sup>.

---

48 Ibídem, pp. 143-144..

### *El personal docente*

En el proceso de enseñanza y transmisión de la cultura que se realiza en el marco de la institución universitaria, el profesorado juega un papel esencial; de aquí que la universidad cuidará con especial esmero los requerimientos que sean necesarios para atender las necesidades de los profesores: su compenetración con la universidad y su permanente mejoramiento intelectual general, profesional y económico. Para conseguir este fin la universidad prestará un conjunto de servicios al personal docente que le ayuden a alcanzar estas metas. En el concepto de personal docente nos referimos a una acepción más amplia que el de profesor formalmente incorporado a la institución; pues se incluyen también a aquellas personas que imparten conocimientos y experiencias por períodos cortos o eventuales a través de conferencias, seminarios, cursos intensivos, etc. que por ese mismo motivo, aunque en forma diversa de acuerdo a sus circunstancias y a las funciones que cumplan, se podrán beneficiar también de algunos de los servicios que preste la univer-

sidad. Estos servicios estarán encuadrados en tres grandes áreas: profundización intelectual, actualización académica y mejoramiento pedagógico.

Los profesionales, que por compartir los ideales y el espíritu de este tipo de universidad puedan incorporarse a ella como profesores-investigadores para cumplir con un mayor o menor grado de dedicación formal alguna de las funciones en sus áreas de competencia: docencia, investigación, o extensión; deberán recibir el apoyo necesario para profundizar en su formación en el plano filosófico-teológico, y en el de las disciplinas humanísticas. De este modo se logra principalmente que el área de su especialidad profesional esté presidida, y en ella sea tomada en cuenta, la dimensión trascendental del hombre, el amor a la verdad y el servicio a la sociedad que el ejercicio de una profesión siempre comporta.

Sólo así podrá conjugar sin contradicción el ejercicio de su libertad de cátedra y de opinión personal sobre todas las realidades humanas;

incluidas la política, la ciencia, las artes y las letras, etc., con la única realidad permanente que es Dios. Ese amor a la libertad y al deseo de mantener la unidad de vida, que impida la escisión mental que produce el tener unas creencias religiosas cristianas y una estructura mental en lo profesional ajenas a esas creencias, le llevará al deseo de superarse en el nivel intelectual exigido por la universidad y a desear acceder con la mayor intensidad posible a las actividades relacionadas con esa formación y profundización humanística.

Debido a la permanente actualización que hoy requieren todas las disciplinas humanas, el docente investigador tendrá obligación de asistir, con la periodicidad que establezca la universidad, a los cursos de actualización académica y mejoramiento pedagógico, de manera que la metodología de su labor docente no se resienta por desconocimiento de nuevas técnicas de enseñanza, por rutina inadvertida o por pérdida de confianza en su capacidad de transmitir los conocimientos de su asignatura.

Asimismo a fin de lograr esa permanente actualización en las diversas áreas que comporta la actividad docente, el profesorado recibirá constantemente a través de los servicios de la biblioteca toda la información bibliográfica posible sobre los temas pertinentes a su profesión o disciplina, e igualmente sobre los seminarios o congresos que puedan ser de utilidad para su mejoramiento y para ampliar el horizonte de sus relaciones personales con colegas locales y de otros países, experiencias que siempre son enriquecedoras y ayudan a mantener el espíritu de universalidad que es uno de los aspectos a tener siempre vivos de la vida universitaria.







Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres de Switt Print C.A.,  
Petare, Caracas  
junio de 2012